

# Teoría, Crítica e Historia

**Pedro J. Chamizo Domínguez**

## **La metáfora (semántica y pragmática)**

### **ÍNDICE GENERAL**

#### Introducción

#### Capítulo I. De lo literal a lo translaticio

- 1.1. ¿Qué es una metáfora?
- 1.2. Algunas opiniones históricas.
- 1.3. Lo literal y lo metafórico.
- 1.4. El marco y el foco de la metáfora.
- 1.5. Término superordenado e hipónimos.
- 1.6. Las funciones sociales de algunos tropos.

#### Capítulo II. Pragmática de la metáfora

- 2.1. De la semántica a la pragmática.
- 2.2. La metáfora como burla o violación del significado literal.
- 2.3. Una sola preferencia y muchas posibles interpretaciones.

#### Capítulo III. Metáfora viva y metáfora muerta

- 3.1. Metáfora e intimidad.
- 3.2. Los tres estadios en la vida de una metáfora.
  - 3.2.1. Metáfora novedosa.

[3.2.2. Metáfora semilexicalizada.](#)

[3.2.3. Metáfora muerta.](#)

#### **Capítulo IV. Metáfora y verdad**

[4.1. Verdad literal y verdad metafórica.](#)

[4.2. Metáfora y verdad adecuación/correspondencia.](#)

[4.3. Metáfora y verdad coherencia.](#)

[4.4. Metáfora y verdad descubrimiento/desvelamiento.](#)

#### **Capítulo V. La metáfora y las diversas lenguas**

[5.1. Metáforas universales y metáforas particulares.](#)

[5.2. De la metáfora universal a la metáfora particular.](#)

[5.3. Metáforas y falsos amigos.](#)

[5.4. Modismos y refranes.](#)

#### **Conclusiones**

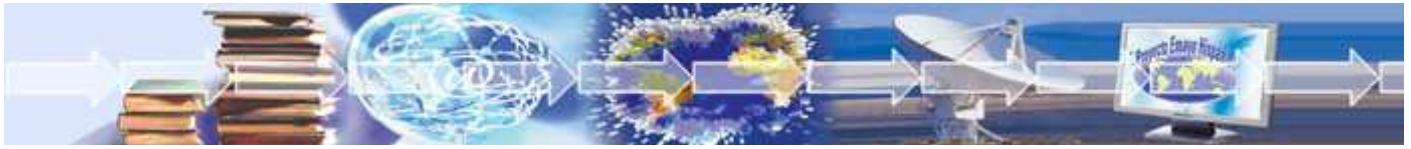
#### **Bibliografía**



© Pedro J. Chamizo Domínguez. *La metáfora (semántica y pragmática)*.  
Primera edición en español, 2005. Versión autorizada por el autor para  
Proyecto Ensayo Hispánico y preparada por José Luis Gómez-Martínez. Se  
publica únicamente con fines educativos. Cualquier reproducción destinada a  
otros fines deberá obtener los permisos correspondientes. Enero de 2005.

### **PROYECTO ENSAYO HISPÁNICO**

[Home / Inicio](#) | [Repertorio](#) | [Antología](#) | [Crítica](#) | [Cursos](#)



# Teoría, Crítica e Historia

**Pedro J. Chamizo Domínguez**

## **La metáfora (semántica y pragmática)**

### **INTRODUCCIÓN**

La metáfora como fenómeno lingüístico y cognitivo es un tema que ha llamado la atención a filósofos, lingüistas, teóricos de la literatura y de la retórica, psicólogos, etc. desde Aristóteles hasta nuestros días, pasando por la filosofía medieval, el racionalismo, el empirismo o el romanticismo. A este fenómeno se le ha prestado especial atención por parte de los filósofos y lingüistas del siglo XX y desde las posturas teóricas más dispares. Así, a la metáfora se le ha prestado atención lo mismo desde las corrientes filosóficas de inspiración analítica (M. Black, 1981; J. Searle, 1986; H. P. Grice, 1989; o D. Davidson, 1984) que de corrientes raciovitalistas (J. Ortega y Gasset, 1924), hermenéuticas (P. Ricoeur, 1975) o cognitivistas (G. Lakoff y M. Johnson, 1980). Este trabajo pretende ser una revisión de los resultados más relevantes en el estudio de la metáfora en el siglo XX, aunque sin obviar alguna que otra referencia a teorías anteriores. De acuerdo con este objetivo, el trabajo se estructura en cinco capítulos.

En el capítulo I, *De lo literal a lo translaticio*, se pretende alcanzar una definición de metáfora que nos permita delimitar el tema de estudio. A continuación se alude a la opinión que sobre la metáfora tuvieron algunos filósofos racionalistas y empiristas y a como la valoración del papel cognitivo que ejerce la metáfora cambia radicalmente con el último gran racionalista, Leibniz, y con el romanticismo. Posteriormente se analizan los sentidos de *literal* para hacer ver de qué modo lo literal se opone a lo metafórico. Y finalmente, se estudian las relaciones entre la metáfora y los demás tropos, haciendo especial hincapié en el eufemismo y en las funciones sociales que lleva a cabo este tropo y que no suelen llevar a cabo los demás tropos.

Ahora bien, comoquiera que el significado translaticio de un término no es, en última instancia, una cuestión que se pueda discernir semánticamente, sino pragmáticamente, en el capítulo II, *Pragmática de la metáfora*, se estudian las estrategias pragmáticas que permiten la correcta interpretación de una preferencia translaticia en función del contexto y de los conocimientos, creencias, ideas, opiniones y usos sociales de los participantes en el intercambio lingüístico.

Y, comoquiera que una metáfora es susceptible de sufrir cambios lo mismo en el eje diacrónico que en el eje sincrónico, en el capítulo III, *Metáfora viva y metáfora muerta*, se estudian los tres estadios básicos en que puede encontrarse una metáfora desde el momento en que se crea hasta el momento en que se lexicaliza totalmente un significado metafórico. En la sección primera de este capítulo se sugiere la tesis de que una metáfora debe surgir en un marco en el que hablante y el oyente compartan un cierto grado de intimidad, pues, sin ese marco de intimidad compartida por hablante y oyente, la metáfora difícilmente sería comprendida correctamente. Una vez que una metáfora es propuesta en el marco de una intimidad compartida y se comienza a comprender, aceptar y usar por un número más amplio de hablantes de aquél en que se originó es cuando se puede decir que esa metáfora ha entrado a formar parte del sistema de una lengua. Para ello la metáfora pasa por tres momentos diferentes: metáfora novedosa, metáfora semilexicalizada y metáfora muerta o lexicalizada. Una metáfora novedosa sería aquella que se propone por primera vez sin que pertenezca al sistema de una lengua. Una vez que una metáfora novedosa toma cuerpo en el sistema de una lengua y es compartida por un número cada vez mayor de hablantes, se convierte en una metáfora semilexicalizada en la medida en que el término de que se trate se puede usar de acuerdo con su significado literal, de acuerdo con su significado translaticio o de acuerdo con ambos significados a la vez. Y, finalmente, cuando los hablantes pierden conciencia de que un determinado significado de un término fue alguna vez una metáfora, estamos ante una metáfora muerta o lexicalizada, de la que sabemos que fue una metáfora viva y creativa alguna vez en el pasado porque lo hemos aprendido recurriendo a los pertinentes estudios filológicos.

Y, comoquiera que algunas veces se le han negado a las aseveraciones metafóricas los valores de verdad, el capítulo IV, *Metáfora y verdad*, es un intento de hacer ver en qué sentido podemos aplicarles los valores de verdad a las aseveraciones translaticias. Para ello se ponen en conexión las tres teorías principales sobre la verdad –la teoría de la verdad como adecuación/correspondencia, la teoría de la verdad como coherencia y la teoría de la verdad como desvelamiento/descubrimiento– con los tres estadios en que se puede encontrar una metáfora y que han sido analizados en el capítulo anterior. De acuerdo con ello, la teoría de la verdad como adecuación/correspondencia sería la pertinente para la adjudicación de los valores de verdad a las aseveraciones en que se usen metáforas muertas, la teoría de la verdad como coherencia sería la pertinente para la adjudicación de los valores de verdad a las aseveraciones en que se usen metáforas

semilexicalizadas y la teoría de la verdad como desvelamiento/descubrimiento sería la pertinente para la adjudicación de los valores de verdad a las aseveraciones en que se usen metáforas novedosas.

Uno de los hilos conductores de este trabajo es la convicción de su autor de que la metáfora es un universal lingüístico en la medida en que está presente en todas las lenguas y en todas las culturas. Pero, comoquiera que no se dan las mismas metáforas en todas las lenguas, aunque en todas ellas se den las metáforas, el capítulo V, *La metáfora y las diversas lenguas*, pretende ser, en primer lugar, un ensayo de clasificación de las metáforas en función de su mayor o menor grado de universalidad. De acuerdo con ello, existirían metáforas universales, metáforas generales y metáforas particulares. Y, en segundo lugar, se ensaya una explicación del fenómeno de los falsos amigos semánticos y de los problemas de su traducción haciendo ver cómo los falsos amigos semánticos están originados en el hecho de que dos términos dados en dos lenguas dadas han pasado a tener significados diversos porque uno de ellos ha sufrido transferencias de significado mientras que el otro no las ha sufrido o las ha sufrido en un sentido diferente, aunque sigan siendo cognados o, mejor dicho, precisamente porque son cognados.



© Pedro J. Chamizo Domínguez. *La metáfora (semántica y pragmática)*.  
Primera edición en español, 2005. Versión autorizada por el autor para  
Proyecto Ensayo Hispánico y preparada por José Luis Gómez-Martínez. Se  
publica únicamente con fines educativos. Cualquier reproducción destinada a  
otros fines deberá obtener los permisos correspondientes. Enero de 2005.

## PROYECTO ENSAYO HISPÁNICO

[Home / Inicio](#) | [Repertorio](#) | [Antología](#) | [Crítica](#) | [Cursos](#)



# Teoría, Crítica e Historia

**Pedro J. Chamizo Domínguez**

## **La metáfora (semántica y pragmática)**

### **CAPÍTULO I DE LO LITERAL A LO TRASLATICIO**

#### **1.1. ¿Qué es una metáfora?**

El sustantivo *metáfora* procede, vía latín, del sustantivo griego *metáphora*, que significa *traslado* o *transferencia* y está relacionado con el verbo *metaphorein*, que significa *transferir* o *llevar*. Así, por ejemplo, una transferencia bancaria sigue siendo en la jerga financiera griega actual “una metáfora”. Esto es, *metáfora*, en griego, es un término polisémico que, al ser tomado como préstamo por otras lenguas, ha restringido su significado para denominar a un determinado fenómeno lingüístico referente a un “tropo que consiste en trasladar el sentido recto de las voces a otro figurado, en virtud de una comparación tácita” o en una “aplicación de una palabra o de una expresión a un objeto o a un concepto, al cual no denota literalmente, con el fin de sugerir una comparación (con otro objeto o concepto) y facilitar su comprensión” (Las definiciones de los términos españoles las tomaré de la vigésima segunda edición del *Diccionario de la lengua española*, de la Real Academia Española de la Lengua, *DRAE*, en adelante). En principio, esta definición neutra de metáfora podría ser compartida por todo el mundo y puede funcionar como un punto de partida común para un primer acercamiento al tema de este trabajo.

Ahora bien, el hecho de que podamos usar el lenguaje metafóricamente, esto es, el hecho de que, en el contexto de una preferencia, podamos utilizar al menos un término, que significa literalmente un objeto, para denominar a otro objeto distinto

que quizás no tenga nada que ver con el primero, es un fenómeno que ha maravillado a lingüistas y filósofos a lo largo de la historia. Y ello por los muchos e interesantes efectos que tiene este fenómeno. Entre estos efectos podríamos destacar los siguientes:

- Su abundante uso en el lenguaje cotidiano.
- Su no menor uso en los ámbitos retóricos y poéticos.
- Su presencia en el lenguaje de la ciencia, aunque, en este caso, muchas veces de forma solapada y vergonzante.<sup>[1]</sup>
- El hecho de que la metáfora sea un potente mecanismo cognoscitivo.
- El hecho de que muchas metáforas –a pesar de que su uso es, en principio, ocasional– terminan lexicalizándose y creando nuevos significados sin necesidad de multiplicar los significantes. Esto es, la metáfora es quizás el mecanismo lingüístico más generalizado para crear polisemias.

En función de estos fenómenos las preguntas que se han hecho filósofos y lingüistas sobre la metáfora a lo largo de la historia podrían resumirse en las siguientes u otras similares: ¿Por qué necesitamos las metáforas? ¿Qué añade el uso de una metáfora al uso de una expresión literal? ¿Es la metáfora un mero recurso estético o tiene también una función cognitiva? ¿Qué nos permite usar metafóricamente un término dado para referirnos a un objeto y no cualquier otro término? Estas preguntas han sido aproximadamente las mismas a lo largo de la historia del pensamiento, pero las que han variado grandemente a lo largo de la historia han sido las respuestas que se le han dado a estas cuestiones. Y, entre estas respuestas, se puede afirmar que ha habido tradicionalmente un cierto consenso en las siguientes opiniones:

- La razón última que permite utilizar un término que literalmente significa un objeto para referirnos metafóricamente a otro objeto distinto radicaría en la existencia de algún parecido entre ambos objetos. Así, si podemos afirmar cosas como “Tus ojos son de *azabache*”, sería porque entre la negritud del azabache y unos ojos negros habría algún parecido, aunque también haya muchas diferencias.
- La metáfora ejerce una función estética indudable y por ello es un mecanismo retórico y poético de primera magnitud al que recurrimos continuamente cuando llevamos a cabo la función poética del lenguaje.

- En razón de que la metáfora es un recurso retórico y poético de primera magnitud, su papel también parece ineludible cuando queremos ver un objeto desde una perspectiva distinta a la habitual.
- La metáfora también ejerce una función cognitiva además de las funciones retórica y poética.

Esto último es especialmente relevante para una consideración de la metáfora desde un punto de vista filosófico, pues casi nadie ha negado que la metáfora lleve a cabo una función cognitiva, aunque sí haya habido muchas opiniones divergentes sobre la valoración de esa función cognitiva indudable. Dicho de otra manera, lo que se ha discutido hasta la saciedad es si esa función cognitiva debe ser valorada negativamente de cara a una correcta comprensión del mundo o si, por el contrario, esa función cognitiva es un instrumento precioso que nos ayuda a enfrentarnos cognoscitivamente al mundo, de modo que una metáfora nueva nos permitiría ver al mundo y sus objetos desde una perspectiva novedosa que complementarías las perspectivas anteriormente existentes. Y aquí es precisamente donde las valoraciones que históricamente se han hecho de la metáfora varían enormemente en función de las diversas posturas teóricas. Estas posturas que se han dado históricamente pueden sintetizarse en dos: las que han considerado a la metáfora como un mecanismo perjudicial para un lenguaje que pretenda ser referencial y las que, por el contrario, consideran a la metáfora un mecanismo no sólo ineludible sino incluso muy conveniente para el lenguaje referencial, de modo que el uso de metáforas en el lenguaje referencial no sólo no debería ser criticado sino que debería ser potenciado. Pues la metáfora tiene un papel ineludible lo mismo a la hora de formularse preguntas sobre la realidad que a la hora de transmitir nuestros conocimientos, ideas, creencias u opiniones sobre la realidad, incluidas las propias preguntas y respuestas de la metafísica (Bustos Guadaño, 2000: 12).

## **1.2. Algunas opiniones históricas**

Dado que este trabajo no parece ser el lugar más adecuado para hacer una historia pormenorizada de los matices de cada una de estas dos posturas y de la nómina de los pensadores que han mantenido una u otra, me voy a limitar a dar cuenta de algunos de los hitos más destacados de cada una de estas dos opciones teóricas sobre la metáfora en el pensamiento moderno y contemporáneo, aunque las teorías y opiniones sobre la metáfora están presentes en el pensamiento lingüístico y filosófico al menos desde Aristóteles (Bobes Naves, 2004: 51-116; y Johnson, 1985). La postura que ha intentado expulsar –sea tácita o explícitamente– a la metáfora del ámbito del lenguaje referencial, y especialmente del ámbito del lenguaje de la ciencia, de la filosofía y de cualquier otro lenguaje que pretenda ser referencial, ha sido compartida por todos aquellos que han defendido que el lenguaje de la ciencia debe estar hecho de un barro distinto al del lenguaje



ordinario. Esta postura ha sido compartida lo mismo por el racionalismo y el empirismo clásicos que por el primer Wittgenstein, el Círculo de Viena o por D. Davidson, aunque en cada caso los matices y las razones últimas para pretender expulsar a la metáfora del lenguaje de la ciencia puedan variar. Me centraré, para ilustrar esta cuestión, en el rechazo de la metáfora por parte del racionalismo y del empirismo clásicos (Para una exposición más amplia de este asunto, ver Chamizo Domínguez y Nerlich, en prensa). Aunque racionalismo y empirismo se suelen presentar como corrientes filosóficas antitéticas que difieren en cuanto a sus tesis sobre el origen del conocimiento y los límites de éste, ambas corrientes coincidirían en que el papel de la filosofía debe ser el de fundamentar la ciencia con objeto de hacernos *comme maîtres et possesseurs de la nature* (Descartes) o de *natura parendo vincitur* (Bacon). Y, en este proyecto de fundamentar la ciencia, un paso necesario es el de establecer un lenguaje referencial libre de ambigüedades que nos permita minimizar los *idola fori* baconianos.

Es sabido que el racionalismo ha privilegiado el *cogito* como punto de partida de cualquier certeza y de cualquier conocimiento seguro, de modo que una argumentación racional impecablemente construida y fundada se convierte no sólo en un instrumento cognitivamente privilegiado, sino incluso en el mejor método para persuadir. De ahí que Descartes afirmase ya en el *Discurso del método* que quienes “digieren” mejor sus pensamientos también serán los que estén más capacitados para persuadir, incluso aunque no hayan aprendido nunca retórica:

Ceux qui ont le raisonnement le plus fort, et qui digèrent le mieux leurs pensées, afin de les rendre claires et intelligibles, peuvent toujours le mieux persuader ce qu’ils proposent, encore qu’ils ne parlissent que bas-breton, et qu’ils n’eussent jamais appris de rhétorique. (Descartes, A.T., VI: 7).

Ahora bien, aunque el verbo *digérer* no está siendo usado aquí por Descartes metafóricamente, sino de acuerdo con el significado literal que tenía en el francés del siglo XVII como “ordonner méthodiquement un sujet”; bien se puede “leer” el texto cartesiano de acuerdo con el significado literal actual de ese verbo como “transformer les aliments dans les voies digestives pour les rendre assimilables par l’organisme” y mantener que probablemente no haya un término más apropiado cognitivamente que el usado por Descartes para significar lo que él quería significar. En cualquier caso, lo cierto es que el rechazo cartesiano a la retórica en los ámbitos cognitivos va a crear escuela. Por ello la *Lógica de Port-Royal*, siguiendo la estela cartesiana, va a considerar el uso de las figuras del lenguaje como “el más grande de todos los vicios”:

On a considéré, par exemple, en ce qui regarde la Rhétorique, que le secours qu’on en pouvait tirer pour

trouver des pensées, des expressions, & des embellissements, n'était pas si considérable. L'esprit fournit assez de pensées, l'usage donne les expressions; & pour les figures & les ornements, on n'en a toujours que trop. Ainsi tout consiste presque à s'éloigner de certaines mauvaises manières d'écrire & de parler, & surtout d'un style artificiel & rhétoricien composé de pensées fausses & hyperboliques & de figures forcées, qui est le plus grand de tous les vices. (Arnauld y Nicole, 1981: 29. El subrayado es mío).

Esta consideración del carácter vicioso de la retórica radicaría, en última instancia, en el hecho de que la retórica y el uso de las figuras del lenguaje estarían asociadas al ámbito de las pasiones. Y en la medida en que la metáfora, como las demás figuras del lenguaje, estaría asociada a la retórica y al ámbito de las pasiones y no al ámbito de lo racional, su uso debería estar circunscrito a los casos en los que queremos convencer emocionalmente, pero no debería usarse en aquellos casos en los que pretendemos conseguir un convencimiento racional de nuestros interlocutores. Pero además, lo mismo el racionalismo que el empirismo, van a considerar a la retórica no como el arte de bien hablar sino como el arte de engañar, de modo que el uso retórico de las figuras del lenguaje no llevaría más que al engaño de nuestros interlocutores. De ahí que las figuras del lenguaje deban ser escrupulosamente excluidas de cualquier discurso que pretenda ser racional, pues las figuras del lenguaje en general, y las metáforas en particular no son más que instrumentos para el engaño (Musolff). Esta tesis que asocia metáfora y engaño va a ser doctrina común en el empirismo y va a ser mantenida explícitamente lo mismo por Th. Hobbes que por J. Locke. Y Hobbes va a ser muy claro al respecto, como muestra patentemente el siguiente texto:

In Demonstration, in Councell, and all rigorous search of Truth, Judgement does all; except sometimes the understanding have need to be opened by some apt similitude; and then there is so much use of Fancy. *But for Metaphors, they are in this case utterly excluded. For seeing they openly professe deceit; to admit them into Councell, or Reasoning, were manifest folly.* (Hobbes 1996: 52. El subrayado es mío).

Por su parte, Locke va a ir más lejos aún que Hobbes en un texto que sería claramente censurado en la actualidad por su evidente incorrección política de acuerdo con nuestros parámetros de lo que debe ser un lenguaje políticamente correcto. Para Locke la retórica y la elocuencia serían como el "bello sexo" (*fair sex*) –sintagma que no es otra cosa que un eufemismo de *mujeres*–, cuyas evidentes bellezas no son más que un poderoso instrumento del error y el engaño, lo cual es

especialmente grave desde el momento en que los hombres –y uno no sabría decir con certeza si aquí *men* se refiere al género humano en general o sólo a los varones– encuentran placer en ser engañados:

This evident how much Men love to deceive, and be deceived, since Rhetorick, that powerful instrument of Error and Deceit, has its established Professors, is publicly taught, and has always been had in great Reputation: And, I doubt not, but it will be thought great boldness, if not brutality in me, to have said thus much against it. Eloquence, like the fair Sex, has too prevailing Beauties in it, to suffer it self ever to be spoken against. And 'tis vain to find fault with those Arts of Deceiving, wherein Men find pleasure to be Deceived. (Locke, 1975: 97).

Hasta donde he podido averiguar, la metáfora comienza a valorarse positivamente en la obra del último gran racionalista: G. W. Leibniz. Y justamente la inflexión en esta valoración negativa de la metáfora que comparten racionalismo y empirismo se va a producir históricamente cuando Leibniz responda, en sus *Nouveaux essais sur l'entendement humain*, a las tesis expuestas por Locke en el texto citado anteriormente:

THÉOPHILE. Bien loin de blâmer contre votre zèle pour la vérité, je le trouve juste. Et il serait à souhaiter qu'il put toucher. Je n'en désespère pas entièrement, parce qu'il semble, Monsieur, que vous combattez l'éloquence par ses propres armes, et que vous en avez même une d'une autre espèce, supérieure à cette trompeuse, comme il y avait une Venus Uranie, mère du divin Amour, devant laquelle cette autre Vénus bâtarde, mère d'un Amour aveugle, n'osait paraître avec son enfant aux yeux bandés. Mais cela même prouve que votre thèse a besoin de quelque modération, et que certains ornements de l'éloquence sont comme les vases des Égyptiens, dont on se pouvait servir au culte du vrai Dieu. Il en est comme de la peinture et de la musique, dont on abuse et dont l'une représente souvent des imaginations grotesques et même nuisibles, et l'autre amollit le cœur, et toutes deux amusent vainement; mais elles peuvent être employées utilement, l'une pour rendre la vérité claire, l'autre pour la rendre touchante, et ce dernier effet doit être aussi celui de la poésie, qui tient de la rhétorique et de la musique. (Leibniz, 1966: 305-306).

Y este texto leibniziano es interesante no sólo en relación a lo que significa como

cambio de valoración con respecto a los tropos en contra de las tradiciones racionalista y empirista, sino muy especialmente con respecto a los argumentos que se utilizan en él. En primer lugar, Leibniz comienza concediendo a Locke que la elocuencia y la retórica son como el bello sexo, que nos pueden engañar en cualquier momento. Ahora bien, aceptado esto, Leibniz va a desmontar las implicaciones del texto de Locke con dos argumentos. El primero de estos argumentos consistirá en mantener que el papel negativo o positivo que puedan ejercer las figuras del lenguaje dependen del uso que se haga de ellas y no de las figuras del lenguaje en sí; esto es, de la metáfora y demás tropos caben usos positivos y usos negativos. El segundo argumento tiene toda la pinta de ser un argumento *ad hominem* del que Locke puede escapar difícilmente, so pena de abjurar de sus propios escritos: la prueba de que la metáfora puede tener un papel sumamente positivo de cara a la transmisión del conocimiento radica en el propio uso que el mismo Locke hace de las metáforas, que parece ser un uso muy pertinente y adecuado. Y, aunque Leibniz no lo argumente explícitamente, los corolarios de su texto no pueden ser otros que el de aceptar que el uso de metáforas es perfectamente legítimo en un lenguaje que pretenda ser informativo y no sólo en el lenguaje emotivo; y que los valores de verdad de las aseveraciones metafóricas pueden ser adjudicados de forma análoga a como adjudicamos los valores de verdad a las aseveraciones literales.

La lanza rota por Leibniz en pro de una consideración positiva de la metáfora se desarrollará en los siglos XVIII y XIX, cuando la consideración de la función cognitiva positiva de la metáfora y su ineludibilidad en cualquier lenguaje y en cualquier lengua pasan a un primer plano, hasta el punto en que se van a mantener tesis como la de que la metáfora está en el origen mismo del lenguaje. El romanticismo cometerá justamente el exceso contrario al que habían cometido racionalismo y empirismo, el de privilegiar genéticamente el significado metafórico frente al literal, lo que va a asociado a privilegiar lo pasional frente a lo racional. Consideremos un texto de J. J. Rousseau para hacer ver esto:

Comme les premiers motifs qui firent parler l'homme furent des passions, ses premières expressions furent les Tropes. Le langage figuré fut le premier à naître, le sens propre fut trouvé le dernier. On n'appella les choses de leur vrai nom que quand on les vit sous leur véritable forme. D'abord on ne parla qu'en poésie; on ne s'avisait de raisonner que longtemps après. [...] L'image illusoire offerte par la passion se montrant la première, le langage qui lui répondoit fut aussi le premier inventé; il devint ensuite métaphorique quand l'esprit éclairé reconnoissant sa première erreur n'en employa les expressions que dans les mêmes passions que l'avoient produite. (Rousseau, 1995: 381-382).

Si ahora la metáfora se sitúa en el origen mismo del lenguaje, entonces será una ardua –cuando no imposible– tarea la de delimitar lo literal de lo metafórico. Y el problema es que, sin una delimitación lo más precisa posible entre lo literal y lo metafórico, no podremos alcanzar tampoco una teoría plausible de la metáfora, aunque sólo sea porque los humanos no podemos pensar una cosa más que contrastándola con otra. De modo que, si algo es entendido como una metáfora, será porque puede ser distinguido de otra cosa.

La reflexión lingüística y filosófica del siglo XX ha retomado el tema de la metáfora y sobre él han escrito los filósofos más dispares desde J. Ortega y Gasset a D. Davidson pasando por M. Black, G. Lakoff, M. Johnson, N. Goodman, W. Alston o J. Searle. Comoquiera que utilizaré las aportaciones al tema de la metáfora de todos ellos –y de algunos más– a lo largo de este trabajo, me limitaré en este capítulo introductorio a señalar sucintamente los que, en mi opinión, son los hallazgos más relevantes de la filosofía del siglo XX sobre la metáfora. Éstos serían básicamente los siguientes:

- Lo metafórico sólo puede ser definido en función de y en contraste con lo literal. La metáfora es detectable precisamente en la tensión entre los términos que se usan literalmente en una preferencia y los que se usan translaticiamamente.
- La metáfora no sólo se limita a poner de manifiesto una analogía aceptada por una determinada comunidad lingüística entre dos objetos dados, la metáfora también puede crear esta analogía (Ortega, 1924; Black, 1981).
- En función de esa analogía que crea la metáfora es como podemos conceptualizar determinadas ideas, especialmente las ideas de aquellos objetos de los que no tenemos una experiencia sensible, como es el caso de Dios (Alston, 1989: 17-65 y 103-117).
- Las metáforas no funcionan aisladamente unas de otras, sino en la medida en que forman parte de redes conceptuales que pueden ser complementarias unas de otras o incompatibles entre sí (Lakoff y Johnson, 1980).
- En función de esa pertenencia de las metáforas a redes conceptuales, las metáforas conforman nuestra concepción de la realidad. Dicho de otro modo y usando la afortunada expresión de Lakoff y Johnson (1980), “vivimos de metáforas”, lo mismo en el lenguaje cotidiano que en cualesquiera jergas especializadas, sean éstas las jergas de los carpinteros, de los militares, de los científicos, de los teólogos o de los filósofos

### 1.3. Lo literal y lo metafórico

Si lo metafórico se entiende como un cambio en el significado de un término de modo que ese término signifique un objeto distinto del que habitualmente significa, entonces una metáfora sólo podrá ser detectada y comprendida en el contexto de una preferencia y en la medida en que el significado translaticio resulte chocante o raro para los hablantes de una lengua dada y en un determinado momento sincrónico. Esto es, si podemos decir que la metáfora conlleva un significado translaticio o derivado de un término es porque tenemos en mente que el término de que se trate tiene un significado apropiado o literal, que sería el significado normal que los hablantes adjudicarían a ese término. Así, si decimos que en “Juan es un pájaro” la palabra *pájaro* está usada translaticiamente es porque sabemos que Juan es un ser humano y porque sabemos también que, en este contexto, esa palabra no significa “ave, especialmente si es pequeña”, sino “hombre astuto y sagaz, que suele suscitar recelos” (*DRAE*).

Ahora bien, la palabra *literal* (y sus derivados) es una palabra sumamente polisémica (Nerlich y Chamizo, 2003). Y, de los muchos significados que tiene la palabra *literal*, hay varios de ellos con respecto a los cuales se define lo metafórico. Desde una consideración diacrónica el adjetivo *literal* sería sinónimo de *etimológico*, *primitivo*, *original* o *primigenio*. En este sentido es en el que usamos *literal* en aseveraciones como “*Virtus* significaba literalmente en latín *virilidad* y sólo posteriormente significó *valentía* o *fuerza*”. En casos como éste estamos informando de que el significado original de *virtud* era muy distinto de los significados que posteriormente adquirió ese término, por más que ahora esos otros significados sean los habituales para *virtud* y el significado original haya desaparecido en las lenguas modernas. En este sentido lo literal se opondrá a lo translaticio en cuanto que, por *literal*, se entenderá el significado primigenio o el significado más antiguamente documentado de un término, mientras que, por *translaticio*, se entenderán los diversos significados que un término haya ido adquiriendo en el transcurso de su historia. Y, desde un punto de vista sincrónico, *literal* se usa de un modo algo distinto a como se usa desde la perspectiva diacrónica. Así, si afirmamos “*Screw* significa literalmente en inglés *atornillar* y translaticiamente *follar*”, estamos afirmando que esa palabra inglesa tiene un significado normal, habitual o de primer orden y otro significado derivado metafóricamente de ese significado habitual para los hablantes ingleses actuales y que permite que esos hablantes tengan todavía conciencia de que *screw* se usa eufemísticamente para eludir el disfemismo inglés *fuck*, que sería el término que en la actualidad significa literalmente *follar*. En este sentido, *significado literal* querrá decir *significado de primer orden* en contraste con cualesquiera otros significados derivados de ese significado de primer orden.

Esta noción de *literal* que estoy proponiendo tiene graves dificultades teóricas (Bobes Naves, 2004: 148-149), aunque sea una noción bastante de sentido común,

plausible y operativa. Y estas dificultades teóricas afectan lo mismo al ámbito diacrónico que al sincrónico. Desde un punto de vista diacrónico la distinción entre el significado literal de un término dado y el significado (o significados) que tuvo ese término en el pasado no siempre puede establecerse con nitidez. Y ello porque algunos hablantes pueden tener conciencia del significado arcaico u obsoleto de un término y de su significado actual, y, en razón de ello, usar el término siendo conscientes de esa duplicidad semántica para conseguir determinados efectos retóricos o cognoscitivos. Y, desde el punto de vista sincrónico, el criterio para decidir cuál sea el significado de primer orden de un término y cuáles sean sus significados de segundo o de tercer órdenes puede variar grandemente entre los hablantes de los diversos dialectos y sociolectos de una lengua. No obstante, y a pesar de estas discrepancias, se puede mantener razonablemente la existencia de un núcleo semántico básico para la mayoría de los términos y para la mayoría de los hablantes de una lengua dada, núcleo semántico básico con respecto al cual los otros significados del término serían considerados translaticios, estén o no estén lexicalizados en un momento dado.

Consideremos la cuestión de las diferencias semánticas entre los diversos dialectos de una lengua recurriendo a un par de ejemplos. El sustantivo inglés *cock* significa literalmente *gallo* y con este significado puede ser usado aún en el Reino Unido –y en los contextos adecuados– sin correr graves riesgos de que el hablante sea considerado una persona grosera o malhablada, aunque los británicos también sepan que *cock* tiene el significado de segundo orden de *pene*. En Estados Unidos, por el contrario, el significado de *pene* para *cock* se ha generalizado hasta tal punto que ha terminado por hacer olvidar a los hablantes cuál era el significado literal de esa palabra. El resultado de esto es que *cock* no puede ser usada impune e inocentemente en los Estados Unidos y los estadounidenses han tenido que sustituir *cock* por *rooster* cuando quieren designar al animal sin que se evoque automáticamente al miembro viril. Y un fenómeno análogo a éste es el que se ha producido en los diversos dialectos del español con la palabra *polla*. El significado de primer orden de *polla* es “gallina nueva, medianamente crecida, que no pone huevos o que hace poco tiempo que ha empezado a ponerlos” (DRAE). Ahora bien, en el español de España este significado de primer orden ha quedado prácticamente oscurecido por el significado de *pene*, que, aunque en su momento fue un eufemismo, en la actualidad tiene un carácter disfemístico tan marcado que impide prácticamente que en España se pueda usar *polla* para designar a la gallina joven y haya que recurrir al diminutivo *pollita* o a una perífrasis. Por su parte, en muchos países americanos de lengua española *polla* ha adquirido un significado de segundo orden de *apuesta*, *lotería* o “apuesta, especialmente en carreras de caballos”, de modo que esa palabra no tiene ninguna connotación disfemística en Iberoamérica, aunque también haya suplantado en buena medida el significado de *gallina joven*.

Con respecto a los diversos sociolectos de una lengua también nos encontramos con el mismo fenómeno. Así, por ejemplo, el verbo *especular* significaba literalmente

en latín *reflejar* o *espejear*. Pero este verbo ha pasado a las lenguas modernas con los significados de segundo orden de “registrar, mirar con atención algo para reconocerlo y examinarlo”, “meditar, reflexionar con hondura, teorizar” y “perdersse en sutilezas o hipótesis sin base real” (*DRAE*), que ahora podrían ser considerados como los significados básicos de ese verbo y que se usan muy a menudo en la jerga filosófica. Pero estos significados han sufrido ulteriormente otros cambios que hacen que el verbo *especular* signifique “efectuar operaciones comerciales o financieras, con la esperanza de obtener beneficios basados en las variaciones de los precios o de los cambios”, “comerciar, traficar” o “procurar provecho o ganancia fuera del tráfico mercantil” (*DRAE*) en el sociolecto o jerga de los economistas. Como resultado de ello los significados de *especular* son muy distintos si el verbo se usa en la jerga filosófica o en la jerga económica, aunque en ambos casos sus significados actuales sean metáforas lexicalizadas con respecto a su significado original. Y lo que se dice para el verbo *especular* es válido también, *mutatis mutandis*, para sus derivados y cognados como el adjetivo *especulativo*, el sustantivo *especulación* o el adverbio *especulativamente*.

El resultado de estas divergencias semánticas entre los hablantes en el eje diacrónico y de los diversos sociolectos y dialectos de una lengua en el eje sincrónico será el que, en algunos casos, los hablantes pertenecientes a un grupo determinado entiendan un significado como translaticio, mientras que los hablantes pertenecientes a otro grupo lo entiendan como literal. Pero en la mayoría de los casos sí hay un acuerdo entre los hablantes para decidir cuál sea el significado literal de un término (o cuáles sean, en su caso) y cuál sea su significado translaticio (o cuáles sean, en su caso).

#### 1.4. El marco y el foco de la metáfora

Dado que la mayoría de las palabras de una lengua son polisémicas, una palabra aisladamente considerada carecería de un significado específico y concreto o, todo lo más, su significado sería el significado de primer orden que esa palabra tenga en un momento sincrónico dado y para un dialecto o sociolecto dados. Así, los sustantivos españoles *gallina* y *leona* carecerían de significado si no aparecen en el contexto de una preferencia o, como mucho, tendrían los significados de “hembra del gallo, de menor tamaño que este, cresta pequeña o rudimentaria, cola sin cobijas prolongadas y tarsos sin espolones” y “hembra del león” (*DRAE*), respectivamente. Ahora bien, cuando *gallina* y *leona* aparecen en el contexto de una preferencia –que a su vez está enmarcada en un contexto convencional y conversacional más amplio– es cuando esos sustantivos adquieren sus significados específicos. Así, si afirmamos

[1] “María es una gallina y Juana una leona”

y sabemos contextualmente que *María* y *Juana* designan a un ave y un felino, respectivamente, entonces los significados de esos sustantivos serán sus significados literales, que serían “hembra del gallo, de menor tamaño que este,



cresta pequeña o rudimentaria, cola sin cobijas prolongadas y tarsos sin espolones” y “hembra del león” (*DRAE*), respectivamente. Por su parte, si afirmamos

[1.2] “María es una *gallina* y Juana una *leona*”

y sabemos contextualmente que *María* y *Juana* designan a dos bípedos implumes de sexo femenino, entonces estamos usando *gallina* y *leona* de acuerdo con sus significados metafóricos de segundo orden de “persona cobarde, pusilánime y tímida” y “mujer audaz, imperiosa y valiente” (*DRAE*), respectivamente.

El resultado de esto es que, al igual que ocurriría con los diversos significados literales de los términos polisémicos, el que estemos utilizando un término cualquiera de acuerdo con algún significado translaticio sólo podrá ser apprehendido en la medida en que ese término esté enmarcado en una sentencia que, a su vez, está enmarcada en un contexto convencional y conversacional más amplio. Para efectos de este trabajo eludiré habitualmente aludir a ese contexto más amplio, que supondré conocido o intuitivo por el lector, y me limitaré a ilustrar mis argumentos con ejemplos de sentencias concretas, aunque quiero dejar claro desde ahora que la metáfora sólo se puede dar en el marco de una preferencia o de una sentencia. Igualmente, y en razón de esto, el término *metáfora* deberá ser entendido las más de las veces como una abreviación de *preferencia* o *sentencia metafórica*. Establecida la tesis de que la metáfora sólo se puede dar en el marco de una sentencia o de una preferencia, habrá que indagar cómo y por qué se da esto. Y para ello hay que recurrir a la distinción clásica cuya terminología debemos a M. Black (1979), aunque el propio Black deja claro que la distinción es anterior a él. En una preferencia metafórica Black distingue el marco (*frame*) y el foco (*focus*). El marco de una metáfora serían las palabras que se usan de acuerdo con sus significados literales, habituales o de primer orden, mientras que el foco de una metáfora sería la palabra (o palabras en su caso) que se usa translaticiamente y que estoy destacando con bastardillas en los ejemplos. Así, en el ejemplo que vimos anteriormente, “María es una *gallina* y Juana una *leona*”, *gallina* y *leona* serían los focos, mientras que el resto de las palabras de esa sentencia constituirían el marco.

Y es justamente en esta tensión entre el marco y el foco y en el hecho de que el significado del foco es aparentemente incongruente con el marco en que aparece donde se genera la metáfora y donde ésta ejerce su función cognitiva. Y esta distinción entre el marco y el foco es también esencial para diferenciar la metáfora de otros mecanismos lingüísticos muy parecidos a ella. Esta distinción es especialmente relevante a la hora de diferenciar la metáfora del símil (Tirrell, 1991), máxime cuando se ha mantenido que las metáforas no serían más que símiles abreviados o encubiertos (Davidson, 1984). Es más, la falta de esta distinción entre el marco y el foco y entre metáfora y símil es lo que llevó a Ortega y Gasset (1914: 257) a analizar el verso catalán

[2] “E com l’espectre d’una flama morta”

como una metáfora cuando, en realidad, no era más que un símil muy patente. Ahora bien, hay dos diferencias básicas entre un símil y una metáfora. La primera diferencia entre un símil y una metáfora radica justamente en que los símiles carecen de focos; esto es, en que en los símiles todas las palabras están usadas de acuerdo con sus significados literales. En las metáforas, por el contrario, hay al menos una palabra a la que se le está adjudicando un significado translaticio y distinto de su significado literal. La segunda diferencia radica en que las metáforas son susceptibles de lexicalizarse, de modo que el que fue un significado metafórico ocasional de un término en un determinado momento del pasado puede convertirse, con el transcurso del tiempo, en uno más de los significados literales de ese término. Por el contrario, éste no puede ser el caso de los símiles, justamente porque en los símiles ninguno de sus términos se usa de acuerdo con un significado translaticio; con lo que los términos que entran a formar parte de los símiles siguen manteniendo sus significados más literales. El que este significado translaticio esté más o menos lexicalizado en una lengua dada es una cuestión que afecta a los avatares que sufren los significados de los términos a lo largo de su historia y que permiten hablar de metáforas muertas o lexicalizadas, metáforas semilexicalizadas y metáforas novedosas, como veremos más adelante, pero que no afecta a la distinción entre lo literal y lo translaticio. El hecho de que los significados translaticios de *gallina* y *leona* estén ahora prácticamente lexicalizados no es argumento para mantener que en su momento no fuesen entendidos como metáforas vivas y novedosas.

Y también, al igual que las preferencias en que entran a formar parte términos polisémicos, una preferencia metafórica tiene la característica de ser necesariamente ambigua, especialmente cuando el foco de la metáfora sea novedoso o esté en un estadio de semilexicalización. En estas ocasiones el significado de una preferencia metafórica siempre es un caso de implicatura y, como todas las implicaturas, siempre cabe la posibilidad de que el oyente la malinterprete porque no quiera o no pueda ser cooperativo. Es decir, cuando el oyente de una preferencia metafórica no puede o no quiere ser cooperativo, la implicatura pretendida por el hablante no surtirá sus efectos y, como consecuencia de ello, el oyente entenderá que esa preferencia está siendo usada de acuerdo con su significado literal. Este fenómeno consistente en que el oyente no quiera o no pueda ser cooperativo es justamente el que se explota con mucha asiduidad para conseguir efectos humorísticos.

Precisamente el hecho de que una preferencia metafórica cuyo foco sea una metáfora novedosa o semilexicalizada tenga que ser necesariamente ambigua y, por tanto, susceptible de al menos dos interpretaciones, tiene otra consecuencia cognitiva de primera magnitud: el que no sea posible sustituir una preferencia metafórica por otra preferencia literal equivalente y conseguir los mismos efectos cognitivos. Así, si en

[3] “Juan es un *zorro*”,

el hablante sabe que *Juan* designa a un bípedo implume, es obvio que estará usando *zorro* metafóricamente y queriendo significa *astuto* con ese término, de modo que la implicatura normal de [3] será

[3.1] “Juan es astuto”

Ahora bien, un oyente que no pueda hacer esa implicatura porque no tenga la suficiente información contextual, y precisamente porque no la tiene, no podrá ser cooperativo, de modo que entenderá o dirá que ha entendido a [3] como

[3.2] “Juan es el ‘macho de la zorra’”

y no

[3.3] “Juan es un ‘hombre muy taimado y astuto’”.

Pero, en cualquier caso, ni [3.2] ni [3.3], serán sinónimos exactos de [3] en la medida en que [3] es ambigua y susceptible de recibir al menos dos interpretaciones distintas, mientras que esa ambigüedad ha desaparecido lo mismo en [3.2] que en [3.3]. El resultado de esto no será otro que el hecho consistente en que la correcta interpretación de las preferencias metafóricas requerirá de una estrategia pragmática en la que entran a formar parte los conocimientos lingüísticos de los hablantes, sus creencias, saberes, usos sociales e implicaturas convencionales y conversacionales, como veremos en el capítulo siguiente.

### 1.5. Término superordenado e hipónimos

Aunque hasta ahora no he hecho referencia explícita a la definición aristotélica de metáfora, la he estado manejando de forma tácita. Recurriré ahora a ella de forma explícita para referirme a la relación de la metáfora con los demás tropos. Para Aristóteles

La metáfora consiste en dar a una cosa un nombre que también pertenece a otra, la transferencia puede ser de género a especie, o de una especie a género, o de especie a especie, o con fundamento en una analogía (Aristóteles, 1974: 1457b).

Ahora bien, si damos por buena la definición aristotélica de metáfora, lo que Aristóteles llama *metáfora* incluye también otros tropos como la metonimia, la sinécdoque o el eufemismo. En función de ello y de su propia teoría sobre la metáfora, Searle pudo mantener que

According to my account of metaphor, it becomes a matter of terminology whether we want to construe metonymy and synecdoche as special cases of metaphor or as independent tropes (Searle, 1986: 110).

Desde el punto de vista del contraste entre el significado literal de un término y el significado translaticio que adjudicamos a ese término, los demás tropos pueden ser considerados, pues, como casos especiales de metáforas. O, dicho de otro modo, *metáfora* puede ser considerado como un término superordenado, y *metonimia*, *sinécdoque*, *ironía* o *eufemismo* no serían más que hipónimos de *metáfora* en la medida en que el significado de *metáfora* incluye los significados de los otros tropos, pero no al revés. Analicemos los significados de algunos de los tropos principales para hacer ver cómo todos ellos no serían más que hipónimos de *metáfora*:

- Si la metonimia consiste en “designar algo con el nombre de otra cosa tomando el efecto por la causa o viceversa, el autor por sus obras, el signo por la cosa significada, etc.” (*DRAE*), es obvio que, desde un punto de vista estrictamente lingüístico, la metonimia tampoco es otra cosa que una transferencia de significado. Si decimos “El próximo curso estudiaremos a *Molière*” queriendo significar “El próximo curso estudiaremos la obra de Molière” y no “El próximo curso estudiaremos a la persona de Molière”, estamos dando a *Molière* un significado distinto del habitual.
- Si la sinécdoque consiste en “extender, restringir o alterar de algún modo la significación de las palabras, para designar un todo con el nombre de una de sus partes, o viceversa; un género con el de una especie, o al contrario; una cosa con el de la materia de que está formada, etc.” (*DRAE*), es también obvio que, al usar *vela* por *barco*, estamos dando a *vela* un significado distinto de su significado literal.
- Si el eufemismo consiste en una “manifestación suave o decorosa de ideas cuya recta y franca expresión sería dura o malsonante” (*DRAE*), es obvio que, cuando usamos *lavabo* por *retrete*, estamos dando a *lavabo* un significado distinto de su significado literal como “pila con grifos y otros accesorios que se utiliza para lavarse”, “mesa, comúnmente de mármol, con jofaina y demás recado para el mismo uso” o “cuarto dispuesto para el aseo personal” (*DRAE*).
- Si el disfemismo es un “modo de decir que consiste en nombrar una realidad con una expresión peyorativa o con intención de rebajarla de categoría, en oposición a *eufemismo*” (*DRAE*), es obvio que, cuando llamamos *bastardo* a alguien con intención de insultarlo, no necesariamente tenemos que significar que sea “hijo nacido de una unión no matrimonial”, “hijo de padres que

no podían contraer matrimonio al tiempo de la concepción ni al del nacimiento” o “hijo ilegítimo de padre conocido” (*DRAE*).

- Si la ironía es una “figura retórica que consiste en dar a entender lo contrario de lo que se dice” (*DRAE*), parece también claro que, si decimos de alguien que *está en su salsa* cuando sabemos que está aburrido o hastiado, estamos dando a *está en su salsa* el significado opuesto al que el modismo suele tener normalmente.
- Si la lítotes (o meiosis) consiste en “no expresar todo lo que se quiere dar a entender, sin que por esto deje de ser bien comprendida la intención de quien habla” (*DRAE*), es claro también que, si decimos de alguien que estaba *ligeramente ebrio*, cuando sabemos que estaba completamente borracho, estamos dando a *ligeramente* un significado diferente al que suele tener normalmente y que es sinónimo de *levemente*.

El mecanismo lingüístico de todos estos tropos es, por tanto, el de la adjudicación de un significado distinto del que tiene normalmente un término o un sintagma, de modo que las distinciones terminológicas entre ellos parece que, en principio, no irían más allá de significar de qué tipo de metáfora se trata en cada caso, o, por decirlo también con palabras de Searle,

In each case, as in metaphor proper, the semantic content of the P term conveys the semantic content of the R term by some principle of association. Since the principles of metaphor are rather various anyway, I am inclined to treat metonymy and synecdoche as special cases of metaphor and add their principles to my list of metaphorical principles. I can, for example, refer to the British monarch as ‘the Crown’, and the executive branch of the US government as ‘the White House’ by exploiting systematic principles of association (Searle, 1986: 110-111).

### 1.6. Las funciones sociales de algunos tropos

Aunque todos los tropos a los que he aludido en la sección anterior son casos especiales de metáforas o hipónimos de *metáfora*, hay, sin embargo, algunos a los que quiero referirme de forma particular por sus especiales características y por las funciones sociales que llevan a cabo: la ironía, la lítotes y el eufemismo. Ironía y lítotes ejercen la función social de permitir al hablante referirse a personas o emitir opiniones que pueden ser ofensivas para el oyente o para terceras personas sin que la ofensa sea demasiado patente. Ello es posible en la medida en que una preferencia en que entren a formar parte estos tropos siempre es susceptible de recibir al menos dos interpretaciones. Esto es precisamente lo que permite al hablante expresar sus verdaderos sentimientos u opiniones –y que el oyente los entienda– sin que la conversación degenera en una pelea o en una guerra abiertas. Justamente por esta razón, estos tropos son usados típicamente en el lenguaje

diplomático. Pues, glosando y adaptando para la ocasión la famosa frase de Carl von Clausewitz, el lenguaje de la diplomacia no sería más que un medio de intentar evitar la guerra. Y ello porque, como bien insinúa el famoso dicho popular, el lenguaje de un diplomático tiene que ser lo más elusivo posible, pues

[4] “Cuando un diplomático dice *no*, quiere decir *tal vez*; cuando dice *tal vez*, quiere decir *sí*; y, cuando dice *sí*, no es un diplomático de ninguna manera”.

Ahora bien, los estudios sobre la metáfora suelen hacer referencia a los parecidos y diferencias entre la metáfora y los otros tropos, especialmente con respecto a la sinécdoque y a la metonimia (Bobes Naves, 2004: 166-185; y Le Guern, 1973). No obstante, aunque hay algunas excepciones (Pfaff et alii, 1997; y Chamizo

Domínguez, 2003),<sup>[2]</sup> las múltiples teorías sobre la metáfora no se han aplicado habitualmente al estudio del eufemismo y del disfemismo. De modo que los estudiosos de la metáfora no suelen aludir –ni tan siquiera de pasada– al eufemismo y al disfemismo, mientras que los estudiosos del eufemismo y del disfemismo tampoco suelen aludir a las teorías sobre la metáfora. Quizás el origen de este divorcio esté en los escrúpulos que pueden existir ante el eufemismo mismo en la medida en que no se puede hablar del eufemismo sin referirse al término vitando al que sustituye o en que se piense que su uso es eludible en los ámbitos cognitivos, estéticos o literarios. Sea cual sea la causa de este divorcio, el eufemismo merece una atención especial y pormenorizada en la medida en que su presencia es sumamente relevante lo mismo en el lenguaje cotidiano que en los lenguajes supuestamente más excelsos como pueda ser el de la ciencia –y muy especialmente el de la medicina– o el de la literatura. Además de las funciones sociales que cumplen la ironía y la lítotes, el eufemismo cumple con un abanico de funciones sociales mucho más amplio que el de los dos tropos anteriores, aunque el eufemismo puede construirse con cualesquiera otros tropos (Chamizo Domínguez, 2003).<sup>[3]</sup> Su principal función consiste, obviamente, en poder nombrar un objeto desagradable o los efectos desagradables de un objeto en la medida en que “A euphemism is used as an alternative to a dispreferred expression, in order to avoid possible loss of face either one’s own face or, through giving offense, that of the audience, or of some third party” (Allan y BurrIDGE, 1991: 11). De acuerdo con ello, la función primera de un eufemismo será la de evitar usar un término tabú. Y los términos tabú suelen ser principalmente los que se refieren a los siguientes objetos:

1. Dios y la religión, a fin de evitar las blasfemias (Allan, 2000: 156-157). Vg.: *Diantres* para *demonios*; *ostras* para *hostias*.
2. Objetos o acciones sexuales. Vg.: *Conocer*, *pasar la noche con*, *poseer*, *tomar*, *irse a la cama con*, *salir con* y otros muchos para *tener un coito*.
3. Fluidos corporales o partes del cuerpo. Vg.: *Transpirar* para

*sudar; expectorar para escupir; axila para sobaco; extensiones para postizos.*

4. Lugares u objetos sucios, peligrosos o temibles. Vg.: El título de la película clásica del oeste *The Cheyenne Social Club*, que en realidad hacía referencia a un *burdel*, funcionaba como un eufemismo y buena parte de la trama de la película se basa en lo ambiguo de llamar *social club* a un *burdel*. Del mismo modo, *camposanto, necrópolis, sacramental* o, más modernamente, *tanatorio* para *cementerio*. Y ello a pesar de que *cementerio* fuese originalmente un eufemismo en griego construido a partir de su significado literal de *dormitorio*.
5. La muerte y las enfermedades. Vg.: *hemorroides* para *almorranas*. Y lo interesante de este caso es que, lo mismo *hemorroides* que *almorranas*, proceden de la misma palabra griega. Y, si *hemorroides* tiene un marcado sabor eufemístico mientras que *almorranas* tiene un marcado sabor disfemístico, no es porque no signifiquen etimológicamente lo mismo, sino porque el término *hemorroides* es preferentemente usado en la jerga médica, mientras que el término *almorranas* es preferentemente usado en el lenguaje ordinario.

Pero, además de esta función principal consistente en permitirnos nombrar a todos esos objetos, el eufemismo lleva a cabo otras funciones añadidas. Hasta tal punto es esto así que la vida en sociedad sería difícilmente concebible sin el recurso al eufemismo, pues el eufemismo se usa también para:

1. Ser cortés o respetuoso Vg.: *Mi señora esposa* o *mi señor esposo* para *mi mujer* o *mi marido*, respectivamente. En la actualidad los profesores K. Allan y K. Burridge, que son los autores de un excelente libro sobre el eufemismo y el disfemismo que se ha convertido en un clásico sobre el tema (Allan y Burridge, 1991), están trabajando en un nuevo libro cuyo título provisional es *Taboo and the Censoring of Language* en el que, entre otros temas, tocan este punto. Los borradores de este trabajo pueden encontrarse en Internet en <http://www.arts.monash.edu/ling/spec/tcl/>.
2. Elevar la dignidad de una profesión u oficio. Vg.: *Barman* para *camarero*; *chef* para *jefe de cocina*; *mâitre* para *jefe de camareros* o *jefe de comedor*; *tripulante de cabina/auxiliar de vuelo* para *azafata*; etc. Nótese que la palabra *azafata* –que originalmente significaba “criada de la reina, a quien servía los vestidos y alhajas que se había de poner y los recogía cuando se los

quitaba" (*DRAE*) y se usó por las compañías aéreas españolas por su función eufemística de elevar la dignidad de una profesión, lo que no se habría conseguido con el uso de los términos *camarera* o *moza* (Lázaro Carreter, 1997: 590-593)–, ha dejado parcialmente de ejercer esa función desde que se usa como sustitutivo eufemístico de *puta*, especialmente en los anuncios eróticos de los periódicos. En México, por el contrario, las auxiliares de vuelo recibieron el nombre de *aeromozas* mediante un calco del francés *hôtesse de l'air* y el resultado ha sido que *aeromoza* no ha pasado a tener un significado disfemístico, al menos que yo sepa.

3. Algunos de esos eufemismos son préstamos. Los préstamos se utilizan muy frecuentemente como eufemismos, especialmente cuando las palabras que se toman como préstamos proceden de lenguas que se consideran más cultas, refinadas o elegantes (Sagarín, 1968: 47-49). De hecho, el término *puta*, por ejemplo, fue tomado del italiano –cuando el italiano era considerada la lengua europea de la cultura en el Renacimiento– como un eufemismo, aunque ahora sea un evidente disfemismo. Sorprendentemente, cuando un préstamo se usa en la lengua término con un significado eufemístico, éste no suele estar presente en la lengua origen. Así, el español ha tomado prestado el sustantivo inglés *relax* y el sustantivo finlandés *sauna* como sustitutos eufemísticos de *prostitución* y *burdel*, respectivamente, aunque esos términos no tengan estos usos eufemísticos en sus respectivas lenguas origen.
4. Dignificar a una persona que sufre alguna enfermedad, minusvalía o situación penosa. Vg.: *Ser trisómico del par 21* o *padecer/sufrir el síndrome de Down* para *mongólico*; *tercera edad* o *mayores* para *viejos*; *invidente* para *ciego*; etc.
5. Atenuar una evocación penosa. Vg.: *Dormirse en el Señor* o *exhalar el espíritu* para *morir*. Los eufemismos para *morir* son especialmente abundantes y proceden de muy diversos dominios origen, especialmente del dominio del viajar y del dominio del sueño/descanso. Así, del dominio del viajar, y sin pretender ser exhaustivos, podemos citar los siguientes: *liar el petate*, *irse al otro barrio*, *irse al otro mundo*, *irse al cielo*, *abandonar este mundo*, *irse a la gloria*, *hacer el último viaje* o *irse al seno de Abrahán*. Y, del dominio del sueño/descanso, los eufemismos usaderos no son menos abundantes: *descansar en el Señor*, *dormir el sueño de los justos*, *dormir el sueño eterno*, *dormirse*



*en el Señor o descansar en paz.*

6. A veces el sustituto eufemístico al que se recurre para evitar la evocación penosa que conlleva el término vitando produce efectos casi humorísticos. La jerga médica y/o paramédica está plagada de este tipo de eufemismos. Véase, a título de ejemplo, el siguiente caso: "From the department of tasteless euphemisms. Reader Aidan Merritt used to work for an organisation that tabulates medical statistics. Its reports invariably replaced the unfriendly word 'deaths' by 'unscheduled bed vacancies'". (*New Scientist*, cubierta posterior, noviembre de 2003, p. 84. Agradezco a mi amiga Brigitte Nerlich el haberme comunicado este sabroso ejemplo).
  
7. Ser políticamente correcto. Vg.: *Países surgentes* o *tercer mundo* para *países pobres*. El llamado "lenguaje políticamente correcto" es básicamente *eufemístico*. A veces los excesos del lenguaje políticamente correcto pueden llegar a extremos insospechados. A este respecto quiero recordar que la *Asociación Sociológica Británica*, rizando el rizo de lo políticamente correcto, ha recomendado que no se use el adjetivo *seminal* y que, en su lugar, se usen adjetivos tales como *classical* o *formative* (Chamizo Domínguez y Nerlich, 2002). Parece ser que alguien ha descubierto de nuevo el Mediterráneo y, al haberse enterado que *seminal* procede etimológicamente de *semen* –que en latín significaba literalmente *semilla* y metafóricamente lo que en las lenguas modernas es ahora su significado literal, esto es "conjunto de espermatozoides y sustancias fluidas que se producen en el aparato genital masculino de los animales y de la especie humana" (*DRAE*)– ha decidido declarar al adjetivo en cuestión una palabra machista y, por ende, políticamente incorrecta. Pero, además, el caso es más interesante si cabe, dado que es harto dudoso que los otros adjetivos que se proponen como sinónimos, funcionen como tales en cualesquiera contextos.
  
8. Los excesos de cautela del lenguaje políticamente correcto rozan a veces la beatería, lo ridículo y hasta lo autocontradictorio. A raíz del atentado de la Torres Gemelas, de Nueva York, se puso en circulación el sintagma *tolerancia cero* para significar que se iba a perseguir sin tregua al terrorismo. Ahora bien, *tolerancia cero* no es más que un sustituto eufemístico de *intolerancia*, término éste que alguien debió considerar demasiado políticamente incorrecto y disfemístico. El resultado de ello es

que ya no se puede ser “intolerante” ni tan siquiera con el terrorismo. Crucemos los dedos y confiemos en que a ninguna mente bienpensante se le ocurra que el título de la conocida película, de D. W. Griffiths, *Intolerance* (1916) deba ser desde ahora *Zero Tolerance*, para no herir algunas susceptibilidades.

9. Permitir manipular los objetos ideológicamente. Vg.: *Nasciturus* o *embrión* para *feto* o *criatura*; o *interrupción voluntaria del embarazo* para *aborto*. Este proceso de ingeniería semántica es el que permite que podamos manipular sin graves problemas de conciencia a un embrión cuando utilizamos el término *nasciturus*, cosa que probablemente no ocurriría si utilizásemos el término *embrión*, aunque muy probablemente la referencia de ambos términos sea la misma. En función de lo anterior se ha llamado a los eufemismos “palabras corrosivas” (Mitchell, 2001), pero, a pesar de su poder corrosivo, son ineludibles en el lenguaje cotidiano y muchas veces también en los lenguajes especializados, especialmente en el lenguaje de la medicina y la biología.
10. Evitar agravios étnicos. Vg.: *Subsahariano/subsahariana* para evitar el disfemismo *negro/negra* en español o *Afro-American* para evitar el disfemismo *black* en inglés; *caucásico/caucásica* para *blanco/blanca*; o *magrebí* para evitar el disfemismo *moro*. Y obsérvese que, aunque *blanco/blanca* no suelen tener connotaciones disfemísticas, suelen ser sustituidos por *caucásico/caucásica* para mantener la analogía con el caso de *negro/negra*.
11. Evitar agravios relacionados con la condición sexual de una persona. Vg.: *gay* para evitar el disfemismo *maricón* o *lesbiana* para evitar el disfemismo *tortillera*. Y obsérvese que, mientras que *tortillera* es un disfemismo en el español de España, en México es un término axiológicamente neutro que no significa más que “persona que por oficio hace o vende tortillas, principalmente de maíz” (*DRAE*).

Recopilando, la metáfora consiste en la adjudicación a un término, en el contexto de una preferencia, de un significado distinto de su significado literal. Esta transferencia de significado tiene una función cognitiva de primera magnitud que ha sido tradicionalmente valorada de forma positiva o negativa, pero que casi nadie ha negado. Y, finalmente, algunos hipónimos de *metáfora* (ironía, lítotes o eufemismo) ejercen, además, funciones sociales que harían difícilmente imaginable la convivencia social si tales recursos lingüísticos y cognitivos no existieran.

## Notas

[1] Hipertexto: [http://www.medtrad.org/panacea/IndiceGeneral/n13-14\\_tribuna-metafora.pdf](http://www.medtrad.org/panacea/IndiceGeneral/n13-14_tribuna-metafora.pdf)

[2] Hipertexto: <http://www.ensayistas.org/critica/retorica/varios/chamizo.htm>

[3] Hipertexto: <http://www.ensayistas.org/critica/retorica/varios/chamizo.htm>



© Pedro J. Chamizo Domínguez. *La metáfora (semántica y pragmática)*.  
Primera edición en español, 2005. Versión autorizada por el autor para  
Proyecto Ensayo Hispánico y preparada por José Luis Gómez-Martínez. Se  
publica únicamente con fines educativos. Cualquier reproducción destinada a  
otros fines deberá obtener los permisos correspondientes. Enero de 2005.

### PROYECTO ENSAYO HISPÁNICO

[Home / Inicio](#) | [Repertorio](#) | [Antología](#) | [Crítica](#) | [Cursos](#)



# Teoría, Crítica e Historia

**Pedro J. Chamizo Domínguez**

## La metáfora (semántica y pragmática)

### CAPÍTULO II PRAGMÁTICA DE LA METÁFORA

#### 2.1. De la semántica a la pragmática

Dado que una de las características de la metáfora es su ambigüedad, desde el ámbito meramente semántico resulta sumamente difícil desambiguar el significado de muchas expresiones y distinguir cuándo hacemos un uso literal de ellas y cuándo un uso translaticio. Ya había aludido M. Black a esta cuestión cuando afirmó que

There is accordingly a sense of 'metaphor' that belongs to 'pragmatics', rather than to 'semantics' –and this sense may be the one most deserving of attention (Black, 1981: 67).

La decisión sobre si una palabra o una expresión están usadas literal, metafórica, eufemística o irónicamente, por ejemplo, parece que no podemos tomarla en muchos casos desde el ámbito estrictamente semántico. De ahí que aparezca como imprescindible el plantear una estrategia pragmática que dé razón de cómo y por qué cambian de significado los términos y las expresiones que los contienen en función del contexto en que son proferidas. Aunque la interpretación pragmática de las metáforas se ha hecho de acuerdo con otros planteamientos, como el de J. Searle (1986), para enmarcar teóricamente la cuestión de las estrategias pragmáticas voy a aludir básicamente al planteamiento clásico de H. P. Grice (1989: 22-40)

## 2.2. La metáfora como burla o violación del significado literal

Grice encuadra la metáfora en el contexto de su exposición de las máximas conversacionales, concretamente en relación con la máxima de cualidad en la conversación, máxima que ordena llevar a cabo la comunicación de tal manera que sea verdadera: "Try to make your contribution one that is true" (Grice, 1989: 27). En relación con este imperativo griceano, la metáfora, en cuanto que conlleva un cambio en el significado habitual o literal de un término, aparece como una violación de la máxima de cualidad. Especialmente la metáfora aparece como una patente violación de la primera de las submáximas griceanas de cualidad; aquella que ordena no decir lo que se cree falso: "Do not say what you believe to be false" (Grice, 1989: 27).

Aunque cabría una interpretación de tipo moral de estas máximas, en el contexto en que las expone Grice tales máximas no aparecen como prescripciones morales, sino como consejos o instrucciones de uso para que la fluidez en la conversación no se vea obstaculizada por ningún tipo de interferencias que hagan el intercambio verbal penoso o, en el peor de los casos, imposible. De ahí que la violación de la primera submáxima de cualidad no la entienda Grice como una mentira, sino como una falsedad\_categorial "categorial falsity" (Grice, 1989: 34), que puede inducir al error al oyente. Para dar cumplimiento a la máxima que ordena no decir lo que se cree falso no basta con que nuestras preferencias sobre el objeto del que hablemos concuerden con lo que pensamos o creemos saber sobre ese objeto. Más importante que esto es, en este contexto, el que utilicemos las palabras de acuerdo con su significado de primer orden. Justamente en la medida en que el uso metafórico de un término conlleva algún tipo de cambio con respecto al significado de primer orden de ese término, Grice entiende que la metáfora implica, además de una falsedad categorial, una burla al imperativo de cualidad. Así, en el caso del ejemplo que propone el propio Grice,

[1] "You are the cream in my coffee" (Grice, 1989: 34),

–y en el supuesto de que *you* se refiera a un ser humano y que no nos hallemos ante contextos tales como el de una representación teatral en la que los objetos estuviesen personificados– hay una violación del significado literal de *cream in my coffee*, que puede inducir al error al oyente de [1].

Y, sin embargo, el uso habitual en nuestras conversaciones de metáforas como la del ejemplo no induce al error a nuestros oyentes en circunstancias normales. Y ello porque el oyente, al oír [1], la interpretará en relación con el contexto en que es proferida y en relación, también, con los conocimientos y creencias previos compartidos, tácita o explícitamente, con el hablante. Para aclarar este extremo, veamos cómo puede funcionar [1] en tres contextos distintos:

- En el contexto de una representación teatral.

- En el transcurso de una velada amorosa.
- Ante una ventanilla ministerial.

En el primer caso, proferido [1] en el transcurso de la interpretación de una obra teatral en la que los objetos estén personificados –como pudiera ser el caso de un auto sacramental– y en la que diversos personajes representen diversos alimentos, las palabras *cream in my coffee* pueden ser interpretadas literalmente como nombrando a una persona o a una cosa. Ello haría que [1] tuviese un significado literal en el contexto aludido y, en este caso, se puede decir que la submáxima griceana de veracidad en la conversación sería respetada escrupulosamente, por lo que no habría ningún tipo de violación del significado de los términos usados en [1].

En el segundo caso, proferido [1] en el transcurso de una velada amorosa, el oyente no puede interpretar literalmente que el hablante se refiera a él como la *cream in my coffee*. Una vez descartada, por absurda o por improcedente en tal contexto, esta interpretación literal, el oyente deberá iniciar, explotando para ello un significado figurado, un proceso interpretativo más complejo que lo lleve a conferir algún sentido a lo que parece una preferencia absurda del hablante. Este proceso interpretativo se dispara por el mero hecho de que una interpretación literal de [1] no parezca razonablemente probable en ese contexto. Ahora bien, el oyente, de acuerdo con sus saberes o creencias sobre la función de la nata en el café, tenderá a buscar una interpretación alternativa a la interpretación literal que lo lleve a pensar que el hablante, al proferir [1], ha querido significarle que él significa para el hablante algo análogo a lo que suele significar habitualmente el añadir nata al café. Y digo “habitualmente”, porque el significado de [1] sería para el oyente otro muy distinto si, por ejemplo, el hablante padeciese –y el oyente lo supiese– alguna disfunción del metabolismo que hiciese que la ingestión de alimentos ricos en colesterol –como la nata– le estuviese desaconsejada por serle perjudicial para la salud. Así pues, en circunstancias normales y en el contexto de una velada amorosa en la que ninguno de los participantes tiene problemas para metabolizar la nata, en el oyente se disparará un proceso interpretativo regido por el Principio de Cooperación, que contendrá básicamente los siguientes pasos:

- 1) El hablante no puede querer significar literalmente que yo sea la *cream of his/her coffee*.
- 2) Sin embargo, su enunciado parece una aseveración compuesta de acuerdo con las normas de corrección sintáctica de nuestra lengua. Y no hay razones para pensar que su preferencia no sea una aseveración con la que pretende comunicarme algo sobre mi persona y sobre mi relación con él o ella.

3) Cabe la posibilidad de que el hablante no domine suficientemente nuestra lengua y esté equivocado con respecto al significado habitual de los términos que ha usado en su aseveración. Pero hasta ahora se ha conducido en la conversación de tal modo que no tengo ningún fundamento para avalar esa hipótesis.

4) Podría ser que haya decidido proferir palabras sin sentido y que no quiera cooperar conmigo. Pero tampoco tengo razones para pensar que no esté cooperando conmigo, esto es, que quiera hacerme objeto de alguna broma o que quiera engañarme.

5) Lo más razonable en estas circunstancias es pensar, pues, que el hablante ha de estar intentando decirme algo que debe tener sentido para ambos en razón de nuestras creencias, convicciones, saberes, usos lingüísticos y en razón del tipo de relación social existente entre nosotros dos.

6) Como he descartado, por sumamente improbable, el significado literal de su aseveración, estoy obligado a pensar que el hablante debe creer que yo tengo la suficiente capacidad como para atribuir a su aseveración algún significado distinto del literal.

7) Hay cosas y circunstancias, como los sentimientos de las personas, a las que no podemos o no solemos referirnos literalmente, sino recurriendo a alguna figura del lenguaje.

8) Una figura del lenguaje, que, por lo demás, es bastante frecuente que se utilice en el ámbito de los sentimientos, es la metáfora. Intentaré, pues, una interpretación metafórica de la aseveración del hablante.

9) De acuerdo con la hipótesis de que su aseveración sea metafórica, yo debo significar para el hablante algo parecido a lo que significa normalmente el añadir nata al café.

10) Dado el tipo de relación existente entre nosotros en estos momentos, esa interpretación metafórica parece la más razonable en este contexto.

Todo este proceso interpretativo está, obviamente, sujeto a las restricciones,

creencias, saberes y usos sociales de los participantes en el intercambio lingüístico, de modo que muchos de los fallos en la comunicación o muchas de las faltas de sintonía en la interpretación correcta de las metáforas –análogos, por lo demás, a los que suelen ocurrir cuando se emplean las palabras literalmente– son debidos a que alguno de los interlocutores no está situado en las mismas coordenadas de saberes y creencias que el otro. Por lo demás, para que se inicie en el oyente la interpretación metafórica de un enunciado cualquiera no es necesario que éste sea semánticamente anómalo; para que el proceso se dispare es condición suficiente el que la interpretación literal del enunciado sea poco probable en un contexto dado.

En el tercer caso, proferido [1] por un paciente ciudadano ante una ventanilla ministerial y tras un buen rato de no menos paciente espera, el oyente –el burócrata de turno en este caso– iniciará un proceso interpretativo similar al anteriormente descrito en los pasos 1-6. Por el contrario, los cuatro pasos últimos deberán variar del siguiente modo:

7') Hay situaciones, como las de miedo o las de inferioridad ante el interlocutor, a las que los hablantes no suelen o no pueden referirse directa y literalmente, sino recurriendo a algún tipo de figura del lenguaje.

8') Una figura del lenguaje apropiada ante esta situación de inferioridad e impotencia en la que se encuentra el hablante es la ironía. Intentaré, pues, una interpretación irónica de la aseveración del hablante.

9') De acuerdo con esta interpretación irónica, yo debo significar en estos momentos para su vida lo contrario de lo que significa normalmente el añadir nata al café.

10') Dado el tipo de relación existente entre nosotros en estos momentos, esa interpretación irónica parece la más razonable en este contexto.

La figura de la ironía permite al hablante expresar sus verdaderos sentimientos hacia el oyente sin necesidad de hacerlo literalmente, manteniendo una ambigüedad calculada en sus preferencias. Y normalmente el oyente descubrirá las verdaderas intenciones del hablante sin que sea necesario que conozca de antemano al hablante y sin que sea necesario tampoco un entrenamiento específico. Y también, como en las metáforas, las ironías nos permiten expresar lo que sería difícilmente comunicable mediante una preferencia literal. Obsérvese que una preferencia literal y con análogo significado a [1], una aseveración tal como

[2] “Es Vd. muy desagradable atendiendo a los ciudadanos”,



provocaría, con toda probabilidad, una situación enojosa por parte del oyente que quizás impediría llevar a buen fin el objetivo de la presencia del hablante ante la ventanilla ministerial.

Pero, además, el uso de una preferencia irónica en lugar de una literal tiene otra característica importante que la hace imprescindible en muchas situaciones. Se trata de la ambigüedad calculada que hay en la ironía y en cuya clave interpretativa están el hablante y el oyente. Si el hablante hubiese usado [2] en vez de [1], el burócrata oyente podría haberle contestado que él se sentía molesto con la apreciación del ciudadano, que a él se le pedía eficacia y no encanto personal o cosas por el estilo. En cualquier caso, y puesto que los términos de [2] tenían un alto grado de desambiguación, el hablante tendría que responsabilizarse de la interpretación de su preferencia, en la que, por lo demás, no caben muchas lecturas alternativas y atenuantes. Por el contrario, al utilizar el hablante [1], si el oyente interpreta [1] con el significado de [2], esa interpretación siempre será susceptible de ser derrotada y el hablante siempre podrá mantener que no era [2] el significado exacto que él quería dar a [1], que no era su intención ofender al burócrata o excusar por el estilo. Aunque el burócrata tenga la certeza moral de que lo que quiso significar el hablante, al proferir [1], era [2], habrá sido puesto aquél en una situación de una "inferioridad semántica" de la que no podrá salir airoso más que jugando el mismo juego de la ironía y utilizando, a su vez, otra ironía. Aunque la mayor o menor probabilidad de una interpretación irónica de una preferencia varíe en función del contexto en que se use la preferencia, el hablante siempre tendrá en sus manos la posibilidad de aclarar cuál de las interpretaciones posibles es la más adecuada a sus intenciones, mientras que no sería ése normalmente el caso en una preferencia literal. E incluso se puede imaginar algún contexto en el que el hablante pretenda ser a la vez metafórico e irónico como el propio Grice especifica:

It is possible to combine metaphor and irony by imposing on the hearer two stages of interpretation. I say *You are the cream in my coffee*, intending the hearer to reach first the metaphor interpretant 'You are my pride and joy' and then the ironyinterpretant 'You are my bane'. (Grice, 1989: 34).

### **2.3. Una sola preferencia y muchas posibles interpretaciones**

Hemos visto que en el ejemplo de Grice cabían varias interpretaciones diferentes y que, precisamente, la interpretación literal era la más improbable de todas ellas. En cualquier caso, cada una de estas interpretaciones sería la más probable en función del contexto en que [1] hubiera sido proferida. Analicemos ahora un caso en el que son posibles más interpretaciones aún que en el caso de [1] y en el que, además, la interpretación literal es tan probable como las translaticias, con lo cual será el contexto el que tenga la última palabra a la hora de decidir cuál sea la interpretación más adecuada en un momento dado. Y el análisis que voy a hacer de este ejemplo

concreto puede servir de modelo a otros muchos casos. Consideremos el caso de dos personas que están manteniendo una conversación en el transcurso de la cual una de ellas, refiriéndose a una tercera persona, dice:

[3] “Esta mañana me he encontrado con el doctor García”.

En el supuesto de que todos los términos de [3] estén usados de acuerdo con sus más obvios significados literales y que lo mismo el hablante que el oyente sepan quién es la persona identificada con el nombre *García*, [3] tiene, en principio, dos posibles interpretaciones: 1, que sea verdad que García es doctor, esto es, que sea una persona que haya recibido “el último y preeminente grado académico que confiere una universidad u otro establecimiento autorizado para ello” (*DRAE*); y 2, que el hablante esté equivocado y que García no haya recibido ese grado académico. En el primer caso [3] recibirá el valor de verdad V, el proceso comunicativo puede continuar de forma fluida y el hablante podrá seguir añadiendo más información sobre el mismo asunto o cambiando de asunto. En el segundo caso, el oyente, aplicando el principio de caridad y asumiendo que el hablante no está tratando de engañarlo, entenderá [3] como un error y probablemente le hará caer en la cuenta al hablante de su error con una aseveración como

[4] “García no es doctor”,

o bien, mostrará su ignorancia y aseverará algo así como

[5] “No sabía que García fuera doctor”.

Con [4] el oyente ha afirmado taxativamente que García no posee el grado académico de doctor y, consecuentemente, informa a su interlocutor de ello. Si el hablante no tiene ninguna prueba en contrario, tendrá que reconocer su error y dar la razón a su interlocutor. Con [5] el oyente ha introducido una cláusula restrictiva, “no sabía que”, que implica que podría ser él quien estuviese equivocado sobre el doctorado de García. En ese caso, el hablante puede confirmar lo que había afirmado en [3] y subrayarlo con una información como la siguiente:

[6] “García defendió su tesis justamente ayer”.

O bien reconocer que era él quien estaba equivocado con respecto al grado académico de García. En cualquier caso, el término *doctor* ha sido usado literalmente en los ejemplos [3]-[6] y la decisión sobre si lo afirmado en [3] es verdadera o falsa no requiere de ningún análisis pragmático posterior, sino, en todo caso, de una verificación en la universidad en la que García pudo graduarse de doctor.

Ahora bien, si suponemos que lo mismo el hablante que el oyente saben expresamente que García no es doctor, entonces se requieren ulteriores suposiciones

por parte del oyente para atribuir el significado exacto a lo que el hablante ha querido decir con [3], dado que ambos saben que su significado literal es patentemente falso. Dado, pues, que hablante y oyente saben que García no es doctor –y que cada uno de ellos sabe que el otro lo sabe– el oyente tendrá que iniciar un proceso interpretativo que lo lleve a suponer lo que el hablante le quiso significar con [3] más allá de su patente falsedad literal. En otras palabras, en el oyente se disparará un proceso interpretativo que lo lleve a atribuirle a [3] un significado translaticio en el que *doctor* sea el foco de alguna de las siguientes figuras del lenguaje: metáfora, eufemismo, ironía o disfemismo. Veamos los pasos que debe dar el oyente en cada uno de estos casos para dilucidar los posibles significados translaticios que el hablante haya podido querer dar a [3] y para descubrir la verdad que hay oculta tras la patente falsedad de su preferencia, si ésta se interpreta literalmente.

Cuando el oyente sabe que el hablante sabe que [3] es literalmente falsa, se disparará en el oyente un proceso interpretativo –una vez que ha asumido que el hablante está cooperando con él y que no pretende mentirle– que lo lleve a postular algún otro significado para [3] que sea distinto de su significado literal y que esté de acuerdo con los saberes y creencias que hablante y oyente comparten sobre García. En este proceso será en el que el oyente adjudique algún significado figurativo a *doctor*. Y el proceso de suposiciones que el oyente deberá llevar a cabo deberá estar constituido por, al menos, los siguientes pasos:

1. El hablante no puede querer significar que García sea literalmente doctor, porque ambos sabemos que no lo es y cada uno de nosotros sabe que el otro lo sabe.
2. No obstante, su aseveración es gramatical y está construida de acuerdo con la sintaxis y la semántica de nuestra lengua y no hay razón para pensar que su preferencia no sea una aseveración con la que está intentando comunicarme alguna verdad sobre García.
3. Es posible que el hablante no tenga un dominio suficiente de nuestra lengua y se esté confundiendo con respecto a algunos de los significados de las palabras que ha usado, pero hasta ahora no hay ninguna razón que haga verosímil esa hipótesis.
4. Podría ser que el hablante haya decidido usar palabras sin sentido y que no quiera cooperar conmigo, pero tampoco tengo ninguna razón para sostener que hasta ahora no haya cooperado conmigo o que quiera mentirme o engañarme.
5. Lo más razonable en estas circunstancias es pensar que el hablante está tratando de decirme algo que debe tener sentido para ambos en función de nuestras convicciones y usos

lingüísticos, en función de la relación social que existe entre nosotros y en función del conocimiento previo que ambos tenemos sobre García.

6. Dado que he descartado el significado literal de su preferencia como altamente improbable, estoy obligado a pensar que el hablante debe creer que tengo la suficiente capacidad como para atribuirle algún significado a su preferencia que no sea su obvio significado literal.
7. A veces, cuando queremos referirnos a algún defecto o a alguna cualidad de un objeto o de una persona, no nos referimos a ellos con los términos que literalmente significan ese defecto o esa cualidad, sino que recurrimos a alguna figura del lenguaje y le conferimos un significado figurativo a uno o más términos.
8. Una figura del lenguaje que es muy común en todas las lenguas y en todas las culturas es la metáfora.
9. Trataré de hacer una interpretación metafórica de [3].
10. Puesto que el hablante y yo sabemos que García es un torero y que al hecho de alcanzar el más alto grado que se puede lograr en el arte de la tauromaquia se le llama metafóricamente muy a menudo "recibir el doctorado", quizás el hablante quiera comunicarme, al proferir [3], algo así como

[7] "Esta mañana me he encontrado con el torero García".

Obviamente, todo este proceso interpretativo está sujeto a las restricciones, creencias, saberes, opiniones y usos sociales de los participantes en el intercambio lingüístico; de modo que los fallos o los malentendidos en la correcta interpretación de las metáforas –análogos, por lo demás, a los que se producen cuando las palabras son usadas literalmente– se deben al hecho de que alguno de los participantes en el intercambio lingüístico no comparte las mismas creencias o saberes que el otro. Es más, para que se dispare en el oyente una interpretación figurativa de una preferencia no es necesario que ésta sea semánticamente anómala, basta con que su significado literal sea poco probable en un contexto dado. Dicho de otro modo, como veremos a continuación en los demás casos, cada contexto específico hace que se dispare en primer lugar una de las posibles interpretaciones de la misma preferencia, mientras que el resto de las demás interpretaciones posibles pasa a un segundo plano.

Visto que [3] está abierta lo mismo a una interpretación literal que a una interpretación metafórica, pasemos ahora a ver en qué contexto la interpretación

eufemística de [3] es la más probable y cuál es la estrategia pragmática que el oyente debe llevar a cabo para alcanzar esta interpretación eupemística. Cuando hablante y oyente saben que García no es literalmente doctor por ninguna universidad ni tampoco torero, pero que, sin embargo, es médico, la interpretación más plausible de [3] será aquella en que el oyente la entienda como una proferencia eupemística, aunque, en este caso, el significado de *médico* para el significante *doctor* esté ya prácticamente lexicalizado en muchas lenguas. No obstante, aunque esto sea así, aún es posible jugar con los dos significados de doctor y afirmar cosas como “Ni todos los doctores son médicos, ni todos los médicos son doctores”. En cualquier caso, en español todavía no está lo suficientemente lexicalizado el significado *médico* para el significante *doctor* y, por ello, el diccionario de referencia se ve obligado a aclarar que el significado de “médico, aunque no tenga el grado académico de **doctor**” (el subrayado es del original) para el significante *doctor* es “coloquial” (*DRAE*). Sea esto como fuere, el proceso interpretativo que deberá llevar a cabo el oyente será prácticamente el mismo que en el caso anterior hasta el paso 7). A partir de ahí, las suposiciones que deberá hacer el oyente serán las siguientes:

8') Una figura del lenguaje muy usadera para elevar la categoría de alguien es el eupemismo.

9') Trataré de hacer una interpretación eupemística de [3].

10') Un eupemismo muy común para referirse a los médicos es el término *doctor*, de modo que, cuando profirió [3], el hablante pudo querer significar algo así como

[8] “Esta mañana me he encontrado con el médico García”.

Por otra parte, si el hablante y el oyente saben que García es un completo analfabeto, las interpretaciones literal, metafórica y eupemística de [3] son altamente improbables y, en este caso, la interpretación más plausible y probable de [3] será una interpretación irónica. Para alcanzar una interpretación irónica de [3] el proceso de la estrategia pragmática será el mismo que en los casos anteriores hasta el punto 7) inclusive. A partir de ahí las suposiciones que el oyente tendrá que hacer serán básicamente las siguientes

8'') Una figura del lenguaje muy usadera cuando se quiere decir algo despectivo de alguien es la ironía.

9'') Intentaré una interpretación irónica de [3].

10'') De acuerdo con una interpretación irónica de [3], el hablante habrá querido significar exactamente lo contrario

de lo que su aseveración significa literalmente, esto es, su aseveración debe significar algo así como

[9] “Esta mañana me he encontrado con el analfabeto García”.

Con el recurso a la ironía el hablante puede expresar sus verdaderas creencias o sentimientos con respecto a García sin tener que usar un término cuyo significado literal pudiera ser ofensivo, pues [9] sería mucho más insultante para García que la interpretación irónica de [3]. En cierto modo, la ironía es el reverso de la metáfora por cuanto que, mientras que la metáfora tiende a cumplir con una función de alabanza o de piropo –aunque no exclusivamente–, la ironía cumple con una función crítica o despectiva para con respecto al objeto de que se trate.

Finalmente, si el hablante y el oyente saben que García no es ni un doctor, ni un torero, ni un médico, ni un analfabeto, pero ambos saben que el hablante no suele usar el término *doctor* porque, para él, ese término tiene connotaciones desagradables –porque fuese candidato al doctorado y no lo consiguiese, porque haya tenido una mala experiencia con algún médico o por cualquier otra razón–, y por ello el término *doctor* es un término tabú o vitando para él, entonces la interpretación más plausible de [3] será una interpretación disfemística. Y, mediante el uso de un disfemismo, el hablante estará mostrando su desprecio o su aversión hacia García. Para alcanzar una interpretación disfemística de [3], los pasos que deberá seguir la estrategia pragmática serán básicamente los mismos que los anteriores hasta el punto 7) inclusive. A partir de ahí las suposiciones que tendrá que hacer el oyente serán básicamente las siguientes:

8") Una figura del lenguaje muy usadera cuando se quiere mostrar la aversión o desprecio hacia alguien es el disfemismo.

9") Intentaré una interpretación disfemística de [3].

10") De acuerdo con una interpretación disfemística de [3], el hablante habrá querido hacer patente su aversión o desprecio hacia García, esto es, su aseveración debe significar algo así como

[10] “Esta mañana me he encontrado con el malnacido de García”.

La línea divisoria entre metáfora, ironía, eufemismo y disfemismo no siempre se puede establecer con total nitidez. Por ello, como había señalado Grice, el hablante puede pretender que el oyente “lea” más de un tropo a la vez en la misma preferencia, justamente por el carácter esencialmente ambiguo y polisémico de las preferencias en que se utilizan los diversos tropos. No obstante, lo relevante para la tesis que estoy manteniendo en este capítulo es que, al menos en el caso de los

tropos, el significado de un término en el marco de una preferencia no es una cuestión semántica, sino una cuestión pragmática cuya interpretación está sujeta al contexto convencional y conversacional en que se encuadre la preferencia en cuestión y a los saberes, creencias, opiniones, ideas y usos sociales de los participantes en el intercambio lingüístico.

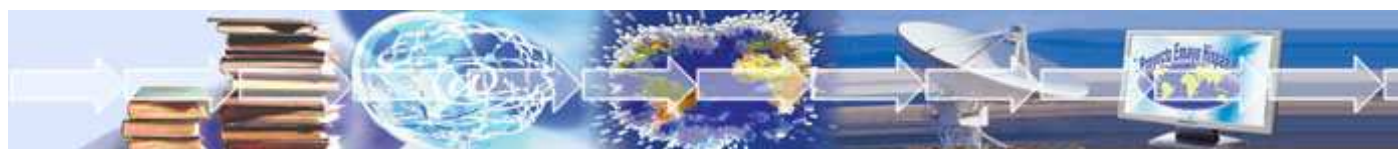
En resumen, aunque el uso de cualquier tropo en una preferencia conlleva una burla o desvío con respecto al significado literal del término que se usa translaticiamente, el significado exacto de la preferencia será recuperable en la medida en que el oyente lleve a cabo la estrategia pragmática adecuada para desambiguar la preferencia en cada caso. Los malentendidos surgirán allí donde el oyente no haya podido llevar a cabo la estrategia pragmática adecuada o no haya querido hacerlo porque no haya querido ser cooperativo.



© Pedro J. Chamizo Domínguez. *La metáfora (semántica y pragmática)*. Primera edición en español, 2005. Versión autorizada por el autor para Proyecto Ensayo Hispánico y preparada por José Luis Gómez-Martínez. Se publica únicamente con fines educativos. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos correspondientes. Enero de 2005.

## PROYECTO ENSAYO HISPÁNICO

[Home / Inicio](#) | [Repertorio](#) | [Antología](#) | [Crítica](#) | [Cursos](#)



# Teoría, Crítica e Historia

**Pedro J. Chamizo Domínguez**

## La metáfora (semántica y pragmática)

### CAPÍTULO III METÁFORA VIVA Y METÁFORA MUERTA

#### 3.1. Metáfora e intimidación

Se cuenta que Napoleón Bonaparte, al ver acercarse en cierta ocasión a Taillierand apoyado en el hombro de Fouché, comentó

[1] “Ahí viene la *astucia* apoyada en la *maldad*”.

Es obvio que [1] será significativa para nosotros en la medida en que estemos familiarizados con la historia de Francia de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, que sepamos que la astucia de Taillierand le permitió sobrevivir a las convulsiones políticas y sociales que se produjeron en Francia desde 1789 hasta el Congreso de Viena (1815) y que Fouché era el jefe del aparato represivo francés, lo mismo durante la revolución que en el imperio. Este conocimiento histórico es el que nos permite comprender que *astucia* y *maldad* son, en este contexto, alusiones por antonomasia a Taillierand y Fouché, respectivamente. Y es obvio también que [1] era mucho más significativa para los oyentes de Napoleón en la medida en que ellos tenían experiencia directa de la astucia de Taillierand –que le permitió sobrevivir incluso al Terror– y de la maldad de Fouché –quien, al igual que Taillierand, también sobrevivió a todas las convulsiones de la Francia de la época. De modo que la metáfora por antonomasia que usó Napoleón fue comprendida inmediatamente por sus oyentes en la medida en que hablante y oyentes compartían ciertos conocimientos sobre los dos personajes aludidos. Sin esos conocimientos



compartidos entre hablante y oyentes es probable que la malicia de la aseveración napoleónica no hubiera sido correctamente comprendida y [1] hubiera sido asignificativa o malinterpretada. Ahora bien, Napoleón pudo proferir [1] ante terceras personas –y probablemente no lo hubiese proferido ante las personas aludidas– porque una de las implicaturas de [1] para los oyentes de Napoleón era que éste estaba compartiendo con ellos una intimidad y, por el mero hecho de compartirla, la estaba reforzando.

Estas reflexiones sobre la anécdota atribuida a Napoleón me permiten plantear la cuestión de la relación entre metáfora e intimidad y proponer la tesis de que una metáfora se origina allí donde existe una situación de intimidad y que, a su vez, el uso de esa metáfora sirve para fomentar la intimidad entre los hablantes. Y precisamente el éxito de una metáfora consistirá justamente en que abandone el ámbito de intimidad en que se ha originado y pase a ser compartida y comprendida por el mayor número posible de hablantes. Y una metáfora tiene que nacer en un ámbito de intimidad compartido por un número no excesivamente grande de hablantes para que sea posible su correcta comprensión en función de los saberes, creencias, opiniones y usos sociales que comparte ese grupo de hablantes. Y el hecho de que esa metáfora se extienda a grupos cada vez más amplios de hablantes hasta ser comprendida, aceptada y usada por la mayoría de los hablantes de una lengua será precisamente la mejor prueba de que el grupo inicial de hablantes entre los que se acuñó la metáfora ha conseguido extender al resto de los hablantes sus saberes, creencias, opiniones o usos sociales.

Una metáfora nace de una necesidad comunicativa de un hablante, que puede recurrir al arsenal establecido de metáforas de una lengua, si lo que tiene que comunicar cuenta con un repertorio suficiente de metáforas establecidas y tipificadas en la lengua en cuestión. En este caso, los términos usados metafóricamente funcionan prácticamente igual que los términos usados en su sentido más literal. Los errores de interpretación que pueden originarse en estas preferencias metafóricas no son muy distintos de los que pueden originarse cuando hablamos literalmente. Pero, cuando se proponen metáforas novedosas, no se puede pensar razonablemente que éstas vayan a ser interpretadas unívocamente por la comunidad de los hablantes. Del mismo modo, hay metáforas, muy corrientes y bien delimitadas en una lengua o en una cultura, cuyo significado sería difícilmente aprehensible por oyentes que no participen del mismo tipo de creencias o saberes que los hablantes. Así, una metáfora del dominio académico aplicada al dominio taurino como

[2] “El Niño de la Dehesa *recibió su doctorado* en la Plaza de Las Ventas”,

difícilmente podría ser bien interpretada por quien desconociese el funcionamiento de la tauromaquia y el mecanismo de acceso a los títulos académicos. Igualmente hay metáforas que tienen un sentido determinado en el ámbito de un grupo

profesional, por ejemplo, pero que cambiarían radicalmente de sentido para un oyente que no perteneciese al grupo en que esas metáforas sean usuales. En este sentido, un médico puede informar a un colega de que está tratando un *precioso* infarto, pero se cuidará mucho de calificar con ese adjetivo a la enfermedad ante el paciente, quien, con toda probabilidad, no interpretaría las palabras del médico en el mismo sentido en que las interpreta su colega. Precisamente por ello, las metáforas propias de un determinado sociolecto científico tienen que ser adaptadas muchas veces para que sean comprendidas por la mayoría de los hablantes (Knudsen, 2003). Toda la serie de casos como éstos es la que da pie a plantear la relación existente entre metáfora e intimidad, tema que propuso T. Cohen (1979: 1-10) y que ha sido tratado posteriormente por D. E. Cooper (1986: 153-178).

La tesis básica, que relaciona metáfora e intimidad, se puede sintetizar en la afirmación de que, mientras que las metáforas ya lexicalizadas o semilexicalizadas se pueden proponer normalmente por los hablantes y, habitualmente, son correctamente entendidas por los oyentes, las metáforas novedosas deben nacer en el ámbito de una comunidad restringida de hablantes en la que se mantenga algún tipo de intimidad. El hecho de que estas metáforas surjan en situaciones de intimidad tiene, además, tres consecuencias importantes que conviene reseñar:

- Sirven para cohesionar al grupo y aumentar o reconocer la intimidad.
- El tipo de metáforas que se usan sirve para definir o identificar al grupo.
- El éxito de una metáfora surgida en situaciones de intimidad y en un grupo restringido radica en que se extienda también el uso de esa metáfora fuera del grupo en que se ha originado.

Si, como hemos visto en el capítulo anterior, una estrategia pragmática para interpretar correctamente el significado de preferencias metafóricas requiere tener en cuenta los saberes y creencias de los hablantes, nada más natural que pensar que las metáforas novedosas surjan allí donde esos saberes y creencias son más íntimamente compartidos. Así, en el ejemplo que propone el mismo Cooper de un hombre que se ha casado con una cantante de ópera e informa a un amigo

[3] "Me he casado con un *abono* para la ópera" (Cooper, 1986: 153),

no sólo se requiere un cierto grado de intimidad entre el hablante y el oyente, según el cual se sepa que el primero es tan aficionado a la ópera como para hacer cualquier cosa –incluso casarse– con tal de poder acceder gratis a las representaciones. Además de esta intimidad previa a la preferencia de la información de [3] hay también, en la misma información, una especie de guiño al oyente, según el cual se pueden estar comunicando cosas como "no me importa que

sea fea y obesa” o “no tiene más valor para mí que el de servirme de entrada gratis a la ópera”, confidencias que quizás no se confesasen nunca a aquellas personas con las que el hablante no quisiera compartir su intimidad ni profundizar en ella.

Ahora bien, que las metáforas nazcan allí donde hay una cierta intimidad entre los hablantes y sirvan también para cohesionar la intimidad en un círculo determinado de hablantes no implica que el uso de las metáforas, que han nacido en esas circunstancias, tenga que quedar reducido al grupo en que se han originado, ni que los hablantes ajenos a ese grupo no puedan tener acceso a ellas. Muy al contrario, salvo que se trate de grupos clandestinos o esotéricos, en los que se prohibiese expresamente el acceso a sus metáforas por parte de los no iniciados y en los que, además, se consiguiese hacer cumplir esa prohibición, el destino de las metáforas originadas en ámbitos reducidos de intimidad es ir conquistando paulatinamente círculos cada vez más amplios de personas que las utilicen. Es más, el éxito social, político, cultural o religioso de un grupo de hablantes se puede medir bastante razonablemente considerando el número de metáforas propias que ha conseguido imponer a la comunidad general de los hablantes. Hasta tal punto es esto así que, incluso aquellas personas que no compartan o nieguen explícitamente las creencias o saberes del grupo en que una metáfora se haya originado, se pueden servir de esa misma metáfora, incluso cuando ignoren sus orígenes y sus implicaciones. Y esto acontece lo mismo en los ámbitos de los saberes más comunes como en los ámbitos de saberes más especializados de la ciencia o de la filosofía. Probablemente, si reflexionamos sobre unidades fraseológicas como “es una obra de *moros*”, “es un trabajo de *negros*”, “se ha despedido a la *francesa*” o “se ha hecho el *sueco*”, diremos que no coinciden con nuestros verdaderos saberes o creencias sobre los moros, los negros, los franceses o los suecos y que esas expresiones son síntoma de un racismo o de una xenofobia detestables. Y, sin embargo, las seguimos utilizando y nos siguen cohesionando como grupo frente a los otros grupos humanos a los que nos referimos con ellas. Del mismo modo, incluso los descreídos más recalcitrantes no tendrán empacho en decir de una situación placentera que es una *gloria*, de una persona agradable y bondadosa que es un *ángel* o de una persona malvada y fea que es un *demonio*. Y ello porque el grupo o los grupos en que estas metáforas, ahora semilexicalizadas, se originaron han conseguido imponerlas incluso a los hablantes que no comparten sus creencias. Igualmente, no creo que exista ningún astrónomo –y con toda probabilidad que existan muy pocos no astrónomos– que crea que el sol gira alrededor de la tierra, y, sin embargo, seguimos diciendo que el sol *nace* o *se levanta* por el este y que *se pone* o *se acuesta* por el oeste.

### 3.2. Los tres estadios en la vida de una metáfora

Acabo de mantener que, para que una metáfora novedosa sea correctamente comprendida, se requiere que sea propuesta entre hablantes que comparten un cierto grado de intimidad y que el éxito de esa metáfora nacida en el ámbito de la intimidad consistirá precisamente en que abandone el ámbito en el que nació y se

generalice entre los hablantes de una lengua, incluso hasta el punto de que los hablantes pierdan conciencia de que alguna vez fue una metáfora. Lo que haré en el resto de este capítulo será analizar los tres estadios en los que puede encontrarse una metáfora desde el momento en que es propuesta por primera vez hasta que se lexicaliza y, en muchos casos, ya no es entendida como tal metáfora. Estos tres estadios en la vida de una metáfora serían los de metáfora novedosa o creativa, metáfora semilexicalizada y metáfora lexicalizada o muerta.

### 3.2.1. Metáfora novedosa

Una metáfora creativa nace normalmente a causa de una necesidad comunicativa del hablante que cree tener algo nuevo que decir, sea porque se trate de una realidad nueva o porque se crea haber entendido una realidad ya conocida de manera distinta a como se venía haciendo habitualmente. Puesto que el hablante no tiene términos usaderos para referirse a esa realidad, tiene que echar mano de términos que ya tienen un significado literal perfectamente delimitado para, cambiando metafóricamente ese significado, poder hablar del objeto nuevo o de la realidad nueva. A partir del cambio metafórico de significado de este término nuclear, los términos que se relacionan con el que ha cambiado de significado, por parecido o por oposición, deberán cambiar también de significado para poder conformar una nueva forma de entender y hablar de la realidad de que se trate, hasta construir una completa red de metáforas novedosas. Por su parte, si hubiese ya algún otro sistema de metáforas semilexicalizadas que no fuese compatible con el nuevo sistema, ese otro sistema antiguo deberá ir desapareciendo para referirse al objeto de que se trate en cuanto que se comenzará a considerar por los hablantes como inadecuado. Esto hace que el proceso de aparición y de aceptación por parte de la comunidad de los hablantes de las metáforas creativas tenga una cierta dosis de paradoja, puesto que las metáforas creativas son incongruentes con las redes de metáforas semilexicalizadas ya existentes y con las creencias y asociaciones que conllevan esas redes vigentes en un momento dado. Y, sin embargo, si tienen éxito –lo que sucede normalmente cuando su creación obedece a razones cognoscitivas– su destino será el de pasar, con el tiempo, a generar otros sistemas metafóricos que rivalizarán y, en su caso, sustituirán a los anteriormente existentes para hablar del objeto de que se trate.

Quizás sea en los ámbitos de la ciencia y de la filosofía en los que resulte más ilustrativo un análisis del proceso de rivalidad y sustitución entre dos redes de metáforas, una red semilexicalizada y aceptada comúnmente por la comunidad de los hablantes y otra que se propone para completar o para refutar a la anterior. En estos ámbitos teóricos la aparición de una nueva teoría científica o filosófica suele tener en su base, o generar como resultado, una nueva metáfora creativa y una red de metáforas subsidiarias de ella con, al menos, tres consecuencias importantes:

- Proponer un nuevo modelo o un nuevo marco de referencia para

conocer la realidad.

- Crear una red de metáforas subsidiarias que permita generar un número indefinido de aseveraciones sobre esa realidad congruentes con la metáfora básica.
- Entrar en colisión y sustituir, si tiene éxito, a las teorías rivales anteriores y/o contemporáneas cuyas redes de metáforas se muestren incompatibles con la nueva.

Veamos cómo ha sucedido esto en el caso concreto en que una metáfora novedosa ha ido a la par que un cambio teórico en la concepción de la propia disciplina en la que ha aparecido. Me refiero a la metáfora relativamente reciente –al menos es lo suficientemente reciente como para que esté poco generalizada fuera del ámbito académico– puesta en circulación por Th. S. Kuhn en su ya clásica obra *The Structure of Scientific Revolutions* y que ha conllevado todo un cambio en la forma de entender la ciencia, su historia y su filosofía. Hasta la aparición de la obra de Kuhn la sustitución de una teoría científica por otra se entendía en términos de un proceso lógico –¿cómo no habrían de ser “lógicos” los científicos?– que se podría sintetizar en la aseveración básica:

[4] “La sustitución de una teoría científica por otra es un *proceso lógico*”.

Y, de acuerdo con [4], los términos habituales para referirse a la actividad del científico eran justamente términos procedentes o emparentados con el vocabulario técnico de la lógica, términos tales como *deducción, inferencia, cálculo, probabilidad, verdad, falsedad, objetividad, refutación, falsación o contrastabilidad*. Pero el uso de estos términos –por muy técnicos que sean– no es un uso semánticamente inocente, pues conlleva asociada toda una imagen no sólo de la actividad científica, sino incluso de los propios científicos que la llevan a cabo, los cuales son vistos y se ven a sí mismos como hombres objetivos, veraces, lógicos y coherentes. Incluso el científico loco, tan al gusto de ciertas novelas y de ciertas películas, goza del privilegio de poseer una lógica y una objetividad intachables en sus investigaciones; y por ello le salen bien sus experimentos. Lo que diferencia al científico loco de las novelas y de las películas de su colega cuerdo no suele ser la metodología o el proceso lógico de sus investigaciones, sino el fin al que destina el resultado de sus investigaciones. El funcionar en todo momento de acuerdo con las prescripciones de la lógica de más estricta observancia aparece tan unido a la imagen del científico como la bata o el cuaderno de laboratorio, sin los que tampoco podríamos imaginarnos a ningún científico que se precie.

Pues bien, esta imagen de la ciencia y de los propios científicos es la que comenzará a cambiar cuando Kuhn proponga sustituir [4] por

[5] “La sustitución de una teoría científica por otra es una *revolución*”.

La propuesta kuhniana de entender en términos de revolución la sustitución de una teoría científica por otra tiene, en mi opinión, varias consecuencias importantes:

- Permite generar una red de metáforas subsidiarias, que expresan verdades u opiniones sobre la ciencia, su historia y su filosofía, que no había sido posible anteriormente.
- Cambia también la imagen que teníamos del científico.
- Nos permite ver las propias revoluciones políticas desde una perspectiva nueva.
- Ha creado un nuevo significado para el significante *revolución*.

Con respecto a la primera consecuencia, una vez aceptada y asumida [5] como verdadera, se puede aplicar un número indefinido de términos, cuyo significado literal pertenece al ámbito de los cambios políticos, al ámbito de la ciencia con un significado metafórico de segundo orden. Y, además, de acuerdo con el nuevo significado metafórico de *revolución*, los oyentes podrán decidir si son verdaderas o falsas las aseveraciones metafóricas en que entren a formar parte esos términos cuyo significado literal pertenece al ámbito político. Ejemplos de una red de metáforas generada por [5] serían aseveraciones como:

[5.1] “Copérnico *derrocó* la *dictadura* astronómica de Ptolomeo”,

[5.2] “El físico X ha dado un *golpe de estado* a la teoría de su colega Z”,

[5.3] “Las *barricadas* de la argumentación de X no fueron suficientes para detener la *carga* de los *antidisturbios* de los argumentos de Z”,

[5.4] “No es verdad que aquel cambio de teoría fuese realmente una *revolución*, fue más bien un *pronunciamiento*”, y,

[5.5] “La física cuántica *ha conquistado el poder*”.

Si, al oír las aseveraciones anteriores, mostramos nuestro acuerdo o desacuerdo con ellas, esto lo haremos en la medida en que previamente hayamos aceptado la metáfora básica de [5] en la medida en que esa aceptación nos permite usar términos del dominio de las revoluciones políticas en el dominio de la ciencia y de su historia. Para una filosofía de la ciencia anterior a la propuesta kuhniana las aseveraciones [5.1]-[5.5] probablemente no serían más que meros sinsentidos. No es fácil imaginar a un neopositivista o a un popperiano de estricta observancia, por ejemplo, haciendo aseveraciones como las anteriores. Y, en caso de que las hiciesen, probablemente no tendrían el mismo significado que pueden tener en boca de alguien que comparta la propuesta kuhniana.

La segunda consecuencia parece bastante obvia en relación con lo dicho hasta ahora. Si cambia nuestra imagen de la ciencia, también deberá cambiar nuestra imagen de los hombres que la hacen. Los científicos ya no aparecerán como hombres que asienten y son convencidos por la evidencia de los argumentos o de los experimentos de sus colegas, sino como hombres que luchan por el poder y que vencen o son derrotados en esa lucha en la que, quizás, el objetivo no sea tanto la verdad como el poder mismo.

La tercera consecuencia lleva a que la aceptación del término *revolución* en el ámbito de la teoría de la ciencia como una metáfora con respecto a *revolución* aplicado al ámbito de la política puede significar también un cambio en la propia forma de entender las revoluciones políticas. A esto es a lo que M. Black (1981: 72-77) hacía referencia cuando insistió en la función interactiva de las metáforas. Efectivamente, antes de que Th. Kuhn popularizase el término *revolución* aplicado metafóricamente al ámbito de la ciencia ese término significaba, según el diccionario de referencia que estoy utilizando, dos cosas en el ámbito de la política: “cambio violento en las instituciones políticas, económicas o sociales de una nación” e inquietud, alboroto, sedición. Ahora bien, parece que no podemos decir razonablemente que un cambio en ciencia signifique literalmente una “sedición” o que deba conllevar aparejado algún tipo de violencia. Esto hace que el nuevo significado de *revolución* no tenga que llevar asociadas las mismas connotaciones violentas y que, a su vez, ya no sea imprescindible definir las revoluciones políticas en términos de violencia, sino que ahora éstas pueden consistir en “cambios de paradigmas” políticos de forma incruenta, como suele pasar en la ciencia.

Finalmente, la cuarta consecuencia está íntimamente unida a las dos anteriores y consiste en que, con la propuesta de Kuhn, se está creando un significado nuevo para el término *revolución*, significado que, con el transcurso del tiempo, pudiera llegar a ser una de las acepciones literales del término. De hecho, el proceso de lexicalización del significado metafórico último de *revolución* está avanzando y popularizándose con la suficiente rapidez como para que, además del ámbito de las ciencias naturales para el que nació, se esté empleando incluso en el ámbito de la teología (Küng, 1979: 161-178). Si la metáfora kuhniana consigue dejar de serlo, al lexicalizarse el nuevo significado, los diccionarios no definirán ya *revolución* sólo como “cambio violento en las instituciones políticas, económicas o sociales de una nación” o como “inquietud, alboroto, sedición” (*DRAE*), sino que deberán incluir entre las acepciones del término algo así como “proceso en el que se sustituye una teoría científica o filosófica por otra”.

En resumen, la segunda función de la metáfora creativa, la función consistente en construir modelos para comprender una realidad y poder hablar de ella, asume y amplía la función anterior de nombrar o denominar. Comoquiera que los términos no suelen cambiar metafóricamente de significado de forma aislada, sino que un cambio metafórico en un término suele llevar aparejados cambios en los

significados de los términos relacionados con el que ha cambiado de significado en primer lugar, se facilita con ello la creación de redes conceptuales, que conforman un modelo o patrón desde el que poder hablar y comprender un objeto o un grupo de ellos. En el marco de estas redes conceptuales es donde un término cualquiera va perfilando y concretando su significado metafórico hasta el momento en que sea entendido como el significado literal o técnico del término en cuestión. La adecuación o inadecuación del uso de ese término será uno de los criterios que permitan adjudicar a las aseveraciones en que entre a formar parte los valores de verdad y también permitirá al oyente inferir si el hablante ha comprendido bien la actividad o ciencia de las que dice estar hablando. Y ello porque las metáforas suelen surgir allí donde una comunidad de hablantes comparte ciertas creencias, que modelan su forma de ver el mundo. Por ello la lexicalización de los significados metafóricos suele ser un buen índice para saber si alguien está bien adiestrado en determinadas creencias, sean éstas generales en la comunidad de los hablantes o particulares de una ciencia o de una escuela o colegio más reducido en alguna actividad.

### 3.2.2. Metáfora semilexicalizada

De más interés y más significativo que el estudio sobre las metáforas lexicalizadas quizás sea, para la reflexión filosófica sobre el lenguaje y para indagar sus implicaciones gnoseológicas, el estudio de las metáforas semilexicalizadas. Y ello es así porque en esta situación de semilexicalización es cuando, partiendo de una metáfora básica, que permite denominar, entender y conceptualizar a un objeto con términos que literalmente se aplican a otro objeto, podemos generar todo un complejo sistema de conexiones conceptuales usando metáforas subsidiarias y congruentes con la metáfora básica central. Y esto no se queda circunscrito meramente a la función de nombrar o denominar, sino que estas conexiones metafóricas, que establecemos al hablar de un objeto con términos que literalmente sirven para hablar de otro distinto, conllevan sistemas diferentes de entender la realidad y conceptualizarla. De este tipo de metáforas es, por decirlo con palabras de G. Lakoff y M. Johnson (1980), “de las que vivimos”, porque conformamos mentalmente los objetos en relación a la metáfora (o metáforas) de este tipo que utilizamos para hablar de ellos. La traducción española del título de esta obra (Lakoff y Johnson, 1986) es *Metáforas de la vida cotidiana*. No obstante creo que hubiera sido más acertado traducir ese título como *Las metáforas de las que vivimos*, lo cual recogería mejor, en mi opinión, lo mismo la literalidad del título que su contenido doctrinal; amén de ser una colocación análoga a las de “vivir del propio trabajo”, “vivir de ilusiones”, “vivir del cuento”, “vivir del aire”, “vivir de quimeras”, etc.

En estas metáforas semilexicalizadas partimos de la aceptación de que un término T, que tiene un significado de primer orden S en un dominio D, puede ser usado para significar metafóricamente S' en un dominio D'. Hecha esta aceptación por



parte del hablante y del oyente, el paso siguiente consistirá en la posibilidad que se abre de utilizar otros muchos términos (T1, T2, T3...) relacionados con S, por parecido o por diferencia, para referirnos a situaciones o entidades que tienen que ver con S'. Esto es, tras el establecimiento, tácito o explícito, de una metáfora básica o nuclear que nos permita, por ejemplo, hablar –como lo estoy haciendo en este capítulo al calificar las metáforas de “vivas” o “muertas”– de la propia metáfora en términos biológicos, podemos decir congruentemente con ello que las metáforas *nacen, crecen, tienen descendencia, mueren*, que unas son más *prolíficas* que otras o que su *vida* es más o menos larga. Es decir, podemos generar un número indefinido de metáforas subsidiarias a partir de la aceptación como verdadera de una metáfora básica o nuclear, y con ellas podemos establecer redes conceptuales para comprender el objeto de que se trate.

Estamos, pues, ante una situación análoga a la que concebía Wittgenstein para los juegos de lenguaje en sus *Investigaciones filosóficas*. Cuando escogemos una metáfora básica para referirnos a un objeto, escogemos un juego de lenguaje que hay que jugar de acuerdo con ciertas reglas. Y quizás la regla principal, una vez escogida la metáfora básica o nuclear, sea la de que, desde ese preciso momento, los términos relacionados semánticamente con el que sirve de foco a la metáfora básica son también pertinentes para hablar del objeto de que se trate, si se aplican a ese objeto como se aplicaban al objeto al que los términos en cuestión se aplicaban literalmente.

Por otra parte, sobre un mismo objeto se pueden establecer muy diversos sistemas metafóricos; esto es, podemos hablar de y conceptualizar a un dominio término no sólo usando términos extraídos de un único dominio origen, sino usando términos procedentes de varios dominios origen, y el resultado de ello será que, según el dominio origen que escojamos, resaltaremos –y a su vez ocultaremos– facetas distintas del objeto, que nos pueden llevar a cambiar radicalmente nuestra conceptualización del objeto y a descubrir cosas nuevas en él. Tomemos, por ejemplo, para su análisis algunas de las formas como podemos y solemos hablar metafóricamente de una discusión académica y veamos cómo, según la metáfora básica que escojamos para hablar de ese objeto, nuestra forma de entender qué sea una discusión académica puede ir variando de manera sustancial. Aunque sería posible multiplicar indefinidamente las metáforas básicas de las que podemos servirnos para referirnos al origen, desarrollo y objeto de una discusión académica, creo que será suficiente para mis propósitos con centrarme en cuatro de ellas, que son muy corrientes, por lo demás, en nuestras expresiones habituales. Éstas pueden ser las siguientes:

[6] “Una discusión académica es una *guerra*”, (Metáfora bélica);

[7] “Una discusión académica es una *corrida*”, (Metáfora taurina);

[8] “Una discusión académica es un *juego*”, (Metáfora lúdica); y,

[9] “Una discusión académica es un *comercio*”, (Metáfora comercial).

La aceptación por parte de los hablantes de la metáfora bélica, que hay en [6] y que se ha convertido en un lugar común entre los estudiosos de la metáfora desde que fue propuesta por Lakoff y Johnson (1980), nos permite conceptualizar el objeto discusión académica de manera tal que hace pertinente aplicarle a ese objeto los términos que literalmente se emplean para hablar de las actividades bélicas. Ello hace que nos podamos referir al desarrollo de una discusión sobre física cuántica o sobre la función del artículo en los poemas homéricos, por ejemplo, utilizando palabras que literalmente sirven para hablar de la guerra. Y todo ello mediante una serie indefinida de aseveraciones metafóricas, subsidiarias y congruentes con [6], de las que podrían ser ejemplos las siguientes:

[6.1] “Las críticas de X *rompieron las hostilidades*”,

[6.2] “X fue atacando uno por uno todos los argumentos de Z hasta que éste *se rindió*”,

[6.3] “X *disparó su artillería pesada* hasta pulverizar las *defensas* de Z”,

[10.4] “No obstante, Z *había minado* antes los argumentos de X”, y,

[6.5] “A pesar de todo, la *victoria* de X fue pírrica, porque su *estrategia* no había sido la adecuada”.

Una descripción del proceso racional de una discusión académica en estos términos no se limita a transmitir al oyente una información verdadera o falsa sobre la discusión académica en cuestión, sino que conlleva asociado todo un complejo sistema conceptual que condiciona la forma de ver el objeto discusión académica, según el cual las teorías, las ideas, los argumentos y los hombres que los mantienen *luchan entre sí, vencen o son derrotados*. Y el oyente, probablemente, no será consciente de que no sólo lo estamos informando sobre el acontecimiento de la discusión académica, sino que, con nuestra información, le estamos formando también un juicio o le estamos proporcionando una conceptualización determinada de qué sea eso que se llama una discusión académica.

De acuerdo con la metáfora básica de [6], que pone en relación discusión académica y guerra, podemos construir un juego de lenguaje autoconsistente en el que sólo nos refiramos al proceso de comunicación racional, que se supone que debe ser una discusión científica, en términos bélicos. Este juego de lenguaje que, por lo demás, no es demasiado rebuscado, pone de relieve determinados aspectos de la discusión y oculta otros de no menor importancia. Precisamente, los aspectos de lucha y hostilidad en una discusión académica, que destaca la metáfora básica de [6], y el hecho de que se oculten con ella otros aspectos no menos significativos y relevantes para hacerse una idea cabal de ese objeto es lo que posibilita, e incluso exige, la

existencia de otras redes metafóricas para referirse a ese mismo objeto. En estas otras se ocultarán sistemáticamente los aspectos destacados en [6] y se destacarán, también sistemáticamente, otros distintos.

Un grado menor de agresividad, aunque aún no se renuncie al “derramamiento de sangre”, puede ser el que se observa si sustituimos el juego de lenguaje en el que nos introduce la metáfora bélica de [6] por el que nos posibilita la metáfora taurina de [7], cuyo uso tampoco resulta chocante en el ámbito cultural del español. En congruencia con la metáfora básica de [7] obtendríamos un juego en el que tendrían sentido y serían susceptibles de ser calificadas como verdaderas o como falsas aseveraciones como:

[7.1] “X *lidió* muy bien los argumentos de Z”,

[7.2] “Lo atrajo con el *engaño* de una falacia”,

[7.3] “Z *embistió* a la falacia de X”,

[7.4] “X *entró a matar* con una *estocada* demoledora para las tesis de Z”, y,

[7.5] “Los asistentes a la *corrida* sacaron a hombros por la puerta grande al *diestro* X”.

Aunque siga siendo una metáfora sangrienta, la propuesta de [7] en lugar de [6] como punto de referencia para hablar del objeto discusión académica, permite también introducir importantes matices que ponen de manifiesto aspectos no asociados a la metáfora bélica. Quizás el matiz más significativo que se introduce en este nuevo juego con respecto al anterior sea el de los aspectos lúdicos y rituales que hay en una corrida y que no hay en una guerra. En la medida en que concebimos la actividad taurina con ciertas connotaciones lúdicas, festivas y rituales, que están ausentes en la actividad bélica, nuestra forma de entender el objeto discusión académica, que hemos intentado describir con la metáfora taurina, variará con respecto a como entendíamos y conceptualizábamos esa misma discusión académica de acuerdo con la metáfora bélica. Por el contrario, otras connotaciones, como la de ser una actividad sangrienta o la de consistir en una rivalidad, se mantienen y sirven de punto de contacto entre ambos sistemas de metáforas. Esto es lo que haría que términos como *matar* o *vencer* perteneciesen a ambos sistemas.

Si, por el contrario, lo que queremos resaltar son los aspectos de rivalidad no sangrienta o de entretenimiento en una discusión académica, entonces no serán los más adecuados los juegos de lenguaje a que nos llevan la metáfora bélica de [6] y la metáfora taurina de [7], sino que veríamos como más adecuada la metáfora lúdica de [8]. En congruencia con ella, las informaciones que daríamos a nuestro oyente sobre el acto académico podrían ser del siguiente tipo:

[8.1] “X tenía *guardada en la manga la carta* de la falacia naturalista”,

[8.2] “Con ella *se marcó un buen tanto*”,

[8.3] “Después *se marcó el farol* de un argumento de autoridad”,

[8.4] “Tras eso, *arrastró con otra falacia*”, y,

[8.5] “Finalmente, X *ganó la partida* con una demostración lógicamente impecable”.

Como se ve, todos los términos metafóricos, que he utilizado en mis últimas aseveraciones sobre la discusión académica, son los que literalmente se utilizan para describir un juego de cartas, y con ellos he conseguido que desaparezcan de mi descripción del desarrollo de la discusión académica las connotaciones de hostilidad que había en [6] y en [7], para resaltar ahora únicamente las connotaciones de entretenimiento y rivalidad lúdica. Justamente ideas como la de rivalidad, lucha, triunfo o derrota son las que van asociadas a las tres redes metafóricas descritas hasta ahora, pero en cada una de ellas se entienden estas ideas de modo diferente. El hecho de que las ideas reseñadas sean comunes a las tres redes hace que la conceptualización del objeto discusión racional, que podemos hacer con ellas, siga estando escorada hacia un cierto lado en la medida en que continuamos ocultando aspectos importantes de una discusión académica como pueden ser los aspectos de cooperación o de intercambio de ideas. Pero si, por ejemplo, nuestro informe sobre la discusión académica lo hacemos tomando como modelo la metáfora básica de [8], entonces nuestro interlocutor no conceptualizará la discusión académica como un proceso de lucha entre los participantes, sino como un proceso de cooperación en el que las ideas son compartidas y comunicadas. Por ello, de acuerdo con la metáfora básica de [9], nuestro informe sobre aquella memorable discusión académica puede discurrir por los siguientes derroteros:

[9.1] “X confesó que sus ideas estaban *almacenadas* en sus publicaciones”,

[9.2] “X y Z *intercambiaron* sus argumentos”,

[9.3] “X supo *vender* muy bien su teoría a Z”,

[9.4] “X confesó que le *había costado muy caro adquirir* su teoría”,

[9.5] “También afirmó que *había tomado prestadas* algunas de las ideas de Y”,

[9.6] “Pero por ellas había tenido que *pagar un alto precio*”,

[9.7] “Por su parte, Z confesó que la teoría de X no tenía *precio* y que en la discusión *había adquirido* muchas ideas nuevas”, y,

[9.8] “Finalmente, todos salimos convencidos de haber hecho una buena *compra* asistiendo a aquella sesión del Congreso”.

De acuerdo con el juego de lenguaje en el que nos introduce esta metáfora comercial, las ideas, las teorías o los argumentos ya no son entendidos como objetos por los que se lucha o se rivaliza. Por el contrario, son objetos susceptibles de *trueque, donación, alquiler, préstamo o compraventa*. Desde el punto de vista que genera la metáfora comercial ya no es necesario que una discusión quede *en tablas* o que haya en ella un *vencedor* y un *vencido*, sino que en toda discusión todos podemos salir *enriquecidos*, lo mismo los participantes activos en ella que los oyentes, esto es, todos podemos salir *ganando* con ella.

Las metáforas analizadas hasta aquí en esta sección participan de la característica común de ser metáforas habituales en nuestro ámbito cultural, con un uso bastante frecuente, bien delimitado y suficientemente tipificado. Por tratarse de unas metáforas semilexicalizadas y ser de uso habitual por parte de los hablantes es por lo que se ha dicho que vivimos de ellas y que conformamos los objetos de acuerdo con ellas, pero su función cognoscitiva parece que queda reducida a señalar relaciones o características de los objetos ya conocidas y comúnmente aceptadas por la comunidad de los hablantes. En este sentido es en el que se puede decir que su función cognoscitiva queda reducida a la de transmitir conocimientos que ya poseemos. Por el contrario, parece que su utilidad es menor si de lo que se trata es de entender las mismas realidades con nuevas formas. Esto es, no ayudan a cambiar de forma novedosa nuestra conceptualización de los objetos a los que hacen referencia. Esta última función es la que llevan a cabo las metáforas creativas o novedosas que hemos visto y analizado en la sección anterior.

### 3.2.3. Metáfora muerta

Finalmente, y aunque parezca una obviedad de la que se podría prescindir, conviene terminar este capítulo con la consideración de que una metáfora lexicalizada o muerta es una metáfora que, en su día, estuvo viva y fue creativa. Es más, fue lo suficientemente creativa como para que el significado originalmente literal de la palabra en cuestión fuese sustituido por el nuevo significado metafórico, llegándose a olvidar en la conciencia lingüística de los hablantes el significado original de primer orden o, en su caso, permaneciendo operativos los dos significados, entendiéndose ahora los dos significados como un caso de polisemia.

Justamente esta condición de lexicalizada de una metáfora muerta es la que ha llevado a algunos estudiosos del tema a mantener que su consideración carece de relevancia para una teoría de la metáfora. Incluso un estudioso del tema tan autorizado como M. Black ha llegado a mantener que la distinción entre metáfora viva y metáfora muerta no es nada útil, porque llamar *metáfora* a la metáfora muerta sería como “treating a corpse as a special case of a person” y ello porque “a so-called dead metaphor is not a metaphor at all, but merely an expression that no

longer has a pregnant metaphorical use" (Black, 1979: 26). Ahora bien, sacando todo su jugo al propio ejemplo del cadáver que ha utilizado M. Black, e incluso concediendo la concepción dualista y cartesiana que parece subyacer a la idea de hombre sugerida por Black, no porque un cadáver haya dejado de ser una persona su estudio carece de utilidad. El estudio de cadáveres es imprescindible para la formación de los médicos, para sus prácticas de anatomía, para conocer y evitar en lo posible y en el futuro, en otros sujetos, las causas por las que ese cadáver alcanzó la condición de tal y para otros muchos fines. Es más, incluso el estudio de un fósil, que sería un caso equiparable al del estudio de una metáfora lo suficientemente lexicalizada como para que los hablantes hubiesen olvidado completamente el significado literal original de la palabra en cuestión, puede proporcionar informaciones valiosísimas sobre sus condiciones de vida y sobre las causas de su muerte, informaciones que pueden servir para iluminar el estudio de los seres aún vivos.

Analicemos, por medio de un ejemplo clásico, cómo ha podido llegar una metáfora a su último grado de lexicalización o fosilización. Se trata de la palabra *testa*, que en español actual, aunque con un cierto matiz peyorativo en algunos casos, significa literalmente *cabeza*. Sabido es que, en latín clásico, el término que literalmente significaba lo que significa el español *cabeza* era *caput*, de donde procede la palabra española. Por su parte *testa* significaba literalmente *puchero* o *vasija de barro*, de donde procede la palabra española *tiesto*. Pues bien, mediante una metáfora del latín vulgar, que tenía bastante de humorística, se comenzó a llamar *testa* a lo que en latín clásico se denominaba con la palabra *caput*. Esta metáfora jocosa llegó a lexicalizarse hasta tal punto que *testa* ha pasado al italiano, al español, al portugués y al catalán con la misma grafía, y, como *tête*, al francés. Por su parte, *caput* pasó al español con su significado literal clásico de *cabeza*, al catalán (*cap*) y al portugués (*cabeça*). Sin embargo, *caput* pasó al francés (*chef*) con un nuevo significado metafórico como sinónimo de *gobernante*, *director* o *superior*; y con ese significado, ahora ya como significado literal, ha pasado del francés al español (*jefe*), al inglés (*chief*), al alemán (*Chef*), al portugués (*chefe*) y a otras lenguas. Con ello estamos ante casos de metáforas que, por haber cumplido perfectamente su proceso de lexicalización, los hablantes toman ya sus significados como literales y, a partir de ellos, pueden recomenzar el proceso y reconstruir nuevas metáforas con significantes cuyos significados actuales, aunque metafóricos en su origen, ya no se entienden como tales.

Quizás el mejor modo de reconocer una metáfora completamente lexicalizada sea el hecho de que la lengua ha debido recurrir a una nueva palabra para designar al objeto que se significaba anteriormente con el término metafórico ahora lexicalizado. Y ello es lo que hace que nos encontremos ante sinónimos, que permiten explicar el significado de un término utilizando únicamente otro término, sin necesidad de recurrir a una paráfrasis.

Con *testa* estamos, pues, ante el caso de una metáfora perfectamente fosilizada cuya génesis y evolución sólo pueden ser rastreadas con un pertinente saber filológico. Por otra parte, este caso extremo, que hace adecuado el adjetivo calificativo “fosilizada” aplicado a esta metáfora, se ha dado en el tránsito de una lengua –el latín vulgar– a otras lenguas distintas como son el italiano, el español, el catalán o el portugués. Pero este último fenómeno se da también en el seno de una misma lengua, llegándose también a sustituir el significado literal de una palabra por su nuevo significado metafórico; proceso que se cumple tan completamente como para que se olvide el antiguo significado literal o sigan conviviendo pacíficamente los dos significados en el mismo significante, ahora como ejemplos de homonimia. Veamos dos casos de esto.

Consideremos cómo la palabra francesa *grève* ha llegado a significar *huelga* en la actualidad. *Grève* significaba originalmente lo mismo que la palabra española *grava* y, en la Edad Media, pasó a significar *orilla* (*rive*, en la actualidad) mediante una metonimia originada en el hecho de la existencia de grava en las orillas de los ríos y del mar. Hora bien, dado que los obreros parisinos, que buscaban trabajo, se situaban en las orillas del Sena para ser contratados, la colocación *être en grève* pasó a significar metafóricamente en un primer momento estar *buscando trabajo* o *estar parado* y, en un segundo momento, *cesar de trabajar* como protesta por las condiciones laborales o como reivindicación de mejores condiciones laborales y/o salariales. Y este último significado es el que se ha lexicalizado hasta tal punto que en la actualidad el significado de primer orden de *grève* no es otro que el de *huelga*, mientras que los significados de *grava* u *orilla* suenan ya en francés actual como arcaizantes o están reducidos al ámbito de dialectos muy concretos. Con ello estamos ante un caso que añade al de *testa* el matiz de que se conservan los dos significados alternativos para el mismo significante, aunque ahora la primacía pertenezca al que, en su momento, fue un significado metafórico de segundo orden.

Un caso análogo al de *grève* es el del término español *policía*. El término *policía* –y sus cognados en las lenguas modernas– deriva de la palabra griega *pólis*, que significa *ciudad*. Y el primer significado que tuvo *policía* y sus cognados estaba relacionado con la cortesía, la urbanidad, la buena crianza y la limpieza, que se creían más propias de los habitantes de la ciudad que de los habitantes del campo. Una vez lexicalizado el significado de *limpieza* para el significante *policía* es cuando este significante se pudo usar metafóricamente para designar a los agentes de la autoridad, en la medida en que se entendió su función represiva como una especie de limpieza moral de la vida pública. Y este significado metafórico de tercer orden es justamente el que se ha hecho el más habitual en la actualidad para el significante *policía*, hasta el punto de que muchos hablantes han olvidado los otros significados cronológicamente anteriores o, todo lo más, los consideran como arcaicos y obsoletos.

Y lo relevante de esto es que, una vez completado este proceso, ahora podemos

añadirle nuevos significados metafóricos al significante *policía*, significados que ya no estarían relacionados ni con el dominio de la ciudad ni con el dominio de la limpieza, sino con el dominio de los cuerpos represivos. Así si afirmamos

[10] “Los glóbulos blancos son *la policía* del cuerpo”,

para un hablante español medio en la actualidad, el significado de *policía* es algo que tiene que ver primeramente con los agentes de la autoridad, y no con el “buen orden que se observa y guarda en las ciudades y repúblicas, cumpliéndose las leyes u ordenanzas establecidas para su mejor gobierno”, ni con la “limpieza, aseo”, ni con la “cortesía, buena crianza y urbanidad en el trato y costumbres”, sino con “cuerpo encargado de velar por el mantenimiento del orden público y la seguridad de los ciudadanos, a las órdenes de las autoridades políticas” (*DRAE*).

Precisamente porque para el hablante común *policía* significa ya casi exclusivamente *agente de la autoridad*, las metáforas que podemos construir ahora con ese término tienen que ver más con los aspectos represivos de la policía que con los aspectos relacionados con la limpieza. Por ello es por lo que un caso como [10] nos llevará normalmente a conceptualizar los glóbulos blancos como ejerciendo una cierta actividad represora de los microorganismos hostiles al cuerpo. Por su parte, si quisiéramos conceptualizar la actividad de los leucocitos como una actividad de limpieza, quizás consideraríamos más apropiada una aseveración metafórica del tipo de

[11] “Los glóbulos blancos son *el servicio municipal de limpieza* de la sangre”.

Estos ejemplos creo que muestran suficientemente que, aunque un significado metafórico lexicalizado haya dejado de ser una metáfora en sentido estricto, no obstante su análisis no es un mero pasatiempo erudito. Y no es un mero pasatiempo erudito porque este análisis nos descubre cuál es la función y el destino de las metáforas. La función de la metáfora –y por ello su estudio es imprescindible para cualquier reflexión sobre el lenguaje– no es otra que la de crear nuevos significados sin multiplicar los significantes. Y el destino de una metáfora se cumple cuando estos significados nuevos dejan de ser entendidos por los hablantes como metafóricos para pasar a ser entendidos como literales y, en el caso de las actividades intelectuales, incluso como “significados técnicos”. Que sea mayor o menor el número de metáforas que consigan alcanzar su objetivo y lexicalizarse es una cuestión meramente cuantitativa que en nada afecta a la función cualitativa de la metáfora. Y, finalmente, conviene insistir en que el proceso de lexicalización de las metáforas es normalmente muy lento en la historia de una lengua y que no todas las metáforas se lexicalizan al mismo ritmo, ni de forma uniforme en todos los dialectos y sociolectos de una lengua. Durante mucho tiempo las metáforas permanecen en un estado de semilexicalización en el que tienen otras características además de la característica de denominar o nombrar los objetos, que parece básica en las metáforas lexicalizadas o muertas.





© Pedro J. Chamizo Domínguez. *La metáfora (semántica y pragmática)*.  
Primera edición en español, 2005. Versión autorizada por el autor para  
Proyecto Ensayo Hispánico y preparada por José Luis Gómez-Martínez. Se  
publica únicamente con fines educativos. Cualquier reproducción destinada a  
otros fines deberá obtener los permisos correspondientes. Enero de 2005.

## PROYECTO ENSAYO HISPÁNICO

[Home / Inicio](#) | [Repertorio](#) | [Antología](#) | [Crítica](#) | [Cursos](#)



# Teoría, Crítica e Historia

**Pedro J. Chamizo Domínguez**

## La metáfora (semántica y pragmática)

### CAPÍTULO IV METÁFORA Y VERDAD

#### 4.1. Verdad literal y verdad metafórica

Si este trabajo tuviese la pretensión de ser meramente un estudio lingüístico o filológico de la metáfora podría terminarse con el análisis de los tres estadios en los que puede encontrarse una metáfora. Pero, en un trabajo de corte filosófico, parece inexcusable no indagar si a las aseveraciones metafóricas podemos aplicarles los valores de verdad y en qué sentido podemos hacerlo. Máxime cuando una voz tan autorizada como la de D. Davidson ha mantenido que la mayoría de las metáforas son falsas, donde la restricción, que hay en la cláusula “la mayoría”, parece obedecer más a una estrategia de prudencia que a la convicción de Davidson de que pudiese haber alguna metáfora verdadera. Y ello porque

Literal meaning and literal truth conditions can be assigned to words and sentences apart from particular contexts of use (Davidson, 1984: 247),

de modo que

the sentences in which metaphors occur are true or false in a normal, literal way, for if the words in them don't have special meanings, sentences don't have special truth (Davidson, 1984: 257).

Estas palabras de Davidson parecen implicar varias cuestiones que conviene explicitar antes de seguir adelante:

- Que hay algo así como entidades a las que convienen ciertas palabras con independencia del proceso de aprendizaje que ha llevado a designar una determinada entidad con una palabra determinada.
- Que esta relación entre una entidad y una palabra es intemporal.
- Que el significado literal de las palabras y la verdad o falsedad de las oraciones los adjudicamos con independencia del contexto de uso.

Con respecto al primer punto, lo que llamamos “significado literal” de una palabra es una relación que establecemos entre una palabra y un objeto o, si se quiere en terminología saussuriana, entre un significante y un significado; relación a la que hemos llegado mediante un proceso de aprendizaje. Justamente, como hemos visto antes, una de las funciones de la metáfora radica en cambiar esta relación significativa entre la palabra y el objeto, de modo que, en un momento determinado, un significante puede tener un significado de primer orden (literal) y un significado de segundo orden (metafórico). El aprendizaje de ese significado de segundo orden, y su uso por parte de los hablantes, hará que la palabra en cuestión pueda tener más de un significado y convertirse en polisémica. El aprendizaje que hemos hecho en español de la palabra *virtud* y sus derivados en aseveraciones como

[1] “Juan tiene muchas virtudes”,

hace que digamos que [1] es verdadera si, y sólo si, Juan tiene reconocidas habilidades manuales y/o intelectuales (toca bien el piano, por ejemplo) y/o morales (es una persona honrada). Por decirlo con la añeja terminología escolástica, [1] es verdadera si, y sólo si, Juan tiene “hábitos operativos buenos”. Por el contrario, diremos que [1] es falsa si creemos que no se dan esas cualidades en Juan o si realmente no se dan.

Ahora bien, y con ello entro en el segundo punto, esta relación entre la palabra *virtud* y ciertos hábitos intelectuales, manuales o morales de Juan, que nosotros entendemos como una relación literal, es fruto del adiestramiento a que hemos sido sometidos en el aprendizaje del español y de la cultura occidental. Sin embargo, para un latino clásico, [1] sería falsa si entre las virtudes de Juan no figurara, primera y principalmente, la virilidad y aquellas características que el hablante latino cree propias de los varones, como el valor (Chamizo Domínguez, 1999).

Por su parte, en latín postclásico y en latín eclesiástico los valores de verdad de [1] serían justamente los inversos. Y, si estos valores de verdad han cambiado de signo,

es porque ha cambiado, mediante una serie de transferencias metafóricas, el significado de *virtus*, de modo que, según el contexto histórico en que nos situemos, los valores de verdad de las aseveraciones cambiarán en sintonía con el cambio de significado de los términos que las componen.

En tercer lugar, este cambio en los valores de verdad no se da sólo en el eje diacrónico, sino que también se da en el eje sincrónico y no sólo con respecto a las palabras usadas metafóricamente, sino también con respecto a las palabras usadas en su sentido más literal. Esto hace que el significado de las palabras y el valor de verdad de las oraciones no sea posible establecerlo, en muchos casos, más que con el recurso al contexto en que esas oraciones hayan sido proferidas.

Consideremos esto recurriendo al famoso ejemplo del pollo comedor/comestible que Chomsky propuso para ilustrar la cuestión de la ambigüedad sintáctica:

[2] “El pollo está listo para comer”.

Este conocido ejemplo chomskiano puede ser entendido lo mismo

[2.1] “El pollo está listo para ingerir alimento”,

que como

[2.2] “El pollo está listo para ser ingerido como alimento”.

Ahora bien, en español *pollo* tiene, además de su significado literal de “cría que nace de cada huevo de ave y en especial la de la gallina”, los significados translaticios en el dominio humano de “hombre astuto y sagaz” y de “hombre joven, aludido o invocado por persona de mayor edad” (*DRAE*). Con lo cual [2], además de las paráfrasis literales de [2.1] y [2.2], puede tener las paráfrasis metafóricas de

[2.3] “El hombre astuto y sagaz está listo para ingerir alimento”,

[2.4] “El hombre astuto y sagaz está listo para ser ingerido como alimento”,

[2.5] “El jovenzuelo está listo para ingerir alimento”, y,

[2.6] “El jovenzuelo está listo para ser ingerido como alimento”.

Y en cada caso las diferentes paráfrasis de [2] recibirían sus valores de verdad en función del contexto en que fuesen proferidas. Así, [2.4] y [2.6] podrían recibir el valor de verdad V en el contexto de una comida entre antropófagos en la que el plato del día fuese precisamente un “hombre astuto y sagaz” o un “hombre joven, aludido o invocado por persona de mayor edad” (*DRAE*), mientras que recibirían el valor de verdad F si ése no fuese el caso.

Establecido que a una aseveración metafórica, como a una aseveración literal, podemos adjudicarle los valores de verdad, el paso siguiente que quiero dar consiste en intentar hacer ver en qué sentido son aplicables las teorías filosóficas más habituales sobre la verdad a las preferencias metafóricas. Hasta ahora, aunque no lo haya dicho expresamente, he venido manejando la noción de verdad como adecuación o correspondencia de una preferencia con nuestros saberes o creencias sobre el objeto del que hablamos en ella. Así, si decimos que la proposición

[3] “El sol es un astro que gira alrededor de la tierra”,

es falsa, lo hacemos porque lo significado en ella no se adecua o no se corresponde con nuestros actuales saberes o creencias sobre el sistema solar y su funcionamiento. Pero en filosofía se han manejado tradicionalmente, al menos, otras dos importantes teorías de la verdad: la teoría de la verdad como coherencia y la teoría de la verdad como descubrimiento/desvelamiento. De acuerdo con la teoría de la verdad como coherencia [3] sería verdadera para el sistema astronómico de Ptolomeo y falsa para el de Copérnico. Y, además, [3] puede significar una noticia novedosa o un descubrimiento para alguien; esto es, [3] puede encerrar el descubrimiento/desvelamiento de una verdad. Aunque nosotros consideremos a [3] falsa, por inadecuada o incoherente con nuestro estado actual de conocimientos sobre el sistema solar, [3] puede significar una información muy valiosa en el ámbito cognoscitivo para un niño que pregunte por primera vez por qué pueda ser el sol y, desde luego, debió significar un descubrimiento científico de primera magnitud cuando se propuso por primera vez a los que creían que el sol era un dios. Analicemos a continuación cómo casan las tres teorías clásicas de la verdad con los tres estadios en que puede encontrarse una metáfora.

#### 4.2. Metáfora y verdad adecuación/correspondencia

La concepción de la verdad de acuerdo con la vieja y venerable fórmula de la “adecuación entre el entendimiento y la cosa” es un punto de partida idóneo para el análisis de la relación entre el significante y el significado en un término o en una oración. Cuando queremos nombrar o referirnos a un objeto cualquiera somos conscientes de que hay palabras adecuadas y palabras inadecuadas para conseguir nuestro objetivo. Incluso tenemos conciencia de que hay palabras que son sólo relativamente adecuadas o aproximadas para referirnos al objeto de que se trate. Decimos que sabemos el significado adecuado de una palabra, o su uso adecuado, cuando la utilizamos para nombrar o referirnos a un objeto de acuerdo con el uso estándar que hacen los hablantes de una lengua de esa palabra. Así, en la oración metafórica

[4] “La universidad es la *almáciga* de la ciencia”,

la palabra *almáciga* estará adecuadamente usada de acuerdo con su significado estándar en español si con ella queremos significar “lugar en donde se siembran las

semillas de las plantas que se han de transplantar después”. Esto es, [4] será verdadera si *almáciga* significa *seminario*, *vivero* o *semillero*. Por el contrario, [4] será falsa o errónea –no será adecuada– si creemos que *almáciga* significa *acémila* por la similitud fonética entre ambos términos. He dicho que *almáciga* significa o es sinónimo de *seminario* o *semillero*, y ello implica semánticamente que en todos los contextos de uso se puede sustituir *almáciga* por *seminario*, *semillero* o *vivero* sin que sean afectados en absoluto los valores de verdad de la aseveración en que aparezcan. Y esto es completamente correcto para *semillero* y *vivero*, pero no lo es tanto para *seminario*. Efectivamente, el significado adecuado de *semillero* es exactamente el mismo que el de *almáciga*, pues *semillero* también significa “sitio donde se siembran y crían los vegetales que después han de trasplantarse” (*DRAE*). Por ello estas dos palabras son susceptibles de ser sustituidas la una por la otra para referirse adecuadamente al mismo objeto sin que varíen los valores de verdad de la oración en que se realiza la sustitución aunque puedan variar sus registros. Pero, por el contrario, aunque *seminario* etimológicamente es sinónimo de *semillero* y las diferencias fonéticas entre esas dos palabras son sólo fruto de las formas distintas como fueron incorporadas al español, en la actualidad los significados adecuados para *seminario* son habitualmente distintos de los significados adecuados para *semillero*, lo que hace que sólo se pueda hablar, si se puede, de una sinonimia muy débil entre ambas palabras. Y ello porque los significados adecuados actuales de *seminario* serían, entre otras, algunas de estas tres acepciones: 1, “clase en que se reúne el profesor con los discípulos para realizar trabajos de investigación”; 2, “organismo docente en que, mediante el trabajo en común de maestros y discípulos, se adiestran estos en la investigación o en la práctica de alguna disciplina”; y 3, “casa destinada para la educación de los jóvenes que se dedican al estado eclesiástico” (*DRAE*).

Por otra parte, es muy probable que alguno de los lectores de este trabajo sea justamente aquí donde se haya tropezado por primera vez en su vida con la palabra *almáciga*. En este supuesto, lo que he hecho indirectamente, al pretender ilustrar un caso de correcta adecuación entre el significado de *almáciga* y el de *semillero*, ha sido someter al lector a un proceso de adiestramiento o de enseñanza en el significado correcto y en el uso adecuado de *almáciga*. Con ello el lector ha aprendido la correspondencia del término *almáciga* con un determinado objeto. Esto es, la correspondencia o adecuación entre un objeto y la palabra que literalmente lo designa es fruto de un proceso de adiestramiento o aprendizaje, y el uso inadecuado, erróneo o falso de un término aparece como un defecto o carencia en el aprendizaje o adiestramiento en una lengua dada.

Por su parte, los tres significados adecuados de *seminario* los hemos adquirido los hablantes españoles actuales en nuestro proceso de aprendizaje como significados literales adecuados de ese término. Y, sin embargo, *seminario* ha llegado a significar *colegio*, *lugar de enseñanza*, *organismo de enseñanza* o, metafóricamente, *fábrica de curas* como fruto de un proceso de transferencias

metafóricas desde su significado literal de primer orden, como sinónimo de *semillero*, a sus significados actuales. Dicho de otro modo, los significados de segundo orden de *seminario* se han lexicalizado lo suficiente como para que ya puedan ser entendidos como significados literalmente adecuados para referirse a los objetos colegio, lugar de enseñanza, organismo de enseñanza o fábrica de curas; de modo que es muy probable que un buen número de hablantes españoles actuales ya no relacionen el significado de *seminario* con el significado de *semillero* o *almáciga* en su parentesco etimológico. Y, por su parte, cuando alguien propuso por primera vez que la palabra *seminario* significase *colegio* debió de verse obligado a someter a sus oyentes a un proceso de aprendizaje o adiestramiento para que éstos aceptasen paulatinamente que esa palabra era adecuada para referirse al objeto en cuestión. En otras lenguas las transferencias metafóricas de *seminario* han podido ser muy distintas. Así, en inglés, *seminary* ha adquirido el significado de segundo orden de *colegio de señoritas* y, ha adquirido el significado eufemístico de burdel (como atestigua este fragmento de un *rugby song*: “My aunt keeps a girls’ seminary,/Teaching young girls to begin,/She doesn’t say where they finish...”), a la vez que no tiene el significado de “clase en que se reúne el profesor con los discípulos para realizar trabajos de investigación”, para el que se usa el término *seminar*. Como resultado de esto, el aprendizaje del significado del término *seminario* y sus cognados ingleses variará de una lengua a otra, a la vez que nos encontramos con un caso muy patente de falsos amigos semánticos parciales.

Si extrapolamos estos ejemplos, estamos en condiciones de conseguir una primera aproximación para entender cómo se puede aplicar la noción de verdad como adecuación/correspondencia a la metáfora en el sentido en que la he contextualizado aquí, como la relación entre una palabra y un objeto para el que anteriormente esa palabra se consideraba inadecuada y no como una relación entre una mente abstracta y difícilmente accesible y una realidad difícilmente definible. La noción de verdad como adecuación es especialmente idónea para analizar las metáforas lexicalizadas por cuanto que, al entender los hablantes el significado de segundo orden de los términos metafóricos como su significado literal o de primer orden, podemos emplear con ellas la misma estrategia que hemos empleado con los términos usados de acuerdo con su significado literal. Aunque ya no se trate de una adecuación entre el entendimiento y la cosa, sino entre una palabra y un objeto (o entre un significado y un significante, si se quiere), decimos que una preferencia en que aparece la palabra *almáciga* está correctamente usada, es adecuada o no es errónea, si en ella podemos sustituir *almáciga* por *semillero* sin que se produzca ninguna mutación en su significado, ni en sus valores de verdad. Y ello aunque, como en [4], la palabra *almáciga* esté usada metafóricamente; pues literalmente, ni la universidad es un *vivero*, ni los estudiantes son *plantas*, ni los profesores son *hortelanos*.

Pero la noción de verdad como adecuación no sólo es válida para las metáforas tan perfectamente lexicalizadas como para que los hablantes hayan perdido conciencia

de su significado literal original, como es el caso anterior, sino que –y ello le confiere un valor añadido– es la noción que funciona también en el caso de los usos metafóricos de ciertos términos que, sin estar perfectamente lexicalizados, son habituales entre los hablantes de una lengua, de un determinado dialecto, de un determinado sociolecto o una determinada comunidad. Veamos cómo funciona la noción de verdad como adecuación en estos casos recurriendo a otro ejemplo. Una de las palabras con las que solemos referirnos a una persona cuya bondad o belleza son públicamente reconocidas es *ángel*. Por el contrario, a una persona cuya maldad o fealdad son también reconocidas la llamamos *demonio*. Ello hace que, si aceptamos como verdadera la adecuación

[5] “Melibea es un *ángel*”,

tengamos que considerar necesariamente falsa a

[6] “Melibea es un *demonio*”,

si con *Melibea* nos referimos en ambos casos a la misma persona y la consideramos bajo el mismo aspecto; y ello porque *ángel* y *demonio* son antónimos lo mismo cuando se usan literalmente que cuando se usan translaticiamente. Los valores de verdad de [5] y [6] son incompatibles entre sí y se excluyen mutuamente porque, si consideramos adecuada o correspondiente a la realidad a una de esas aseveraciones, la otra tendrá que ser reputada necesariamente inadecuada o falsa.

Incluso cuando se propone por alguien una adecuación que no es corriente o usadera en un ámbito lingüístico o cultural, si esa adecuación se acepta aunque sólo sea hipotéticamente, es susceptible de recibir los valores de verdad y los hablantes están autorizados a inferir de ella toda una larga serie de implicaciones verdaderas o falsas sobre el objeto de la adecuación. Analicemos, para hacer ver esto, un texto de *La Celestina* en el que Calisto, cayendo en una clara heterodoxia, llama *dios* a Melibea:

Sempronio.- ¿Tú no eres cristiano?

Calisto.- ¿Yo? Melibeo soy y a Melibea adoro y en Melibea creo y a Melibea amo (...).

Semp.- Que sometes la dignidad del hombre a la imperfección de la flaca mujer.

Cal.- ¿Mujer? ¡Oh grosero! ¡Dios, dios!

Semp.- ¿Y así lo crees? ¡O burlas?

Cal.- ¿Que burlo? *Por dios la creo, por dios la confieso y no creo que hay otro soberano en el cielo; aunque entre nosotros mora.*

Semp.- (¡Ha, ha, ha! ¿Oísteis qué blasfemia? ¿Vistes qué ceguedad?).

Cal.- ¿De qué te ríes?



Semp.- Ríome, que no pensaba que había peor invención de pecado que en Sodoma.

Cal.- ¿Cómo?

Semp.- Porque aquéllos procuraron abominable uso con los ángeles no conocidos y tú con el que confiesas ser dios” (Rojas, 1969: 49-51. Los subrayados con míos).

Aunque lo más probable es que la palabra *dios*, en boca de Calisto, deba ser interpretada literalmente dado lo explícito de su profesión de fe en Melibea, su criado la sigue entendiendo (una vez rechazada la posibilidad de una interpretación irónica) como una metáfora y por ello insiste en que literalmente Melibea no es más que una “flaca mujer” (*flaca*, referido al ámbito moral, como parece ser aquí, sería ya una metáfora semilexicalizada con respecto al significado literal de *delgada*, pues parece menos razonable la hipótesis de que Melibea fuese también literalmente flaca) a la que sólo estaría permitido llamar *dios* de forma translaticia, sea metafórica o irónicamente. Pero, sea que Calisto califique a Melibea de *dios* translaticia o literalmente, la creencia de Calisto, que podemos sintetizar en la aseveración

[7] ”Melibea es *dios*”,

hace que, una vez propuesta la adecuación de esta creencia y aceptada como verdadera, su negación deba ser considerada falsa. Por ello Calisto deberá negar la sugerencia de Sempronio de que Melibea no sea más que una “flaca mujer”, por inadecuada con la realidad tal como la entiende Calisto. Y aceptar como verdadera la adecuación propuesta por Calisto entre Melibea y la divinidad implica que lo creído, debido o indebido para con la divinidad deba ser también creído, debido o indebido para con Melibea. Por ello la profesión de fe de Calisto en Melibea debe ser un calco fiel de la profesión de fe de un creyente monoteísta para que la adecuación se siga manteniendo en sus implicaciones. Una vez aceptada la verdad de [7], la adecuación debe seguir manteniéndose y debe ser lícito aplicar a Melibea todos los términos que el creyente suele utilizar para referirse a la divinidad. Y ello para poder mantener la coherencia del discurso. Es más, no se trata solamente de una cuestión terminológica, sino que, con la aplicación a Melibea de palabras que ortodoxamente sólo son válidas para hablar (¿literalmente?) de la divinidad –*adorar*: “reverenciar con sumo honor o respeto a un ser, considerándolo como cosa divina” y “reverenciar y honrar a Dios con el culto religioso que le es debido” (*DRAE*); *creer*: “dar firme asenso a las verdades reveladas por Dios” (*DRAE*); y, aunque esta acepción no aparece en el *DRAE*, *confesar*: “reconocer a Dios y admitir las verdades por Él reveladas” (Casares, 1979)–, el objeto Melibea adquiere una entidad nueva y debe ser entendido de un modo nuevo. Por ello, la pretensión de Calisto consistente en querer mantener relaciones sexuales con Melibea –que sería una pretensión de lo más normal y nada criticable en cualquier otro contexto de una trama amorosa– adquiere características específicas y criticables por parte de

Sempronio. Esto es, aunque Sempronio sabe que es falsa la adecuación establecida por su amo en [7], y quizás precisamente porque lo sabe, puede llevar hasta sus últimas consecuencias las implicaciones que hay en llamar *dios* a Melibea y acusar a Calisto de pretender cometer un pecado más nefando que el de los propios sodomitas cuando quisieron tener relaciones sexuales con unos ángeles alojados en la casa de Lot: “Ríome, que no pensaba que había peor invención de pecado que en Sodoma.(...) Porque aquéllos procuraron abominable uso con los ángeles no conocidos y tú con el que confiesas ser dios”. La inferencia que hace Sempronio de la aceptación de [7] como verdadera es fruto de una coherencia paradigmática y semánticamente impecable: si los sodomitas quisieron cometer un pecado de los reputados más nefandos porque Calisto quiere usar del único dios conocido, entonces el pecado de Calisto debe ser reputado más nefando aún que el pecado de los sodomitas.

Del análisis de este caso se pueden extraer dos importantes consecuencias para el tema objeto de estudio aquí:

- Que, una vez establecida una determinada adecuación entre una palabra y un objeto como una adecuación verdadera, la negación de esa adecuación debe ser reputada falsa.
- Que, establecida como verdadera una determinada adecuación, se dispara automáticamente todo un sistema de inferencias coherentes con la adecuación establecida cuya verdad o falsedad serán una función de esa adecuación. En este último caso, la verdad o falsedad de las inferencias ya no será juzgada por la adecuación entre esas inferencias y la realidad, sino por su coherencia con la verdad que se haya establecido en el punto de partida. De ahí que, desde ese momento, la verdad o la falsedad de lo que se diga ya no pueda ser juzgada en relación a la noción de verdad como adecuación/correspondencia, sino en relación a la noción de verdad como coherencia, como veremos a continuación.

### 4.3. Metáfora y verdad coherencia

Como hemos visto en la sección anterior, la aceptación como verdadera de una adecuación básica –sea metafórica o literal– entre un término y un objeto autoriza a hacer inferencias y a tejer redes conceptuales que serán reputadas verdaderas o falsas por los hablantes según que aparezcan como coherentes o incoherentes con la adecuación de partida. Esto es, en muchos casos adjudicamos los valores de verdad a una aseveración no directamente, mediante el contraste con la realidad que el contenido cognoscitivo que esa aseveración pueda tener, sino indirectamente, porque nos aparezca como coherente o no coherente con las creencias sobre la realidad que refleja la adecuación de partida en nuestro discurso. Lo que nos

permitirá calificar de verdadera a una determinada aseveración será una función de su coherencia con otra aseveración anterior más básica o con un sistema más complejo de proposiciones o creencias sobre el mundo. Así, la proposición literal

[8] “El sol y la luna son planetas de la tierra”,

recibirá el valor de verdad V en la medida en que la consideremos coherente con (o deducible de) una proposición más básica, que podría ser algo así como

[9] “La tierra es el centro del universo y alrededor de ella giran todos los demás cuerpos celestes”.

La verdad de [8] es inferida por su coherencia con la verdad de [7], sin que sea necesario el recurso al contraste entre [8] y la realidad, realidad que, por lo demás, la valoramos según teorías como la que subyace a [9]. Por el contrario, si nuestras creencias sobre el sistema solar cambian lo suficiente como para que consideremos falsa a [9], entonces, en cuanto que la verdad de [8] la entendemos subsidiaria de la verdad de [9], deberá cambiar también el valor de verdad de [8].

La coherencia funciona como un presupuesto básico del discurso –análogo al Principio de Caridad– que hace que supongamos, de entrada, que todo discurso es racional y razonable. Pero también la coherencia es un presupuesto básico para relacionar discurso y acción, presupuesto que está en la base de la creencia expresada en el refrán que aconseja que hay que predicar con el ejemplo. Si un paciente con una alta tasa de colesterol en sangre, sabiendo que su médico también la tiene, oye a su médico toda una relación pormenorizada sobre los peligros para la salud de la ingesta de alimentos ricos en grasas polisaturadas a la vez que sabe el paciente que el propio médico no se priva en absoluto de ingerir alimentos ricos en grasas polisaturadas, el poder de convicción de los argumentos del médico es de esperar que sea muy bajo en el paciente. Y ello porque el discurso del galeno (el predicar) es incoherente con su acción (el ejemplo). Aunque el valor de verdad de las aseveraciones del médico no dependa lógicamente de sus actos, sino de la relación de esas aseveraciones con ciertas teorías y ciertos experimentos, el oyente tenderá a conferir un valor de verdad distinto a los consejos del médico, si éstos no van acompañados de un obrar coherente con ellos. Parece ser, pues, una condición ineludible por parte del hablante la de que éste acompañe su discurso con acciones coherentes con él para que el oyente considere verdadero tal discurso.

Esta subordinación de la verdad del discurso a su coherencia con la acción del hablante, que hace que el oyente juzgue de la verdad de lo que se le dice por su coherencia con lo que hace el hablante y que funciona en las aseveraciones en que todos sus términos están usados en su sentido más literal y técnico, se produce del mismo modo en el ámbito de las preferencias metafóricas. Cuando un dirigente de un partido político afirma, refiriéndose al partido en que milita,

[10] “El nuestro es el partido de los *descamisados*”,

mientras que va vestido con una camisa de seda y hecha a medida, parece razonable pensar que el oyente, una vez descartadas por el contexto las posibles interpretaciones literal e irónica que [10] es susceptible de tener, le confiera su valor de verdad en atención a la coherencia de [10] con la vestimenta de quien la profiere más que en atención a si se corresponde o no la actuación política de ese partido a las implicaciones semánticas de la metáfora focalizada en *descamisados*. Precisamente, para dar un cierto carácter de verosimilitud a [10], quien lo asevera debe revestirse del “uniforme de descamisado” una vez cada cuatro años, cuando necesita hacer ver a sus votantes que su acción y su discurso son coherentes.

Centrándonos ya en las metáforas, la noción de verdad como coherencia es especialmente relevante y operativa para el análisis del segundo nivel en el que podemos encontrar una metáfora: el nivel de la semilexicalización. Y ello es así porque la mayoría de las metáforas de una lengua están justamente incluidas entre las semilexicalizadas, porque estas metáforas son compartidas por la mayoría de los hablantes de la lengua en cuestión y porque, cuando las usan, los hablantes y los oyentes son conscientes de su carácter metafórico. Las metáforas semilexicalizadas tienen dos características fundamentales que las diferencian de las metáforas lexicalizadas y de las metáforas creativas:

Son compartidas y asumidas como adecuadamente verdaderas por la comunidad de los hablantes.

Entran a formar parte de redes más amplias, que conforman una forma determinada de conceptualizar y comprender la realidad.

Con respecto a la primera característica, es importante destacar que los hablantes no se detienen normalmente a pensar si lo aseverado en casos tales como

[11] “Juan es un *león*”,

[12] “Esto es una *tarea de monos*”, o,

[13] “Concha es una *foca*”,

es verdadero o falso en cuanto adecuado o inadecuado a la realidad del comportamiento o de las características de los leones, los monos o las focas. Pues, probablemente, el contraste con la realidad mostraría que lo afirmado de los leones, los monos o las focas en [11]-[13] es falso/inadecuado. Y ello porque, probablemente, los leones sean menos fieros de lo que los pintan y menos fieros que Juan, los monos no lleven a cabo tareas tan complicadas y las focas sean más gráciles y estén mejor adaptadas a su medio que la paradigmática Concha. Lo que hace que [11], [12] o [13] sean operativas y sean consideradas como verdaderas

–probablemente incluso por los zoólogos cuando no hablan *qua* zoólogos– no es, pues, su adecuación a la realidad, sino su coherencia con ciertas creencias nuestras sobre los leones, los monos y las focas.

Justamente lo que permite que declaremos verdaderas o falsas muchas metáforas semilexicalizadas –y con ello entro en el punto segundo de los anunciados– es el que las entendamos como coherentes o incoherentes con una metáfora básica cuya adecuación hemos establecido nosotros o nos ha venido dada entre las creencias de nuestra cultura. Dejaré para la sección siguiente la consideración de para qué se establecen las metáforas novedosas y analizaré aquí básicamente algunas metáforas semilexicalizadas, cuya verdad nos ha venido dada en nuestro adiestramiento o proceso de socialización en nuestra lengua y en nuestra cultura. Como he señalado en el capítulo anterior, una de las notas destacables de estas metáforas semilexicalizadas consiste en que son ellas las que conforman nuestra manera de entender la realidad, de modo que “vivimos de ellas” y nos filtran nuestra experiencia de esa realidad. Estas metáforas son solidarias con creencias sobre la realidad y sobre la forma de comportarse los objetos, creencias del tipo de la que mantiene que las focas deben ser obesas por definición. De acuerdo con esta creencia, el oyente de [13] no pensará, *prima facie*, que el hablante quiere significar, al proferir [13], que Concha sea una persona ágil en un medio acuático, que viva en mares fríos, que esté adaptada a su medio y que se alimente exclusivamente de pescado; aunque todas éstas sean características bien conocidas de las focas. Lo que el oyente entenderá, al oír [13], es que el hablante le quiere significar exclusivamente que Concha es obesa; y ello porque *foca* está semilexicalizada en español para significar translaticiamente la obesidad, aunque el *DRAE* aún no haya recogido esta acepción.

Pero, además, una vez aceptada como verdadera una metáfora básica, se puede disparar un proceso de producción de toda una compleja red de metáforas subsidiarias de la metáfora nuclear para la que los valores de verdad no se adjudicarán en razón de su contraste directo con la realidad, sino en razón de la coherencia de estas metáforas subsidiarias con la metáfora básica.

Y lo mismo que acontece en el lenguaje ordinario, acontece también en las jergas técnicas o científicas más especializadas. Así, cuando nació la economía como ciencia en los siglos XVIII y XIX, el modelo de toda ciencia era la mecánica clásica y, de acuerdo con él, los sistemas económicos fueron entendidos en términos de sistemas mecánicos. De acuerdo con ello la metáfora nuclear que expresaba este modo de ver las cosas podría ser sintetizada como

[14] “La economía es un *mecanismo*”.

Y, en coherencia con ella, es como se pudieron aplicar metafóricamente a la economía los términos que ya tenían un significado literal perfectamente delimitado en el ámbito de la mecánica. Ello hizo posible que aseveraciones como

[14.1] “Es necesario un *ajuste* monetario”,

[14.2] “Las *fuerzas* económicas y sociales están *desequilibradas*”, o,

[14.3] “Es necesario *enfriar* la economía”,

fuesen susceptibles de recibir los valores de verdad en la medida en que eran coherentes con la metáfora básica de [14] y que términos como los que he subrayado en los ejemplos anteriores terminaran por convertirse en términos técnicos de la economía. Ahora bien, posteriormente se propuso otra metáfora básica alternativa a [14], que era la que entendía la economía no como un mecanismo sino como un ser vivo susceptible de estar sano, enfermarse, alimentarse, crecer y sufrir todos los procesos que suelen sufrir los seres vivos. La propuesta de la metáfora biológica en sustitución de (o en competencia con) la metáfora mecánica hará que ya no nos imaginemos al economista revestido con el mono azul del mecánico ajustador, sino revestido con la bata blanca del médico o del biólogo. Y, más allá de la broma de los uniformes profesionales, la nueva metáfora permitirá todo un sistema de aseveraciones susceptibles de ser valoradas como verdaderas o como falsas, que serán coherentes con ella e incoherentes con la anterior. Si la nueva metáfora básica es:

[15] “La economía es un *organismo vivo*”,

entonces se podrán aseverar sobre la economía cosas como

[15.1] “La economía mundial *goza de buena salud*”,

[15.2] “La economía mundial ha sufrido una *encefalitis* causada por una *fiebre* altísima”, o,

[15.3] “El paro *devora* los recursos de la economía mundial”.

Pero este tipo de sustituciones de un sistema metafórico por otro no suele ser total ni uniforme, porque suele acontecer que muchos de los términos metafóricos coherentes con el sistema en desuso sigan siendo usados aun cuando los hablantes no los relacionen ya con la metáfora básica porque se hayan lexicalizado y se hayan convertido en términos técnicos. Un caso de este tipo puede ser el del término *ajuste* que, cuando es pronunciado por el Ministro de Economía de turno, probablemente no lo relacionemos ya de modo natural con la metáfora mecánica en economía. En estos casos lo que acontece es que esos términos (*equilibrio*, *ajuste* o *balance*, por ejemplo) permanecen como testigos o huellas de esa metáfora desaparecida o en trance de desaparición y ahora ya con su significado de segundo orden lexicalizado y entendido como un significado técnico en economía.

Probablemente, si le preguntásemos a un economista qué es un *balance*, nos diría que un *balance* es “confrontación del activo y el pasivo para averiguar el estado de

los negocios o del caudal” o “estado demostrativo del resultado de dicha operación” (*DRAE*), que se trata de un término técnico en economía y que, cuando él hace un balance, en absoluto se le ocurre relacionar lo que él hace con el significado lexicalizado que tiene ese término en mecánica como “movimiento que hace un cuerpo, inclinándose ya a un lado, ya a otro” (*DRAE*). Pero, para el lingüista o para el filósofo del lenguaje, el hecho de que el economista utilice ese término y no otro cualquiera le sirve para reconstruir un sistema metafórico, al modo como un trozo de esqueleto le sirve al paleontólogo para reconstruir un organismo desaparecido.

Hay también términos que pueden funcionar coherentemente en dos o más sistemas metafóricos, pero, en este caso, en cada uno de ellos adquirirán significados de segundo orden distintos, con valores de verdad distintos y con implicaciones semánticas y cognitivas diferentes. Así, en el ejemplo aludido de la economía, un grupo de términos compartidos por las metáforas mecánica y biológica es el grupo de los términos relacionados con la temperatura. Suponemos que, al igual que las máquinas y los organismos vivos, una economía tiene una temperatura ideal de funcionamiento, por encima o por debajo de la cual esa economía no funciona adecuadamente. Ahora bien, según el modelo metafórico y la metáfora básica a los que hagamos referencia cuando usamos esos términos en economía, los valores de verdad de las aseveraciones metafóricas deberán variar para que podamos mantener la coherencia entre la metáfora básica y las metáforas subsidiarias. Cuando el Ministro de Economía mantiene que la economía *se ha calentado* excesivamente y, a continuación, propone que se le aplique un *antitérmico*, sabemos que está hablando en coherencia con la metáfora biológica o que es la metáfora biológica el punto de referencia de su discurso. Pero si, por el contrario, propone que se le *inyecte* a la economía un *fluido refrigerante*, estará enmarcando su discurso de acuerdo con (o en relación a) la metáfora mecánica. De modo que, para un hablante para quien actualmente sólo fuese válida la metáfora biológica y oyese al Ministro proponer que a la economía hay que *inyectarle* un *fluido refrigerante*, lo más probable es que adjudicase a la preferencia del Ministro el valor de verdad F y pensase que el Ministro se había equivocado. Del mismo modo, lo que, según la metáfora mecánica sería una *alta o baja temperatura* de la economía, para la metáfora biológica debería ser *fiebre o hipotermia*, respectivamente.

Junto al hecho de que un término metafórico determinado pueda pertenecer a dos o más redes metafóricas y sea susceptible de recibir valores de verdad distintos la aseveración en que aparezca en cada caso, está también el hecho de que las metáforas tienen, en muchos casos, un significado abierto –con sus valores de verdad también abiertos– que sólo se podrá cerrar en función de las coordenadas cognoscitivas en que se sitúe el oyente y en función del contexto de la preferencia. Un caso paradigmático de esto es al que hace referencia J. Searle (1986: 95), cuando cita la afirmación de Romeo

[16] "Julieta es el *sol*",

que, según la interpretación canónica en función del contexto de la preferencia, debe significar

[16.1] "El día comienza con Julieta".

Searle confiesa que esta lectura nunca se le hubiera ocurrido a él. Y aunque Searle no dice cuál sería el significado que a él se le hubiese ocurrido a primera vista para [16], podemos imaginar dos interpretaciones alternativas, según el tipo de oyente de [16], y ambas teniendo en cuenta características básicas del sol, conocidas por todos los hablantes y no demasiado incoherentes en el discurso de un enamorado, como sabemos que es el discurso de Romeo. Estas dos características básicas del sol son la de ser fuente de luz y la de ser fuente de calor. En función de ellas, [16] podría significar alternativamente

[16.2] "Julieta ilumina mi día", o,

[16.3] "Julieta calienta mi día".

Lo mismo [16.1] que [16.2] o [16.3] serían coherentes con [16], de modo que la decisión sobre cual de las tres interpretaciones es la más correcta para [16] tiene que venir de la mano de la clave interpretativa del oyente, si no está perfectamente definida por el contexto. Para un ciego de nacimiento, por ejemplo, lo más razonable es pensar que concederá el valor de verdad V a [16.3] y el valor F a [16.2], porque podemos presumir que, para él, lo más significativo del sol es su calor y no su luz. Lo que hace que una metáfora abierta (*open-ended*, la llama Searle) como [16] reciba un significado u otro, y con ello valores de verdad distintos, es su coherencia con los saberes y las creencias del oyente. Y, puesto que los oyentes tienen diversos niveles de creencias y diversos niveles de formación, en cada oyente o grupo de oyentes la metáfora abierta será susceptible de recibir valores de verdad distintos. El mismo Searle sugiere dos significados alternativos para [15], que podrían ser

[16.4] "Julieta es en su mayor parte gaseosa", y,

[16.5] "Julieta está a 90 millones de millas de la tierra".

Pero, aunque éstas sean características sobresalientes y bien conocidas del sol, son propiedades del sol que el hablante normal no suele tener en cuenta cuando habla del astro rey o piensa en él, aunque las conozca. Por el contrario, quizás sí serían propiedades en las que es más razonable esperar que pensase un astrónomo profesional cuando habla del sol. En ambos casos los valores de verdad de [16], puesto que no vienen sugeridos por el contexto, serían una función de los conocimientos del oyente.

Si las metáforas semilexicalizadas plantean problemas de interpretación, que se



trasladan automáticamente a sus valores de verdad a la hora de adjudicarlos, problemas más serios deben plantear las metáforas creativas o novedosas cuando son propuestas por primera vez sin que haya un sistema de referencia en relación al cual poder interpretarlas y que garantice cuál sea la interpretación correcta.

#### 4.4. Metáfora y verdad descubrimiento/desvelamiento

El hombre no suele darse por satisfecho con lo conocido en cada momento, sino que en cada momento lo sabido y lo establecido como verdadero le aparecen como insuficiente. Esta situación de insatisfacción con respecto a lo conocido es la que lo lleva a intentar continuamente saber cosas nuevas o a conocer más profunda y ampliamente las cosas que cree insuficientemente sabidas. Glosando la famosa aseveración aristotélica del comienzo del libro *A* de la *Metafísica*, se podría decir que el hombre desea por naturaleza conocer cada vez más cosas nuevas y más profundamente las cosas ya sabidas. En esta situación de insatisfacción para con lo sabido es donde tiene su lugar adecuado la noción de verdad como descubrimiento/desvelamiento y, en relación con la expresión de los conocimientos novedosos, es donde ejerce plenamente su papel la metáfora creativa. Las nociones de verdad como adecuación y de verdad como coherencia llevan asociadas una concepción estática del saber, mientras que la noción de verdad como descubrimiento/desvelamiento lleva asociada una concepción dinámica del saber. Quizás como mejor se haya expresado históricamente la concepción estática del conocer, que conllevan las nociones de verdad como adecuación y de verdad como coherencia, haya sido mediante la metáfora del *espejo*, metáfora que lleva a entender los procesos cognitivos como reflejo de lo que las cosas son. Para que la mente pueda reflejar o espejear la realidad ambos extremos de la reflexión, mente y realidad, deben estar en una situación de reposo, por lo que cualquier cambio en uno de los extremos aparece como un elemento perturbador para este ideal, como tematizaron abundantemente los escépticos en sus tópicos. En el ámbito semántico esta adecuación o correspondencia se debe dar entre el significado de una sentencia y los hechos. Un caso de una nueva versión de la noción de verdad como adecuación/correspondencia aplicado al ámbito del significado es el que parece subyacer en el siguiente texto:

A true statement is a statement that is true to the facts. This remark seems to embody the same sort of obvious and essential wisdom about truth as the following about motherhood: a mother is a person who is the mother of someone the *property* of being a mother is explained by the *relation* between a woman and her child; similarly, the suggestion runs, the property of being true is explained by a relation between a statement and something else. Without prejudice to the question what the something else might be, or what word or phrase best express the relation

(of being true to, corresponding to, picturing), I shall take the licence of calling any view of this kind *a correspondence theory* of truth. (Davidson, 1984: 37. Los subrayados son del original).

Una teoría de la verdad como correspondencia/adecuación, como la reflejada en el texto de Davidson, presupone la existencia de significados inmutables para los términos, significados que describen o se refieren a unos hechos que hay que suponer también fijados. En el momento en que se produzca un cambio en uno de los dos extremos de la relación entre el significado de la sentencia o de la palabra y los hechos, la correspondencia deberá aparecer como inadecuada o falsa. Y precisamente esto es lo que ocurre muy a menudo con el propio ejemplo de Davidson. Justamente la palabra *madre* es el caso de una palabra usada muy a menudo metafóricamente, de modo que, al usarla translaticiamente, se rompe la relación de maternidad cuando se llama *madre* a muchos objetos que no pueden tener literalmente hijos. Cuando hablamos de *madre patria*, *madre naturaleza*, *madre tierra*, *ser la madre del cordero*, *salirse de madre*, *sacar de madre*, *madre superiora*, *desmadrarse* o *enmadrarse*, parece que la relación de maternidad no tiene mucho que ver, en estos casos, con el hecho biológico de dar a luz hijos.

Por su parte, la noción de verdad como coherencia también conlleva asociada la idea de una cierta estabilidad basada en una adecuación previa, explícita o implícitamente establecida. A partir de una adecuación establecida anteriormente la coherencia permite inferir lo que ya estaba establecido en la adecuación de partida. Pero todo aquello que no esté asumido en la adecuación de partida deberá ser entendido como falso o contradictorio con ella. Un caso típico y clásico de coherencia es el que se suele dar en las ciencias formales. Así, por ejemplo, a partir del postulado euclidiano de las paralelas sólo puede construirse una geometría que sea coherente con él, en cuanto que ese postulado es entendido y aceptado como una adecuación verdadera. Si, por el contrario, sustituimos la creencia de que por un punto exterior a una recta sólo puede pasar una paralela a esa recta por la creencia de que pueden pasar infinitas paralelas o de que no puede pasar ninguna, los sistemas coherentes con estos nuevos postulados deben llevar, y han llevado históricamente, a construir geometrías distintas de la euclidiana. Y este proceso tiene algo de mecánico.

Por el contrario, la noción de verdad como descubrimiento/desvelamiento conlleva asociada la idea de que el conocer es un proceso dinámico porque la adecuación entre lo conocido sobre los hechos y los hechos mismos es susceptible de no estar definitivamente clausurada. Así, por ejemplo, si decimos

[17] "Venus es un planeta",

estaremos haciendo una afirmación más adecuada a los hechos, de acuerdo con nuestros actuales saberes astronómicos, que si decimos

[18] “Venus es un lucero”.

Y [18] será más adecuada a los hechos, de acuerdo con nuestros actuales saberes astronómicos y teológicos, que si decimos

[19] “Venus es una diosa”.

Y esta gradación de adecuaciones entre [19] y [17] es posible porque entre ellas ha mediado un proceso de descubrimiento que ha mostrado paulatinamente diversos niveles de verdad entre lo que nosotros conocemos o creemos conocer sobre el objeto Venus y el objeto o cosa a la que nos referimos con la palabra *Venus*. Aunque toda verdad fruto de un descubrimiento termine resolviéndose en una nueva adecuación, que acaba por falsar a otra u otras adecuaciones establecidas y entendidas anteriormente como verdaderas, en el momento en que se establece un descubrimiento o desvelamiento nuevos, éstos deben ser entendidos –para que puedan ser considerados como estrictamente novedosos– como incoherentes o inadecuados con lo sabido sobre el objeto. Y ello es lo que lleva a concebir el trabajo de la mente como una actividad dinámica, que continuamente está haciendo y deshaciendo adecuaciones.

En esta actividad de descubrir verdades, creencias u opiniones verosímiles sobre la realidad es donde la metáfora novedosa o creativa ejerce una función fundamental para conceptualizar y comunicar esos descubrimientos o desvelamientos de la realidad, sean estos descubrimientos de los que solemos entender como transcendentales para la humanidad o, más modestamente, descubrimientos cotidianos y considerados como menos dignos de atención. Ahora no se trata sólo de llamar de otra manera, por razones literarias o estéticas, a algo ya conocido, sino de conceptualizar algo que presumimos no conocido o que su conocimiento actual aparece como inadecuado o incoherente.

Pero esta función de nombrar o denominar a algo nuevo con palabras cuyo significado de primer orden se aplica a otra cosa no es una función neutral en la que la verdad descubierta y los pensamientos sobre ella puedan ser separados de los términos con que los expresamos. Los términos metafóricos novedosos con que nombramos eso que queremos comunicar como un descubrimiento terminarán por conformar el propio fenómeno descubierta, que no es nada para nosotros más que en la medida en que nos referimos a él de una determinada manera. En este sentido es en el que podemos decir que una metáfora novedosa *crea* o *descubre* la realidad en la medida en que

Some metaphors enable us to see aspects of reality that the metaphor’s production helps to constitute. But that is no longer surprising if one believes that the world is necessarily a world *under a certain description* –or a world seen from a certain perspective. Some metaphors can

create such a perspective (Black, 1979: 39-40. El subrayado es del original).

Y ello porque

The creative or productive aspects of generative metaphors, in virtue of which they can sometimes function as cognitive instruments through which their users can achieve novel views of a domain of reference (Black, 1979: 40).

M. Black no señala –por desgracia– cuáles sean esas metáforas que crean esas nuevas perspectivas, pero parece razonable pensar que no pueden serlo las metáforas lexicalizadas ni las semilexicalizadas. Las primeras porque en ellas el significado de segundo orden ha pasado ya a entenderse como el significado literal del término de que se trate, las segundas porque reflejan perspectivas asumidas por la comunidad de los hablantes, que, si bien debieron ser creativas –como también debieron serlo las perfectamente lexicalizadas– en algún momento, ahora ya no se entienden como tales.

Quedan, pues, como creadoras de perspectivas las que estoy llamando “metáforas creativas o poéticas”, que implican un descubrimiento o desvelamiento, si no de lo que las cosas sean en sí, sí, al menos, de lo que las cosas sean para el hablante. Y, en la medida en que una metáfora creativa descubre o constituye la realidad, en esa misma medida puede ofrecer una verdad nueva. Aunque el recurso a un ejemplo de una metáfora creativa es problemático, justamente porque, al ser nueva, se la mira con la prevención con la que se mira todo lo nuevo o desconocido, intentaré presentar y analizar un ejemplo, al que hacen referencia G. Lakoff y M. Johnson (1980: 185-187), y que, en mi opinión, refleja bastante bien cómo puede producirse un cambio de perspectiva con un caso concreto de una metáfora creativa.

Normalmente, cuando hemos terminado con bien un asunto que nos preocupaba o nos azoraba, solemos decir

[20] “He *solucionado* mi problema”.

Y, en esta metáfora, el foco (*solucionar*) suele ser entendido en relación a lo que podemos llamar “el modelo o la metáfora matemática”. Según esta metáfora básica, que es la que suele subyacer a aseveraciones como [20], un problema deja de ser tal cuando se le encuentra un resultado adecuado o, mejor dicho, cuando se da con el único resultado “verdadero”, porque cualesquiera otros resultados los reputaríamos falsos o pseudosoluciones. Los valores de verdad para [20] se adjudicarán en función de que el asunto que nos azoraba haya sido arreglado de una vez por todas, pues a un problema matemático sólo cabe dejarlo resuelto definitivamente o no resolverlo en absoluto. Si la solución de un problema matemático no es la adecuada,

aunque su planteamiento sea el correcto, diremos que esa solución es errónea o falsa. Si es el caso de que el mismo asunto vuelve a aparecer al día siguiente, diremos que [20] era falsa, porque en un problema matemático no caben soluciones a medias que posibiliten su resurrección una vez resuelto “verdaderamente”. Esta metáfora ha hecho que la realidad de los asuntos humanos –sean éstos amorosos, monetarios o sanitarios, por ejemplo– sea conceptualizada en nuestra cultura siguiendo el modelo de la metáfora matemática; y por ello un filósofo con bastante sentido del humor pudo derrotarla al afirmar de sí mismo que él no era un problema porque no tenía solución. Comoquiera que esta metáfora matemática está bastante bien asumida culturalmente, a pesar del filósofo humorista, se pueden generar a partir de ella, toda una serie indefinida de aseveraciones sobre los asuntos humanos, aseveraciones susceptibles de recibir los valores de verdad por su coherencia con [20], utilizando para ello términos cuyo significado literal pertenece al ámbito matemático. Ejemplos de este tipo de aseveraciones subsidiarias y coherentes con [20] podrían ser:

[20.1] “He *despejado la incógnita* de mi enfermedad”,

[20.2] “He *planteado* muy bien el *problema* de mi relación amorosa con Paquita”, y,

[20.3] “He *resuelto* la angustiada situación de liquidez que me acongojaba”.

Esta forma de ver y conceptualizar los asuntos humanos en función de la metáfora matemática, que está prácticamente semilexicalizada y por ello “vivimos de ella” y no solemos ponerla en cuestión ni preguntarnos por su conveniencia o idoneidad, puede ser sustituida por otra en la que el término *solución* no haga referencia a su significado en el ámbito de las matemáticas, sino a su significado en el ámbito de la química como “mezcla que resulta de disolver cualquier sustancia en un líquido” (*DRAE*). A primera vista esta metáfora química puede parecer chocante, justamente porque es incoherente con la metáfora matemática desde la que ordenamos nuestra experiencia en los asuntos humanos, porque no pertenece a nuestros esquemas conceptuales habituales y porque es creativa o poética. Ahora bien, si nos paramos a considerarla detenidamente, quizás resulte más adecuada para hablar de los asuntos amorosos, económicos o sanitarios esta metáfora química que la metáfora matemática semilexicalizada. Y ello porque, a diferencia de los problemas matemáticos, los problemas humanos son susceptibles de admitir varias soluciones y, sobre todo, son susceptibles de reaparecer, incluso cuando han sido o se han creído resueltos definitivamente. La misma enfermedad puede volver a aparecer, las relaciones con Paquita se pueden volver a deteriorar o la creencia en que la liquidez económica de uno es buena puede mostrarse falaz.

Hagamos el experimento mental de suponer que esta metáfora química funcionase normalmente para hablar de asuntos humanos tales como el de un problema de salud debido a una enfermedad. De acuerdo con la metáfora matemática, el problema o los problemas causados por una enfermedad deberían ser resueltos

definitivamente. Pero nosotros sabemos que esto no suele ser así y que muchas enfermedades pueden ser paliadas en sus efectos, pero no curadas, o que otras enfermedades dejan secuelas aunque el paciente se crea curado y haya sido dado de alta. De acuerdo con estas consideraciones, quizás resultase más adecuado el marco de referencia que proporciona la metáfora química para hablar de asuntos mórbidos que la metáfora matemática, porque una enfermedad se puede curar definitivamente, sólo provisionalmente, puede sufrir metástasis, puede ser enmascarada mediante un tratamiento sintomático o se puede sugestionar al paciente de su curación mediante la administración de un placebo para que la crea erradicada. Toda esta riqueza y variedad de situaciones en que se puede encontrar un asunto mórbido difícilmente puede ser conceptualizada de acuerdo con lo que sugiere la metáfora matemática, donde sólo caben dos alternativas: solucionar o no solucionar el problema de la enfermedad. La aceptación de la metáfora química como adecuada para hablar de eso que, con un eufemismo, estoy llamando un "asunto mórbido" permitiría conceptualizarlo de otro modo –quizás más matizadamente– y permitiría, también, generar toda una serie de aseveraciones como:

[21] "Mi enfermedad está en estado *coloidal*",

[22] "Mis dolores se han *sedimentado*",

[23] "Mis dolores se han *disuelto*", o,

[24] "El medicamento prescrito ha *emulsionado* mis fiebres",

aseveraciones que serían susceptibles de recibir los valores de verdad por su coherencia o incoherencia con la metáfora química.

Una metáfora creativa o poética significa, pues, el descubrimiento de una cuestión nueva o el descubrimiento de que una vieja cuestión puede ser considerada desde una perspectiva distinta de aquella perspectiva desde la que se venía considerando tradicionalmente. En este sentido es en el que se puede hablar propiamente de que una metáfora creativa conlleva el descubrimiento o desvelamiento de una verdad sobre lo que las cosas sean, al menos, para el hablante. Y este descubrimiento, para que sea tal descubrimiento, debe comenzar por ser incoherente con los saberes o creencias admitidos y con las verdades establecidas por esos saberes o creencias. Por ello una metáfora creativa tiene que aparecer a los oyentes como chocante con los saberes o creencias en los que están firmemente instalados, al modo como resulta chocante el descubrimiento de un hecho científico no previsto por la teoría dominante en el momento en que ese descubrimiento se produce. Y, al igual que el descubrimiento de un hecho científico no previsto por la teoría obliga, tarde o temprano, a reformar la propia teoría o a sustituirla por otra y a reformar los sistemas de asertos sobre la realidad que la primera conlleva, la aparición de una metáfora creativa obliga a los hablantes a reformularse los esquemas de

pensamiento con los que venían conceptualizando el objeto al que la metáfora creativa se refiere y los objetos relacionados con el primero.

Pero el destino de una metáfora creativa y de la verdad descubrimiento/desvelamiento que conlleva es –como el de un descubrimiento científico o geográfico– dejar de serlo y pasar a pertenecer al ámbito de lo sabido. Una vez aceptada por la comunidad de los hablantes la verdad como descubrimiento/desvelamiento de una metáfora creativa y asumido el esquema conceptual que conlleva o al que pertenece, esa verdad pasará a ser considerada como una adecuación verdadera susceptible de crear su propia red de metáforas subsidiarias y coherentes con ella. Esto hace que una metáfora creativa esté siempre en una situación de equilibrio inestable. Y ello porque, desde el mismo momento en que haya llevado a cabo su objetivo de crear un nuevo esquema conceptual, la adjudicación de los valores de verdad de lo aseverado con ella o con sus metáforas subsidiarias habrá que hacerla desde las nociones de verdad como adecuación/correspondencia o de verdad como coherencia. Pero a estos extremos no se habría podido llegar si no hubiese mediado antes un proceso de descubrimiento o desvelamiento novedoso de verdades sobre las cosas o, por decirlo con una fórmula más radical, si esa metáfora no hubiese creado antes una verdad sobre lo que las cosas sean.

En resumen, a las aseveraciones metafóricas se les pueden aplicar los valores de verdad del mismo modo a como se aplican a las aseveraciones literales. Y esto se puede hacer teniendo como marco de referencia las tres teorías filosóficas clásicas de la verdad, cuya aplicación sería especialmente pertinente para cada uno de los tres estadios en que se puede encontrar una metáfora: metáfora lexicalizada, metáfora semilexicalizada y metáfora creativa o novedosa.



© Pedro J. Chamizo Domínguez. *La metáfora (semántica y pragmática)*. Primera edición en español, 2005. Versión autorizada por el autor para Proyecto Ensayo Hispánico y preparada por José Luis Gómez-Martínez. Se publica únicamente con fines educativos. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos correspondientes. Enero de 2005.

## PROYECTO ENSAYO HISPÁNICO

[Home / Inicio](#) | [Repertorio](#) | [Antología](#) | [Crítica](#) | [Cursos](#)



# Teoría, Crítica e Historia

**Pedro J. Chamizo Domínguez**

## **La metáfora (semántica y pragmática)**

### **CAPÍTULO V LA METÁFORA Y LAS DIVERSAS LENGUAS**

#### **5.1. Metáforas universales y metáforas particulares**

Como mecanismo lingüístico y cognoscitivo la metáfora es un fenómeno que se da en todas las lenguas y en todos los momentos de sus historias. En este sentido la metáfora es un candidato muy plausible para ser considerado un universal lingüístico que tiene también relevantes efectos cognitivos. Así pues, en cuanto fenómeno abstracto, la metáfora es un fenómeno universal, pero no necesariamente se dan las mismas metáforas concretas en todas las lenguas y ni tan siquiera se dan las mismas metáforas entre lenguas cercanamente emparentadas desde un punto de vista etiológico o desde un punto de vista cultural. Y el hecho de que, aunque la metáfora pueda ser considerada un universal lingüístico y cognitivo, los hablantes de las diversas lenguas hayan hecho diferentes transferencias metafóricas a partir de términos que significan literalmente lo mismo es un fenómeno que merece especial atención, al menos por las siguientes razones:

Puede plantear, y de hecho plantea, graves problemas para la comunicación intercultural desde el momento en que un hablante, para quien una determinada metáfora es obvia en su lengua materna o en su ámbito cultural, puede ser malinterpretado cuando utiliza esa misma metáfora en otra lengua o en otro ámbito cultural.



El hecho de que las diversas lenguas usen de metáforas distintas es de capital relevancia para cualquier teoría de la traducción en razón de que la traducción literal de una metáfora de la lengua origen puede funcionar de modo muy distinto –o puede no funcionar en absoluto– en la lengua término del proceso de traducción (Schäffner, 2004).

El estudio comparativo de las diferentes metáforas que se usan en las diversas lenguas puede revelar los mecanismos cognitivos y asociativos –muchas veces completamente impredecibles a priori– que han llevado a los hablantes a proponer y aceptar ciertas metáforas en su intento por comprender y explicar el mundo.

## 5.2. De la metáfora universal a la metáfora particular

Puesto que no todas las lenguas usan de las mismas metáforas aunque todas usen de metáforas, se puede ensayar una clasificación de las metáforas ateniéndose a su mayor o menor grado de extensión en las diversas lenguas y en una escala que iría de mayor a menor grado de extensión: metáforas universales, metáforas generales y metáforas particulares.

Las metáforas universales serían aquellas que son compartidas por las diversas lenguas y culturas. Quizás las metáforas que sean las candidatas más plausibles para ejemplificar esta categoría sean las que nos permiten hablar del dominio de lo mental en términos que significan literalmente en el dominio del cuerpo (Chamizo Domínguez, 1998: 109-118). Estas metáforas corporales nos permiten conceptualizar las diversas funciones de la mente en términos de las funciones que el cuerpo lleva a cabo, especialmente en términos de los principales sentidos y de procesos tales como los de la digestión, la locomoción o la respiración. Y, de las metáforas que nos permiten conceptualizar y hablar del dominio de lo mental en términos del dominio de los sentidos, quizás las dos más usadas sean las del sentido de la vista y la del sentido del tacto, según las cuales conocer sería *ver y/o tocar*, respectivamente. De hecho, la metáfora de la visión y la metáfora del tacto están tan asumidas que normalmente, cuando las usamos, ni tan siquiera nos percatamos de que son metáforas. Y lo mismo que pasa con estas metáforas pasa también con respecto a algunas metáforas procedentes del dominio de los procesos corporales como es el de la digestión. Hasta tal punto es esto así que es muy probable que Descartes se hubiese sorprendido si le pudiésemos hacer notar que, cuando escribió *qui digèrent le mieux leurs pensées*, estaba usando una metáfora del dominio de la *res extensa* (la digestión) para hablar del dominio de la *res cogitans* (el pensamiento, nada menos), y que, además, esa metáfora era poco menos que inevitable para significar lo que él quería decir. Lo cual es especialmente relevante

para un filósofo que puso todo su empeño en distinguir perfectamente entre la *res cogitans* y la *res extensa*. Desde el punto de vista de su comprensión, estas metáforas universales serían universalmente comprendidas y su traducción sería relativamente fácil de llevar a cabo en cuanto que los mismos términos, que en dos lenguas dadas significarían literalmente un sentido o una función corporal, serían los que significarían metafóricamente algún aspecto de lo mental.

Las metáforas generales serían aquéllas que son compartidas por un amplio número de lenguas y culturas pero para las que siempre se puede documentar alguna excepción o algún contraejemplo porque el significado metafórico de términos, que en su uso literal tienen la misma referencia, no coincide en, al menos, dos lenguas dadas. Así, por ejemplo, la zoosemia –transferencia metafórica del dominio animal al dominio humano– y la plantosemia –transferencia metafórica del dominio vegetal al dominio humano– podrían ser consideradas también casos de metáforas universales en la medida en que pueden documentarse en todas las lenguas. Pero, en contraste con las metáforas estrictamente universales, las transferencias de significado que hacemos desde el dominio de la zoosemia y de la plantosemia al dominio humano las llevamos a cabo de modo distinto en según qué lengua y en según qué cultura. Un caso que puede ilustrar esta cuestión es el del sustantivo inglés *bird* y el sustantivo español *pájaro*. Lo mismo el sustantivo inglés que el sustantivo español designan literalmente al mismo tipo de animal, pero sus significados metafóricos son muy distintos. Así, *bird* significa metafóricamente “a maiden, a girl (...). In modern (revived) use: a girl, woman (often used familiarly or disparagingly)” (*OED*), mientras que el significado metafórico de *pájaro* es el de “hombre astuto y sagaz, que suele suscitar recelos”. Ello hace que, aunque *bird* puede ser traducido literalmente por *pájaro* –o por *ave*, en su caso– y viceversa, en función de los contextos, no puedan ser traducidos el uno por el otro cuando se usan metafóricamente.

Y otro caso similar a éste es el del adjetivo *negro/negra*, que normalmente implica metafóricamente algo negativo. No obstante, hay determinadas colocaciones en que *negro/negra* tiene un significado metafórico meliorativo. Así, la colocación *etiqueta negra* tiene la implicatura generalizada de ser algo óptimo, prediquemos esa colocación del güisqui, de un humano o de un coche, por ejemplo. Del mismo modo, la colocación española (*de*) *pata negra* tiene siempre un significado meliorativo, de modo que si decimos

[1] “Juan es (*de*) *pata negra*”,

estamos significando metafóricamente que Juan es una persona de fiar, honrada o un buen amigo, esto es, que es una excelente persona. La razón de ello estriba en que los españoles apreciamos muchísimo más el jamón procedente de los cerdos negros que el procedente de los cerdos blancos y, a partir de ahí, (*de*) *pata negra* ha adquirido la implicatura generalizada de ser algo óptimo, incluso referido a una

persona, caso éste último, en el que la calificación de *cerdo* sería siempre peyorativa. Pero es muy probable que esta implicatura generalizada que hacemos los españoles sea malinterpretada por los hablantes de otras lenguas y entiendan que la implicatura de *(de) pata negra* es peyorativa, al menos si no se les ha explicado su origen y su razón de ser y/o no tienen la suficiente información contextual.

Finalmente, en tercer lugar, las metáforas particulares serían aquellas que funcionan en una lengua concreta o en un determinado sociolecto o dialecto de una lengua, pero que no tienen equivalentes en las demás lenguas o en los demás sociolectos o dialectos de una lengua dada. Un caso paradigmático de esto puede ser el de la multitud de metáforas en español procedentes del dominio de la tauromaquia y que se emplean en otros muchos dominios. Consideremos, por ejemplo, el caso de *primer espada*. Un *primer espada* se dice literalmente de un torero muy destacado en su arte o, como lo define el *DRAE*, “entre toreros, el principal en esta clase”, lo cual es ya a su vez una metonimia lexicalizada originada en el hecho de que el torero utiliza una espada cuando da muerte al toro. Ahora bien, *primer espada* se usa metafóricamente para alabar a cualquier persona que sea destacada o relevante en su profesión u oficio, aunque el uso de la espada no sea ningún instrumento relevante en la profesión u oficio de que se trate o, como lo define el *DRAE*, “persona sobresaliente en alguna disciplina, arte o destreza”. Así, si decimos de un determinado cirujano que es *un primer espada*, estamos significando que el cirujano en cuestión es sumamente eficaz en su oficio y destaca sobremanera del resto de sus colegas, aunque quizás fuera más adecuado llamarlo *un primer bisturí*, dado que el bisturí es uno de los elementos más destacados en el ejercicio de la profesión de cirujano. Igualmente, el modismo *a toro pasado* tiene la implicatura generalizada de “después de haber perdido o dejado pasar la oportunidad”, y con esta implicatura generalizada podemos emplear –y de hecho empleamos– ese modismo para significar cualquier fenómeno de cuya causa, razón o explicación nos hemos percatado una vez que el fenómeno ha acontecido, pero de lo que no era tan fácil percatarse antes de que el fenómeno aconteciese. Así, si afirmamos

[2] “*A toro pasado*, es muy fácil decir que no era posible una victoria estadounidense en Vietnam”,

significamos algo así como

[3] “Una vez vistos los resultados, es muy fácil decir que no era posible una victoria estadounidense en Vietnam”.

Y parece obvio que estas metáforas y las implicaturas generalizadas que conllevan no tengan equivalentes exactos en muchas lenguas –si es que existe alguna en que los tengan– salvo que hayan sido tomadas como calcos de la lengua en que se han originado y en la que funcionan.

En resumen, la mayor o menor facilidad para traducir las metáforas dependerá de la

categoría a la que pertenezcan. Las metáforas universales serían universalmente traducibles en la medida en que se generan en creencias o estructuras físicas que compartimos todos los humanos. Por su parte, las metáforas generales también serían relativamente fáciles de traducir, aunque siempre es posible argüir alguna excepción o contraejemplo a esta regla general. Y finalmente, las metáforas particulares –precisamente porque se han originado en el contexto de una lengua y de una cultura particular y sólo funcionan en ese contexto– serían de imposible traducción literal, salvo en los casos de interferencias lingüísticas como puedan ser los de los préstamos o los calcos. Y, lo mismo que sucede entre dos lenguas dadas, sucede también entre dos dialectos o dos sociolectos de una misma lengua. La metáfora lexicalizada del inglés británico *churchyard* para significar eufemísticamente *cementerio* difícilmente funcionará en una cultura en la que no existan iglesias o en la que los cementerios tengan que estar alejados de los templos por razones de pureza ritual o por cualesquiera otras razones. Pero, sorprendentemente, tampoco funciona en inglés estadounidense porque los estadounidenses asocian básicamente el sustantivo *yard* con ámbitos lúdicos y no con los patios que suelen existir en los aledaños de las iglesias de Inglaterra y que se solían usar como cementerios. El resultado de ello es que el inglés británico entenderá inmediatamente que *churchyard* es un eufemismo de *cemetery* mientras que el inglés estadounidense será incapaz de captar de forma inmediata esta sustitución eufemística. Y de este caso concreto tengo experiencia personal. En cierta ocasión utilicé la palabra *churchyard* en una conferencia, en la Penn State University, para ilustrar justamente una cuestión relacionada con los eufemismos. Pues bien, ante la cara de extrañeza de mi auditorio, pregunté por la causa de tal extrañeza. Y entonces fue mía la extrañeza cuando mi pregunta fue contestada solamente por una de mis oyentes, quien me aclaró que nadie comprendía allí el ejemplo y que ella sabía que *churchyard* significaba eufemísticamente *cemetery* porque había vivido unos años en Inglaterra. Es más, incluso me confesó que a ella también le había llevado un tiempo comprender ese significado de *churchyard* cuando lo oyó por primera vez en Inglaterra.

### 5.3. Metáforas y falsos amigos

He señalado de vez en cuando que la metáfora es un mecanismo privilegiado para crear polisemias, esto es, para crear significados nuevos sin multiplicar los significantes. Y este fenómeno también es universal en todas las lenguas. Ahora bien, el hecho de que en dos lenguas dadas se hayan hecho transferencias metafóricas distintas a partir de un término que tiene una misma referencia literal en ambas lenguas está en el origen del fenómeno de los falsos amigos semánticos; fenómeno que, a su vez, está en el origen de muchos problemas de comunicación intercultural y de traducción. Por falsos amigos semánticos se entiende el hecho consistente en que dos términos de dos lenguas dadas tengan un mismo origen etimológico y una forma fonética y/o gráfica muy parecida, pero que, sin embargo, sus significados sean total o parcialmente diferentes. Y el carácter capcioso de los

falsos amigos radica justamente en que, dado que son términos fonética y/o gráficamente muy parecidos o exactamente iguales, que tienen un mismo origen y que, además, tienen un mismo significado en muchos contextos, los hablantes pueden no ser conscientes de que sus referencias sean total o parcialmente distintas; especialmente cuando sus significados pueden tener sentido en el contexto convencional o conversacional en que aparecen. Así, la aseveración inglesa

[4] “British *lecturers* do not deal with *fastidious topics*”,

sería malinterpretada si creemos que significa en español

[5] “Los *lectores* británicos no tratan de *tópicos fastidiosos*”,

aunque [5] puede tener sentido en español y a pesar de que todos los términos subrayados en [4] y en [5] tengan el mismo origen etimológico. Y ello porque ni *lecturer* significa *lector* sino *profesor*, ni *fastidious* significa *fastidioso* sino *exhaustivo* o *pormenorizado*, ni *topic* significa *tópico* sino *tema*, *materia* o *asunto*.

El que pares de términos en dos lenguas dadas hayan terminado por significar total o parcialmente cosas distintas y se hayan convertido en falsos amigos semánticos se explica justamente en función de las divergentes transferencias metafóricas que han tenido lugar en las lenguas de que se trate. Y, en este sentido, los casos paradigmáticos pueden ser de tres tipos:

- En cada una de las lenguas en cuestión se han producido transferencias metafóricas divergentes con respecto al significado original de un término.
- Una de ellas ha mantenido el significado original de un término mientras que la otra no lo ha mantenido y su significado, en un determinado momento, no es más que el que en otro momento del pasado fue su significado metafórico.
- En las dos lenguas en cuestión los significados literales de un par de términos son básicamente los mismos, pero una de ellas ha añadido un nuevo significado translítico mientras que la otra no lo ha hecho. Es más, una vez que el significado metafórico de un término se ha lexicalizado en una lengua, los hablantes de esa lengua pueden añadir nuevos significados metafóricos a ese término.
- En el caso de los préstamos suele ser frecuente el que en la lengua término se produzcan transferencias de significado que no acontecen en la lengua origen.

El par *topic/tópico* es un claro ejemplo del primer caso aludido. Ambos sustantivos

proceden de la palabra griega *tópos*, que significa *sitio* o *lugar*, significado que sigue apareciendo en las lenguas modernas en compuestos como *toponimia* o *topografía*. Ahora bien, lo mismo el sustantivo español *tópico* que el inglés *topic* derivan directamente de una alusión a los *Tópicos*, de Aristóteles, obra en la que se presentan los temas habituales que debe conocer cualquier estudiante y que en la Edad Media era utilizada a modo como utilizamos los libros de texto en la actualidad. A partir de aquí, y mediante una transferencia metafórica meliorativa, el sustantivo inglés *topic* ha pasado a ser sinónimo de *subject, matter* o *issue*; de modo que, de un profesor inglés del que se diga que está enseñando *fastidious topics*, es obvio que será considerado un excelente profesor. Por su parte, el sustantivo español *tópico*, y mediante una transferencia metafórica peyorativa, se ha convertido en sinónimo de *lugar común, cosa sabida* o *trivialidad*, con lo que, de un profesor de quien digamos en español que enseña *tópicos fastidiosos*, será considerado un pésimo profesor.

El otro caso, aquél en que un término ha mantenido su significado original en una lengua y lo ha cambiado metafóricamente en otra lengua distinta, se puede ilustrar con los casos del sustantivo español *baño* y el francés *bagne*. El sustantivo español *baño* deriva directamente del latín *balneum* y ha mantenido básicamente las mismas referencias que la palabra latina, esto es, el acto de bañarse y el lugar donde uno de baña. Pero en los siglos XVI y XVII, y debido al hecho de que los turcos solían guardar a sus cautivos en las casas de baño de Constantinopla, *baño* pasó a significar metonímicamente *prisión* o *mazmorra*, significado que es el que tiene ese término en la conocida obra, de Miguel de Cervantes, *Los baños de Argel*. Y con este significado, el sustantivo español *baño* pasó al francés como *bagne* (Cantera et alii, 1998: 37) con un éxito tal que se ha mantenido hasta la actualidad. Por el contrario, el significado metonímico de *baño* no ha cuajado en español, de modo que en la actualidad ese término no es entendido por casi ningún hablante español como sinónimo de *prisión* o *mazmorra* –excepción hecha, claro está, de quienes hayan aprendido ese significado en razón de sus estudios literarios o filológicos. El resultado de esto ha sido que *baño* y *bagne* se han convertido en falsos amigos semánticos y que, mientras que un español entenderá normalmente que

[6] “‘Los baños de Argel’ es una obra de Cervantes”,

significa

[6.1] “‘Las casas de baño de Argel’ es una obra de Cervantes”,

un hablante francés entenderá que

[7] “‘Les bagnes d’Alger’ est une oeuvre de Cervantès”

significa

[7.1] “‘Les prisons d’Alger’ est une oeuvre de Cervantès”.

Y hay más aún, desde el significado de primer orden de *bagne*, que hace que ese sustantivo francés sea sinónimo de *pénitencier*, *galères*, *enfer*, *préside*, o *travaux forcés*, *bagne* ha desarrollado toda una cadena de significados translaticios que, obviamente, no han podido desarrollar sus cognados en otras lenguas (catalán, *bany*; italiano, *bagno*, portugués, *banho*; o español, *baño*) en las que sigue significando básicamente “acción y efecto de bañar” o “sitio donde hay aguas para bañarse” y que sigue significando su cognado francés *bain*. Esta cadena es básicamente la siguiente: 1, *trabajos forzados*, por medio de una metonimia; 2, *trabajo o lugar donde se trabaja*, por medio de una segunda metonimia con cierto sabor humorístico y/o eufemístico; y 3, *castigo*, *infierno* o *cruz*, por medio de una tercera metonimia. El resultado de todo esto ha sido la multiplicación de falsos amigos semánticos entre el francés *bagne* y sus cognados en las otras lenguas románicas.

El tercer caso los podemos ilustrar recurriendo al peculiar significado que ha adquirido el adjetivo español *regular* (y sus derivados) y que no lo han adquirido sus cognados en otras lenguas europeas como es el caso del inglés *regular* y sus derivados. Los dos términos derivan del latín *regularis*, que significaba literalmente primero “de acuerdo con la vara de medir” y, posteriormente y mediante una metonimia, “de acuerdo con la regla moral, norma o ley”. Este significado de segundo orden de la palabra latina es el que sigue manteniendo el español *regular* en colocaciones como *clero regular*, que es “el que se liga con los tres votos de pobreza, obediencia y castidad” y que se opone al *clero secular*, que es “el que no hace dichos votos”. Ahora bien, *regular* se ha convertido en un adjetivo sumamente polisémico y muchos de sus significados son compartidos por las dos lenguas que estoy considerando. Así, en primer lugar, *regular* significa también *exacto* (Vg.: un reloj regular como opuesto a un reloj que adelanta o atrasa); en segundo lugar *regular* significa también *normal* (Vg.: un ejército regular como opuesto a un ejército guerrillero); y, en tercer lugar, *regular* significa también *periódico/periódica* (Vg.: un vuelo regular como opuesto a un vuelo chárter u ocasional). Hasta aquí el camino que ha seguido ese adjetivo en las dos lenguas que estoy considerando ha sido básicamente el mismo. Pero, llegados a este punto de su peripecia histórica, los caminos que ha seguido el adjetivo en cuestión en español lo han convertido en un falso amigo semántico parcial con respecto al inglés. En español *regular* ha desarrollado un significado eufemístico como “medianamente, no demasiado bien” y “de tamaño o condición media o inferior a ella” (*DRAE*), que lo hace sinónimo de *malo* o *grave* en muchos contextos. A resultas de esto, si *regular* califica nombres como *comida*, *gasolina* o *salud*, la implicatura normal que hacen los hablantes españoles será que esos objetos son malos o, al menos, no todo lo buenos como uno desearía que lo fuesen o sería de esperar que lo fuesen. De modo que, si un amigo nos aconseja

[8] “No vayas a ese restaurante, su comida es *regular*”,

la implicatura que haremos es que *regular* significa *malo* o *poco recomendable* en [8]. Del mismo modo, si, tras un reconocimiento, nuestro médico nos informa de que nuestra salud es *regular*, no tendremos la menor duda de que nos está diciendo eufemísticamente que nuestra salud es francamente mala y que deberíamos abandonar todos esos pequeños placeres de la vida que a los médicos les gusta tanto prohibir. Por su parte, el inglés –especialmente el inglés estadounidense– usa muy frecuentemente el adjetivo *regular* y sus derivados como sinónimo de *normal* y en contextos en que los españoles no lo usaríamos porque la implicatura habitual para nosotros en esos contextos sería un eufemismo de *francamente malo* o *muy deficiente*. Precisamente por ello a los hablantes españoles nos resulta sumamente chocante encontrar en las gasolineras estadounidenses una *regular gasoline* hasta que no caemos en la cuenta que a esa gasolina “regular” es a la que los británicos llaman *standard petrol*. La trampa a la que puede llevar a un hablante español el adjetivo inglés *regular* o el adverbio *regularly* no es sólo una cuestión que permita chistes más o menos fáciles, sino una cuestión que tiene que ver con nuestra forma de orientarnos en el mundo.

Finalmente, el caso de los préstamos presenta una característica particular que los hace sumamente interesantes. Esta característica consiste en que suelen desarrollar significados en la lengua término que no tienen en la lengua origen del préstamo. Así, el inglés, el francés y el alemán han tomado prestado del español el término *armada*, pero para significar lo que los españoles llamamos *Armada Invencible*. A partir de aquí el sustantivo alemán *Armada* se usa metafóricamente con un significado equivalente al del sustantivo español *ejército*, como en el siguiente texto:

“Mächtig hat sich die *Armada* der Demokraten aufgebaut und mit der ganzen Kraft ihrer Argumente die poröse Festung in Kiew bedrängt” (*Süddeutsche Zeitung*, 25 de noviembre de 2004. El subrayado es mío).

Pues bien, el diario *El País* tradujo el texto alemán como

“La *armada* de los demócratas se ha puesto en marcha y con toda la fuerza de sus argumentos ha puesto sitio a la porosa ciudadela de Kiev” (*El País*, 28 de noviembre de 2004, p. 14. El subrayado es mío).

Pero es obvio que el texto resulta chocante en español y la metáfora difícilmente comprensible por cuanto que, en español, *armada* significaría “conjunto de fuerzas navales de un Estado” (*Kriegsmarine*, en alemán) o “escuadra” (*DRAE*), pero no *Armada Invencible*. El resultado de esto es que, lo mismo el alemán *Armada* que el español *armada*, se han convertido en falsos amigos semánticos, sean que se usen



literal o metafóricamente.

#### 5.4. Modismos y refranes

No quiero terminar este capítulo sin referirme, aunque sea brevemente, al hecho de que ejemplos como *(de) pata negra* o *una comida regular* adquieren sus significados translaticios y sus implicaturas generalizadas porque son casos de colocaciones, esto es, de un tipo de unidades fraseológicas. Por “unidades fraseológicas” se entiende el hecho de que un determinado grupo de palabras tenga un significado translaticio convencionalizado que se suele disparar con preferencia a su significado literal (Naciscione, 2001). Y las unidades fraseológicas pueden ser de cuatro tipos: colocaciones, modismos, refranes y aforismos.

Aunque se puedan establecer ciertos matices para diferenciar una colocación de un modismo, que harían que *(de) pata negra* fuese un caso típico de modismo y *una comida regular* un caso típico de colocación, en principio –y por lo que afecta al contenido de este trabajo– entenderé que una colocación o un *modismo* consisten en un sintagma nominal o verbal que, en una lengua dada, tiene un significado translaticio comúnmente aceptado o, como define el *DRAE* al término modismo, “expresión fija, privativa de una lengua, cuyo significado no se deduce de las palabras que la forman”. Y este significado translaticio es el primero que se dispara cuando el modismo o la colocación son usados, aunque siempre quepa la posibilidad de que los hablantes los usen de acuerdo con su significado literal y con su significado translaticio a la vez. Así, por ejemplo, el sintagma nominal español *gasolina regular* será normalmente entendido como *gasolina mala* y no como *gasolina normal*. Del mismo modo, el modismo inglés *a regular guy* será entendido en inglés estadounidense como *un tipo majo* y no como *un tipo normal*, aunque en inglés británico sea este último su significado habitual. Por ello C. K. Chesterton confesaba que quedó sumamente contrariado cuando una periodista estadounidense lo llamó *a regular guy*:

Interviewé par une journaliste lors d'un voyage en Amérique, C. K. CHESTERTON (*What I saw in America*, p. 50) apprit par un ami que celle-ci s'était félicitée d'avoir trouvé en lui 'A REGULAR GUY'. Elle entendait ainsi complimenter un écrivain qui eût certes préféré se voir qualifier de 'gentleman', cet idéal de la civilisation anglaise. (Koessler y Derocquigny, 1975: 45. Los subrayados y las mayúsculas son del original).

Para efectos de la comunicación intercultural y de la traducción, los modismos y las colocaciones, en la medida en que rara vez un determinado modismo o una determinada colocación funcionan en dos lenguas, también plantean serios problemas. Por ello, un modismo de la lengua origen deberá ser traducido a la lengua término por una perífrasis o por otro modismo que, teniendo un significado

translaticio igual o similar al que tiene el modismo de la lengua origen, no tenga el mismo significado literal. Así, por ejemplo, el modismo eufemístico/disfemístico español *dar un/el braguetazo* sería asignificativo en inglés si lo traducimos literalmente por *to give a/the big fly blow*. Por ello, este modismo español sólo tendría sentido en inglés si lo traducimos por perífrasis como *to marry a rich woman* o *to marry a rich man*, según los casos.

Por su parte un refrán o un aforismo son sentencias que tienen también un significado translaticio que funciona como una implicatura generalizada en una lengua dada, implicatura que suele expresar una verdad, una creencia o una opinión que los hablantes dan por sentada. Aunque las diferencias entre un refrán y un aforismo tampoco se pueden delimitar de forma clara, no obstante, se suele reservar el término *refrán* para aquellas sentencias que son generalmente compartidas en una lengua dada y para las que los hablantes han olvidado sus orígenes: “dicho agudo y sentencioso de uso común” (*DRAE*). Por su parte, el término *aforismo* se aplica a sentencias similares a los refranes, que normalmente son usadas por hablantes de un cierto nivel cultural y de las cuales se suele conocer su autoría: “sentencia breve y doctrinal que se propone como regla en alguna ciencia o arte” (*DRAE*).

De acuerdo con esta distinción, la sentencia portuguesa

[9] “De Espanha, nem bom vento nem bom casamento”

expresaría una verdad, opinión o creencia para los portugueses –que obviamente no compartimos los españoles– cuya implicatura generalizada sería que nada bueno puede proceder de España, aunque ya no es necesario que se trate literalmente del viento o del casamiento, sino de cualquier otra cosa procedente de España, sea una moda, una idea política o una transferencia bancaria. Aunque un caso como [9] es perfectamente traducible al español palabra por palabra y probablemente tenga una implicatura generalizada similar, su traducción palabra por palabra difícilmente funcionaría en español por cuanto que, obviamente, los españoles no van a estar de acuerdo con que algo malo pueda salir de España. Por ello, un traductor al español, que quiera mantener la misma implicatura que tiene [9] para los portugueses, deberá buscar un refrán de la lengua término que tenga una implicatura análoga a la que tiene [9], refrán que podría ser

[10] “De Antequera, ni mujer ni montera, y, si algo ha de ser, mejor montera que mujer”.

Un aforismo, por su parte, sería un tipo de sentencia similar al refrán –y con una implicatura también similar– pero que suele ser usada por un tipo de hablante al que se le supone un nivel cultural superior al del hablante medio y cuya autoría suele ser de un personaje inidentificable históricamente. Y, si la traducción de un aforismo se antoja más fácil que la de un refrán, eso ocurre en la medida en que los hablantes de las dos lenguas que intervienen en el proceso de traducción, comparten una misma

tradición cultural y se han formado en un marco de referencia común. Así, la sentencia

[11] “Timeo Danaos et dona ferentes”,

es usada por personas versadas en las lenguas clásicas y sabemos que fue escrita por Virgilio en *La Eneida* para significar que los griegos no eran de fiar ni tan siquiera cuando llevaban regalos, como aconteció con el Caballo de Troya, al que aludía precisamente Virgilio cuando escribió [11]. Ahora bien, una vez generalizado el uso de [11] entre los hablantes, esa sentencia se puede usar para hacer patente nuestra desconfianza ante cualquier persona (u objeto, en su caso) aunque la persona no sea literalmente un griego y tampoco traiga literalmente ningún regalo. Y [11] puede ser traducida a cualquier lengua europea y su implicatura generalizada entendida correctamente en la medida en que todas ellas participan de la misma tradición cultural compartida, pero probablemente sea asignificativa para los hablantes de otras lenguas en las que el relato de la guerra de Troya sea desconocido. Y ello porque esta implicatura generalizada no es obvia de ninguna manera para quienes no compartan los saberes o creencias heredados de una determinada tradición cultural como es, en este caso, la tradición clásica greco-latina. Cuando se pierde de la conciencia de los hablantes el origen de un aforismo, éste se convierte en un refrán y funciona como tal. En cualquier caso, se trate de refranes o de aforismos, lo relevante es que su significado translaticio y su implicatura generalizada son los primeros en dispararse aunque siempre sea posible hacer una interpretación literal y otra translaticia de ellos y conseguir una doble lectura.

En resumen, las metáforas se pueden clasificar en tres tipos básicos en función de su mayor o menor grado de universalidad. Los falsos amigos semánticos tienen su origen en los cambios de significado que un término ha tenido en una lengua dada y que no coinciden con los que el mismo término ha podido tener en otra lengua, lo cual plantea serios problemas para la traducción. Por su parte, en las colocaciones, modismos, refranes y aforismos, es su significado translaticio el que se dispara con preferencia al significado literal. Y el resultado de esto es que, al igual que los falsos amigos son un problema para la traducción y para la comunicación intercultural, las colocaciones, modismos, refranes y aforismos también lo son en la medida en que sus traducciones literales pueden ser malentendidas o no entendidas en absoluto porque sus implicaturas no funcionen en la lengua término o sólo funcionen en muy contadas ocasiones.



© Pedro J. Chamizo Domínguez. *La metáfora (semántica y pragmática)*.  
Primera edición en español, 2005. Versión autorizada por el autor para  
Proyecto Ensayo Hispánico y preparada por José Luis Gómez-Martínez. Se  
publica únicamente con fines educativos. Cualquier reproducción destinada a  
otros fines deberá obtener los permisos correspondientes. Enero de 2005.

## PROYECTO ENSAYO HISPÁNICO

[Home / Inicio](#) | [Repertorio](#) | [Antología](#) | [Crítica](#) | [Cursos](#)



# Teoría, Crítica e Historia

**Pedro J. Chamizo Domínguez**

## **La metáfora (semántica y pragmática)**

### **CONCLUSIONES**

Aunque muchas de las ideas expuestas en este trabajo serían matizables y muchas de ellas han sido matizadas de hecho por los autores que las han expuesto, creo que las principales conclusiones a las que se puede llegar de acuerdo con el estado actual de los estudios sobre la metáfora podrían ser las siguientes:

- La metáfora es un mecanismo lingüístico que consiste en usar un término que literalmente significa un objeto, accidente o acción para significar un objeto, accidente o acción diferentes.
- Este mecanismo lingüístico tiene relevantes efectos estilísticos, estéticos y cognitivos.
- Los demás tropos serían clases particulares de metáfora, aunque algunos de ellos –especialmente el eufemismo– llevan a cabo funciones sociales sin las que la convivencia en sociedad sería difícilmente imaginable.
- La metáfora no se da en un término aisladamente considerado, sino en la medida en que ese término esté enmarcado en una preferencia.
- El significado exacto de una preferencia metafórica sólo es posible alcanzarlo mediante una adecuada estrategia pragmática.

- Una metáfora se crea allí donde existe un cierto grado de intimidad entre el hablante y el oyente, a la vez que sirve para reforzar la intimidad de los hablantes.
- El uso de una determinada metáfora sirve para identificar la pertenencia de un hablante dado a un grupo social, profesional o académico. Esto es, cada sociolecto puede ser caracterizado por las metáforas que usa, de modo que, muchas veces, los significados metafóricos para un término cuyo significado literal es compartido difieren grandemente de un sociolecto a otro.
- Una vez creada, una metáfora pasa por tres estadios distintos: metáfora novedosa, metáfora semilexicalizada y metáfora lexicalizada o muerta. El éxito de una metáfora consiste precisamente en lexicalizarse y dejar de ser entendida como tal metáfora.
- La metáfora es un mecanismo privilegiado para crear polisemias en una lengua, esto es, para multiplicar los significados sin multiplicar los significantes.
- Los valores de verdad pueden adjudicarse a las aseveraciones metafóricas de un modo análogo a como los adjudicamos a las aseveraciones literales. Las tres teorías clásicas sobre la verdad –la teoría de la verdad como adecuación/correspondencia, la teoría de la verdad como coherencia y la teoría de la verdad como desvelamiento/descubrimiento– son aplicables a las aseveraciones metafóricas en función del estadio en que se encuentre una metáfora.
- La metáfora es un universal lingüístico, aunque no todas las metáforas sean universales. En función de su mayor o menor grado de universalidad, las metáforas serían clasificables en metáforas universales, metáforas generales y metáforas particulares.
- Precisamente en función de que no todas las metáforas son compartidas por todas las lenguas, el que se dé una metáfora en una lengua determinada y no en otra lengua cualquiera puede plantear, y de hecho plantea, graves problemas para la comunicación intercultural y para la traducción.



© Pedro J. Chamizo Domínguez. *La metáfora (semántica y pragmática)*.  
Primera edición en español, 2005. Versión autorizada por el autor para  
Proyecto Ensayo Hispánico y preparada por José Luis Gómez-Martínez. Se  
publica únicamente con fines educativos. Cualquier reproducción destinada a  
otros fines deberá obtener los permisos correspondientes. Enero de 2005.

## PROYECTO ENSAYO HISPÁNICO

[Home / Inicio](#) | [Repertorio](#) | [Antología](#) | [Crítica](#) | [Cursos](#)



# Teoría, Crítica e Historia

**Pedro J. Chamizo Domínguez**

## **La metáfora (semántica y pragmática)**

### **BIBLIOGRAFÍA**

- Allan Keith. 2001. *Natural Language Semantics*. Oxford-Malden: Blackwell.
- Allan Keith y Kate Burridge. 1991. *Euphemism and Dysphemism, Language Used as Shield and Weapon*. Oxford-Nueva York: Oxford University Press.
- Alston, William P. 1989. *Divine Nature and Human Language*. Ithaca: Cornell University Press.
- Aristóteles. 1974. *Poética*. Traducción española de Valentín García Yebra. Madrid: Gredos.
- Arnauld, Antoine, y Pierre Nicole. 1981. *La logique ou l'art de penser*. Ed. de Pierre Claire & François Girbal. Paris: J. Vrin.
- Bobes Naves, María del Carmen. 2004. *La metáfora*. Madrid: Gredos.
- Bustos Guadaño, Eduardo de. 2000. *La metáfora. Ensayos interdisciplinares*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Cantera Ortiz de Urbina et alii. 1998. *Diccionario francés-español de falsos amigos*. Alicante: Universidad de Alicante.
- Black, Max. 1979. "More about Metaphor", en Ortony, Andrew (ed.), *Metaphor and Thought*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 19-43



[1977].

- Black, Max. 1981. "Metaphor", en Johnson, Mark (ed.), *Philosophical Perspectives on Metaphor*. Minneapolis: The University of Minnesota Press, pp. 63-82 [1955].
- Casares, Julio. 1979. *Diccionario ideológico de la lengua española*. Barcelona: Gustavo Gili, 2ª.
- Chamizo Domínguez, Pedro J. 1998. *Metáfora y conocimiento*. Málaga: Anexos de "Analecta Malacitana", Vol. 16.
- Chamizo Domínguez, Pedro J. 1999. "Dealing with ambiguity when translating polysemic words". *Turjumàn*, 8 (2), pp. 27-43.
- Chamizo Domínguez, Pedro J. 2003. "La función social y cognitiva del eufemismo y del disfemismo". *Panacea*, Vol. V, Núm. 15, pp. 45-51.
- Chamizo Domínguez, Pedro J., y Brigitte Nerlich. 2002. "False Friends: their origin and semantics in some selected languages". *Journal of Pragmatics*, 34, pp. 1833-1849.
- Chamizo Domínguez, Pedro J., y Brigitte Nerlich. En prensa. "Metaphor and truth in rationalism and romanticism", en Burkhardt, A., (ed.), *Tropical Truth*. Amsterdam: J. Benjamins.
- Cohen, Ted. 1979. "Metaphor and the Cultivation of Intimacy", en Sheldon Sacks (ed.), *On Metaphor*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Cooper, David. 1986. *Metaphor*. Oxford: Blackwell.
- Davidson, Donald. 1984. *Inquiries into Truth and Interpretation*. Oxford: Clarendon Press.
- Descartes, René. 1973. *Discours de la méthode*, en *Œuvres*. Ed. de Ch. Adam & P. Tannery. Paris: C.N.R.S.-J. Vrin [1637].
- Grice, Henry Paul. 1989. "Logic and Conversation", en *Studies in the Way of Words*. Cambridge (Mass.): Harvard University Press.
- Hobbes, Thomas 1996. *Leviathan*. Ed. de Richard Tuck. Cambridge: Cambridge University Press [1651].
- Johnson, Mark. 1985. "Introduction", en Mark Johnson (ed.), *Philosophical Perspectives on Metaphor*. Minneapolis: The University of Minnesota Press, pp. 3-47.

- Knudsen, Susanne. 2003. "Scientific metaphors going public", en *Journal of Pragmatics*. 35, pp. 1247-1263.
- Koessler, Maxime y Jacques Derocquigny. 1975. *Les faux amis des vocabulaires anglais et américain*. Avec un avant-propos de M. Louis Cazamian et une lettre de M. Émile Borel. París: Vuibert.
- Küng, Hans. 1979. *¿Existe Dios?* Traducción española de J. M<sup>a</sup>. Bravo. Madrid: Cristiandad.
- Lakoff, George y Mark Johnson. 1980. *Metaphors we live by*. Chicago: Chicago University Press.
- Lakoff, George y Mark Johnson. 1986. *Metáforas de la vida cotidiana*. Introducción de J. A. Millán y S. Narotzky; traducción española de C. González Martín. Madrid: Cátedra.
- Lázaro Carreter, Fernando. 1997. *El dardo en la palabra*. Madrid: Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg.
- Le Guern, Michel. 1975. *La métaphore et la métonymie*. París: Larousse.
- Leibniz, Gottfried Wilhelm 1966. *Nouveaux essais sur l'entendement humain*. Ed. de Jacques Brunschvig. Paris: Garnier-Flammarion [1765].
- Locke, John 1979. *An Essay Concerning Human Understanding*. Ed. P. H. Nidditch. Oxford: Oxford University Press [1706, 5<sup>a</sup>].
- Mitchell, Ben. 2001. "The corrosive power of euphemisms". *The Washington Times*, sábado, 15 de julio del 2001.
- Musolff, Andreas. "Metaphor as 'Deception': Hobbes and political metaphor", en <http://www.dur.ac.uk/modern.languages/depts/german/Musolff/Metaphor.pdf>
- Naciscione, Anita. 2001. *Phraseological Units in Discourse: Towards applied stylistics*. Riga: Latvian Academy of Culture
- Nerlich, Brigitte y Pedro J. Chamizo Domínguez. 2003. "The use of 'literally'. Vice or virtue?". *Annual Review of Cognitive Linguistics*, 1, pp. 193-206.
- Ortega y Gasset, José. 1924. "Ensayo de estética a manera de prólogo", en *Obras Completas*. Vol. II. Madrid: Alianza-Revista de Occidente, 1983, pp. 387-400 [1924].

- Ortega y Gasset, José. 1914. "Las dos grandes metáforas", en *Obras Completas*. Vol. VI. Madrid: Alianza-Revista de Occidente, 1983, pp. 247-263 [1914].
- Pfaff, Kerry L., et alii. 1997. "Metaphor in using and understanding euphemism and dysphemism". *Applied Psycholinguistics*, 18, pp. 59-83.
- Ricoeur, Paul. 1975. *La métaphore vive*. París: Du Seuil.
- Rojas, Fernando de. 1969. *La Celestina. Tragicomedia de Calisto y Melibea*. Ed. de S. Severin. Madrid: Alianza.
- Rousseau, Jean-Jacques. 1995. *Essai sur l'origine des langues où il est parlé de la mélodie et de l'imitation musicale*, en *Œuvres Complètes*. Vol. V. Ed. de Bernard Gagnebin, Marcel Raymond et alii. Paris: Gallimard [1781].
- Sagarin, Edward. 1968. *The Anatomy of Dirty Words*. Nueva York: Lyle Stuart.
- Searle, John. 1986. *Expression and Meaning. Studies in the Theory of Speech Acts*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Schäffner, Christina. 2004. "Metaphor and translation: some implications of a cognitive approach", en *Journal of Pragmatics*. 36, pp. 1253-1269.
- Tirrell, Lynne. 1991. "Reductive and nonreductive simile theories of metaphor", en *The Journal of Philosophy*. 88, pp. 337-358.



© Pedro J. Chamizo Domínguez. *La metáfora (semántica y pragmática)*.  
Primera edición en español, 2005. Versión autorizada por el autor para  
Proyecto Ensayo Hispánico y preparada por José Luis Gómez-Martínez. Se  
publica únicamente con fines educativos. Cualquier reproducción destinada a  
otros fines deberá obtener los permisos correspondientes. Enero de 2005.

## PROYECTO ENSAYO HISPÁNICO

[Home / Inicio](#) | [Repertorio](#) | [Antología](#) | [Crítica](#) | [Cursos](#)

## ■ Metáfora, ciencia y medios de comunicación

Los siguientes trabajos se presentaron en el simposio dirigido por Brigitte Nerlich durante el congreso *Mind, language and metaphor: Euroconferencia on consciousness and the imagination*, que se celebró en Kerkrade (Países Bajos) del 20 al 24 de abril del 2002, presidido por Zazie Todd (Universidad de Leeds, Reino Unido) y patrocinado por la European Science Foundation. La versión inglesa de los textos aparecerá publicada en el *International Journal of Communication*. Las aportaciones de Brigitte Nerlich, Ina Hellsten, Rafael Rocamora Abellán y Magdalena Zawislawska han sido traducidas del inglés por Irene Medina Fernández (traductora independiente). El texto de Pedro José Chamizo Domínguez se ha reescrito y ampliado notablemente para esta edición castellana.

### Introducción y preguntas a los participantes

Brigitte Nerlich\*

Mediante nuestra investigación sobre las representaciones de la clonación, los alimentos modificados genéticamente, los bebés de diseño y la fiebre aftosa en los medios de comunicación,<sup>1-5</sup> mis colegas y yo queremos estudiar, por vías nuevas e imaginativas, cómo el lenguaje, el conocimiento, la ciencia, la cultura y la imaginación popular interactúan en la esfera social.

Mi tesis básica es la siguiente: al contrario de lo que se pueda pensar, la cultura popular no va a la zaga de la ciencia y la refleja, sino que la guía y se anticipa a ella. La cultura popular habla de cohetes espaciales antes de que existan tales cohetes, y de clones antes de que existan clones. De modo que cuando la ciencia los hace realidad, ya se había formado su imagen, para bien o para mal. A menudo, antes de que los científicos hagan cualquier cosa y de que los periodistas informen sobre logros científicos, existe ya una percepción pública preelaborada sobre lo buenos o lo malos que van a ser, derivada de esta precognición social, literaria y cultural.

También afirmo que la comprensión pública de la ciencia es, por lo menos en parte, una lucha por las metáforas. La cuestión es: ¿qué metáforas prevalecerán?, ¿las extraídas de la ciencia ficción o las derivadas de la prosaica práctica de la investigación contemporánea?

Esto puede ilustrarse con ejemplos extraídos de la controversia sobre la clonación, los alimentos modificados genéticamente y la fiebre aftosa.

Los científicos y los periodistas que han intentado presentar la clonación de forma positiva se han visto atrapados, en ocasiones, en trampas semánticas. Cuando Ian Wilmut dijo, por ejemplo, que los clones son «copias», estaba diciendo algo que era literalmente cierto para él. Utilizaba un término neutro desde el punto de vista científico. Sin embargo, para su audiencia, acostumbrada a los noticiarios y a las

historias de ciencia ficción en las que se representaba a los clones como duplicados, fotocopias, facsímiles o réplicas instantáneos de humanos adultos, el término «copia» tenía connotaciones diferentes y más siniestras, que los medios de comunicación explotaron ampliamente.

De modo similar, se ha visto que científicos que debaten sobre los alimentos modificados genéticamente con quienes hacen campaña contra los mismos se refieren a la presencia de semillas modificadas y no modificadas genéticamente en una misma partida con el término «contaminada» (Geoff Watts, periodista científico: comunicación personal). Parecen no darse cuenta de que una palabra como *contaminada* tiene connotaciones muy negativas, perjudiciales para sus argumentos, y de que podría dar lugar a una información bastante contraproducente sobre sus afirmaciones. El suelo industrial está contaminado por metales pesados, y Chernobyl está contaminado por la radiación.

Un último ejemplo procede de la polémica sobre la fiebre aftosa que hizo estragos en el Reino Unido (¡tanto la polémica como la enfermedad!) en el 2001. Lo mismo los políticos que los medios de comunicación enmarcaron al principio el tratamiento de este brote en términos de guerra, batalla y lucha. Este marco bélico podría haber sido útil inicialmente para concitar apoyos en favor de una política de sacrificio del ganado. Pero, la metáfora se volvió más tarde en su contra, cuando la guerra metafórica se convirtió en un holocausto literal, y sobradamente documentado. En todos los noticiarios se podían ver imágenes de piras ardiendo. Ello pudo incitar a la gente a considerar a esta política medieval, brutal y desorientada, y puede minar la disposición de algunos sectores a apoyar la política de sacrificios en futuros brotes. Por otra parte, si en el futuro se decide adoptar una política de vacunación,

\* Instituto de Estudios sobre Genética, Biorriesgos y Sociedad, Universidad de Nottingham (Reino Unido). Dirección para correspondencia: [Brigitte.Nerlich@nottingham.ac.uk](mailto:Brigitte.Nerlich@nottingham.ac.uk).

Brigitte Nerlich utiliza la lingüística cognitiva, la sociología y la historia de la ciencia para analizar la forma en que se presentan en los medios la clonación, la genómica, etc., y los efectos que ello tiene en la opinión pública y en las normativas. Su investigación en el mencionado instituto está patrocinada por el Leverhulme Trust.

habrá que ir con cuidado para evitar una conexión metafórica con controversias sobre la vacunación en otros ámbitos.

En los tres casos (clonación, alimentos modificados genéticamente, fiebre aftosa) los científicos y los responsables políticos, más incluso que los periodistas, parecen haber sido bastante inconscientes del poder del lenguaje que utilizan y de las trampas semánticas en las que pueden caer. Todavía no se dan suficiente cuenta de cómo el uso del lenguaje puede influir en el debate sobre ciencia y políticas públicas.

### Preguntas de la presidencia

- ¿Qué papel desempeña la metáfora en los medios de comunicación?
- ¿Qué papel desempeñan las metáforas en la comunicación entre la ciencia y los medios?
- ¿Qué papel desempeñan las metáforas en la comunicación entre los discursos científico y científico-social?
- ¿Qué papel desempeña la metáfora en la ciencia?
- ¿Las metáforas favorecen o dificultan la comprensión de la ciencia por el público no especializado?
- ¿Hay en las biociencias más metáforas que las que captan los legos?
- ¿Cuál es la diferencia entre lenguaje científico, lenguaje ordinario y jerga?

- ¿Cómo se crean los términos científicos?
- ¿Qué sucede cuando se toman del lenguaje ordinario y vuelven a introducirse en él?
- ¿Qué papel desempeña la metáfora en la propaganda y la mercadotecnia?

### Bibliografía

1. Nerlich B, Clarke DD, Dingwall R. The influence of popular cultural imagery on public attitudes towards cloning. *Sociological Research Online* 1999; 4 (3); <<http://www.socresonline.org.uk/socresonline/4/3/Nerlich.html>>.
2. Nerlich B, Clarke DD, Dingwall R. Clones and crops: The use of stock characters and word play in two debates about bioengineering. *Metaphor and Symbol* 2000; 15: 223-240.
3. Nerlich B, Clarke DD, Dingwall R. Fictions, fantasies, and fears: The literary foundations of the cloning debate. *Journal of Literary Semantics* 2001; 30: 37-52.
4. Nerlich B, Dingwall R, Clarke DD. The book of life: How the human genome project was revealed to the public. *Health: An Interdisciplinary Journal for the Social Study of Health, Illness and Medicine* 2002; 6: 445-469.
5. Nerlich B, Hamilton C, Rowe V. Conceptualising foot and mouth disease: The socio-cultural role of metaphors, frames and narratives. En *Metaphorik.de* 2002: <<http://www.metaphorik.de/02/nerlich.htm>>.

## Catorce tesis sobre el lenguaje de la ciencia

Pedro J. Chamizo Domínguez\*

1. En contra de las conocidas tesis del Círculo de Viena, mantendré aquí que el lenguaje de la ciencia no está hecho de un barro diferente al de cualquier otro lenguaje.

2. No hay una cosa tal como el «lenguaje científico/técnico». Entre otras cosas, lo que se llama «lenguaje científico/técnico» depende de las diferentes tradiciones científicas, de los diferentes lenguajes ordinarios, de las diferentes culturas, etc. De hecho, nos podemos referir al mismo objeto mediante un término muy cercano al lenguaje ordinario en una lengua natural dada o mediante un término muy «técnico» en otra lengua natural dada. Así, por ejemplo, los términos españoles *fiebre aftosa* o *glosopeda* se nos antojan muy técnicos y especializados,<sup>1</sup> de modo que sus significados deben ser explicados a los legos en veterinaria;<sup>2</sup> por el contrario, su equivalente inglés, *foot and mouth disease*, y en un menor grado el alemán *Maul und Klauen Seuche* (donde *Klaue* indica ‘animal’ o ‘no humano’) están muy cercanos al lenguaje ordinario y son intuitivamente entendidos por los legos en veterinaria.<sup>2</sup> Por ello, cuando en 2001 se declaró la fiebre aftosa en Gran Bretaña produjo un pánico generalizado, ya que la gente pensó que podría infectarse con esa enfermedad [1].

3. El llamado «lenguaje de la ciencia» no es una clase especial de lenguaje. De hecho no es más que una jerga, que podríamos llamar «jerga científica», y que se debe estudiar de un modo similar a como se estudian las demás jergas: la jerga religiosa (V. g.: *economía de la salvación* para ‘el plan de Dios para la salvación del género humano’), la jerga filosófica (V. g.: *solipsismo* para «*Fil.* Forma radical de subjetivismo según la cual solo existe o solo puede ser conocido el propio yo» [DRAE])<sup>3</sup> o la jerga de los bajos fondos (*caballo* para ‘heroína’).<sup>4</sup>

4. Desde un punto de vista semántico, al igual que en cualquier otra actividad humana, la ciencia acuña sus términos recurriendo al lenguaje ordinario. Una vez que estos términos procedentes del lenguaje ordinario se lexicalizan y adquieren un «significado técnico», se convierten en términos técnicos y las más de las veces no son comprendidos por los hablantes normales en la medida en que estos hablantes normales no han sido entrenados en la jerga concreta de que se trate. Esto suele conllevar el que los miembros de una comunidad científica, que usa una jerga particular, se consideren a sí mismos como miembros del grupo en la medida en que

\* Departamento de Filosofía, Universidad de Málaga (España). Dirección para correspondencia: [pjchamizo@uma.es](mailto:pjchamizo@uma.es).

Pedro Chamizo trabaja en el estudio de la metáfora, el eufemismo, los falsos amigos y la ambigüedad, así como los problemas lingüísticos en la ciencia.

comparten un mismo lenguaje. Por el contrario, las personas que no comparten ese lenguaje son consideradas como no pertenecientes al grupo [5]. Dicho de otro modo, el dominio de una determinada jerga colegial es el signo de pertenencia al grupo.

5. Desde el punto de vista sintáctico se suele decir, por ejemplo, que una de las características del lenguaje científico es la longitud de sus frases. Y sin embargo, tampoco en esto el lenguaje científico se diferencia con respecto a cualquier otro lenguaje. De hecho la longitud media de las frases en los textos legales ingleses es de 55 palabras, lo cual es justo el doble de la longitud media de las frases usadas en el lenguaje científico inglés [6].

6. Muchas veces, cuando un término tomado del lenguaje ordinario se convierte en un término técnico en cualquier ciencia (y viceversa), se convierte en una palabra polisémica, que tiene un significado en el lenguaje común y otro en el lenguaje técnico. Por ejemplo, la palabra *caucásico/a* se usa como un eufemismo de *blanco/a* cuando se quiere ser políticamente correcto, a la vez que mantiene su significado literal de ‘nativo/habitante del Cáucaso’;<sup>5</sup> y *lesbiana* es el eufemismo habitual para el disfemismo ‘tortillera’, aunque literalmente signifique ‘mujer nacida o habitante de la isla de Lesbos’. Ahora bien, ¿es «una lesbiana» cualquier mujer nacida en la isla de Lesbos? En mi opinión, estos presuntos términos técnicos o científicos han debido ser acuñados no porque el lenguaje ordinario sea especialmente oscuro o ambiguo, sino en la medida en que funcionan como eufemismos. De hecho, *lesbiana* puede ser tan ambiguo o polisémico como lo es ‘tortillera’. Es más, si de lo que se trata es de ser políticamente correctos, a mí me gustaría saber la opinión de las mujeres de la isla de Lesbos sobre el uso eufemístico de la palabra *lesbiana*; probablemente, maldita sea la gracia que les hará.

7. Al igual que acontece con los términos del lenguaje ordinario, cuando dos términos técnicos o científicos tienen un origen común, pero adquieren diferentes significados en dos o más lenguas naturales dadas, se convierten en falsos amigos [7]. Así, por ejemplo, el inglés *archaeological site* no puede ser traducido al español como *sitio arqueológico*, sino como *yacimiento arqueológico*. Del mismo modo, *glandular fever* no debe ser traducido como *fiebre glandular*, sino como *fiebre ganglionar* o *mononucleosis infecciosa* [8].

8. La diferencia entre el lenguaje científico y otras jergas no es una cuestión lingüística, sino una cuestión de prestigio o condición social. Si *colorín* es un término del lenguaje ordinario y *sarampión* un término de la jerga técnica de los médicos, es sólo porque los médicos prefieren usar el segundo en lugar del primero, pero no porque el primero sea ambiguo o poco claro. Igualmente, ¿son *mierda* y *sudor* más ambiguos u oscuros que *heces* y *transpiración*, respectivamente? De hecho, un exceso de jerga pseudocientífica no hace más que oscurecer lo que se quiere decir. Así, una clínica radiológica de Málaga, cuando pide a los pacientes que rellenen un cuestionario para realizarles una resonancia magnética, les hace algunas preguntas que brillan precisamente por su oscuridad. Entre ellas quiero destacar: «¿Tiene piezas dentales fijas o extraíbles?». A lo cual el paciente debe contestar «sí» o «no»,

cosa que, dadas las circunstancias, no parece que sea un caso paradigmático de claridad.

9. Los medios para acuñar términos científicos suelen ser los mismos que los usados en cualquier otra jerga: metáfora (V. g.: *revolución científica*, por ‘cambio de paradigma’, en filosofía de la ciencia); eufemismo (*intoxicación etílica*, por ‘borrachera’, en medicina); metonimia (V. g.: *priapismo*, por ‘erección continua y dolorosa del miembro viril, sin apetito venéreo’ [DRAE], en fisiología); cultismo (V. g.: español *tautología*, francés *tautologie* e inglés *tautology*, por *verdad de Perogrullo/Pero Grullo* o *perogrullada*, *vérité de La Palice* y *stating the bleeding/blindingly*, en español, francés e inglés, respectivamente, en lingüística); préstamos (V. g.: *coito* por ‘polvo’, o *ingesta* por ‘conjunto de sustancias que se ingieren’ [DRAE], en biología y medicina); etc.<sup>6</sup> Normalmente se suele argumentar que la introducción de estos términos «técnicos» en alguna ciencia concreta está motivada por un intento de evitar la polisemia y la ambigüedad del lenguaje ordinario. Pero muchas veces el efecto que se consigue es justamente el que se quería evitar. Así, por ejemplo, cuando un médico informa a su paciente de que ha tenido *una pérdida/ganancia ponderal* en lugar de decirle llanamente que ha adelgazado o que ha engordado, probablemente lo único que consiga es que el paciente no se entere de qué es exactamente lo que le pasa.

10. Cuando los términos científicos se acuñan por primera vez pueden ser tan ambiguos como los términos del lenguaje ordinario, y muchas veces siguen siendo ambiguos con el transcurso del tiempo. Así, el término bioquímico inglés *DNA* significa también *does not answer*, en la jerga inglesa de las telecomunicaciones [5], de modo que los hablantes que conozcan ambas jergas pueden encontrar problemas en su interpretación. No obstante, cuando los términos científicos se lexicalizan, se convierten en opacos para los hablantes normales. De hecho es probable que los hablantes ingleses que no estén familiarizados con la jerga de la bioquímica ni con la jerga de las telecomunicaciones no comprendan el significado del término *DNA*.

11. Los términos técnicos deben ser sustituidos por otros o redefinirse cuando acontece una revolución científica para que sea posible hablar del nuevo paradigma sin caer en equívocos [10]. Por ejemplo, *atom* no puede seguir significando en física «a hypothetical body, so infinitely small as to be incapable of further division» [9] después de E. Rutherford, N. Bohr y E. Schrödinger.<sup>7</sup> Del mismo modo, *hipótesis* significa en la actualidad algo muy distinto de lo que significó cuando se acuñó el término en griego (lo que subyace, está oculto o supuesto en una tesis) y de lo que significó en tiempos de Newton.<sup>8</sup> De ahí que el famoso dicho de Newton, «Et hypotheses non fingo» (y yo no finjo/simulo hipótesis), pueda ser malinterpretado si uno piensa que ese término significaba en el siglo XVII lo mismo que significa en la actualidad. De hecho, el *DRAE*, cayendo en lo que Stephen Ullmann llamó «conservadurismo lingüístico» [11], define este término más bien con el significado que tuvo en tiempos de Newton que con el que tiene en la actualidad: «suposición de una cosa posible o imposible para sacar de ella una consecuencia».<sup>9</sup>

12. Por lo dicho anteriormente, cuando se usan los términos técnicos en los medios de comunicación los periodistas o los científicos suelen verse obligados a «traducir» su terminología al lenguaje ordinario, utilizando para ello un sinónimo más asequible a los hablantes normales, una definición, una circunlocución, una metáfora, etcétera. [1].

13. En estos casos, los términos científicos o técnicos, que se originaron en el lenguaje ordinario, tienen que ser explicados de nuevo recurriendo al propio lenguaje ordinario si se quiere conseguir que los hablantes normales los comprendan. Con ello, el lenguaje ordinario funciona como metalenguaje de la jerga científica. Citaré, a título de ejemplo, otra de las preguntas del formulario de la misma clínica radiológica a la que he aludido anteriormente: «¿Tiene D.I.U.? (Dispositivo intrauterino)». Como quiera que el acrónimo *D. I. U.* le ha debido de parecer demasiado lejano al lenguaje ordinario a quien ha redactado el cuestionario, se ha visto en la obligación de añadir el término del lenguaje ordinario, incluso corriendo el riesgo de ser redundante. Ahora bien, para ese viaje es evidente que no hacían falta alforjas, y muy bien podría el redactor del formulario haberse limitado a escribir «dispositivo intrauterino» y ahorrarse el multiplicar los entes sin necesidad.

14. Del mismo modo, cuando los científicos hablan para los legos (en la radio, la televisión, los periódicos, etc.) «traducen» habitualmente su jerga colegial al lenguaje ordinario si no quieren correr el riesgo de ser incomprensidos. Así, cuando un médico habla a un lego en medicina, necesita «traducir» *intoxicación (etlíca)* por *borrachera* o el inglés *patellar tendon reflex* por *knee-jerk*. Y, cuando los lingüistas hablan de *tautología*, *tautologie* o *tautology*, deberán traducir estos términos por *verdad de Perogrullo/Pero Grullo* o *perogrullada*, *vérité de La Palice* y *stating the bleeding/blindingly*, en español, francés e inglés, respectivamente. De ahí que, cuando los científicos hablan a los legos, necesiten recurrir a una estrategia pragmática, acomodando su lenguaje técnico al lenguaje ordinario, para hacerse comprender por su audiencia. Y, cuando no se recurre a esa estrategia pragmática, la jerga científica no es generalmente entendida por los hablantes ordinarios.

## Notas

- <sup>1</sup> Nótese que, aunque el significado etimológico de esos dos términos es muy claro para los que sepan griego, no lo es en absoluto para los hablantes normales del español.
- <sup>2</sup> Según información personal de mi veterinario (el veterinario de mi perro, para ser exacto), la glosopeda o fiebre aftosa se conoce habitualmente entre los campesinos andaluces como *pezuña*.
- <sup>3</sup> Por lo demás, este término tampoco tiene un significado unívoco entre los propios filósofos, como se puede ver por las definiciones proporcionadas por tres diccionarios de filosofía de prestigio: «Doctrine présentée comme une conséquence logique résultant du caractère idéal (idéel) de la connaissance ; elle consisterait à soutenir que le *moi* individuel dont a conscience, avec ses modifications subjectives, est toute la réalité, et que les autres *moi* dont on a la représentation n'ont pas plus d'existence indépendante que les personnages des rêves ; —ou du moins à admettre qu'il est impossible de démontrer le contraire» [2]; «El idealismo subjetivo epistemológico, que reduce todos los objetos, como objetos

de conocimiento, y el idealismo metafísico, que niega la existencia o, como a veces se dice, la “subsistencia” (“existencia independiente”) del mundo externo, conducen al solipsismo. Éste puede definirse como la radicalización del subjetivismo, como la teoría — a la vez gnoseológica y metafísica — según la cual la conciencia a la que se reduce todo lo existente es la conciencia propia, mi “yo solo” (*solus ipse*). Lo usual es distinguir, sin embargo, entre el solipsismo gnoseológico, llamado a veces metodológico, y el solipsismo metafísico» [3]; y «The position that only I can be taken to exist, since I cannot really know that anyone or anything else does» [4].

- <sup>4</sup> Nótese que la palabra *heroína* no es menos ambigua o polisémica que la palabra *caballo*.
- <sup>5</sup> El *DRAE* define *caucásicola* como «se dice de la raza blanca o indoeuropea, por suponerla oriunda del Cáucaso»; y sólo lo acepta como adjetivo.
- <sup>6</sup> La definición que proporciona el *OED* para *ingesta* es algo más concreta y específica: «substances introduced into the body as nourishment; food and drink» [9].
- <sup>7</sup> De hecho, el *DRAE* define *átomo* de una forma más acorde con el estado actual de nuestros conocimientos físicos: «la partícula de un cuerpo simple más pequeña capaz de entrar en las reacciones químicas. Está formado por un núcleo masivo, compuesto de protones y neutrones y circundado de electrones repartidos en diferentes órbitas». Quisiera añadir, no obstante, que esta definición del átomo está también un poco pasada de moda, ya que los físicos suelen hablar en la actualidad de *nubes* y no de *órbitas* cuando quieren describir intuitivamente el átomo.
- <sup>8</sup> En tiempos de Newton (y anteriormente) *hipótesis* significaba cualquier idea, axioma, tesis, etc. que se acepta como punto de partida para construir una teoría o para inferir conclusiones, incluso cuando se sepa que es patentemente falsa; o, por decirlo con palabras de A. Lalande: «**Hypothèse B.** Proposition reçue, sans égard à la question de savoir si elle est vraie ou fausse, mais seulement à titre de principe tel qu'on en pourrait déduire un ensemble donné de propositions» [2]. Y, para ilustrar este significado, Lalande cita precisamente este dicho de Newton y varios textos de Descartes. Los textos cartesianos son particularmente claros a este respecto: «Afin que chacun soit libre d'en penser ce qu'il lui plaira, je désire que ce que j'écrirai soit seulement pris pour une hypothèse, laquelle est peut-être fort éloignée de la vérité»; y «que même j'en supposerai ici quelques-unes [hypothèses] que je crois fausses».
- <sup>9</sup> El *OED* es más claro y explícito a este respecto: «A supposition or conjecture put forth to account for known facts; *esp.* in the sciences, a provisional supposition from which to draw conclusions that shall be in accordance with known facts, and which serves as a starting-point for further investigation by which it may be proved or disproved and true theory arrived at» [9]. De hecho la definición que concordaría mejor con nuestra idea actual de *hipótesis* la incluye el *DRAE* bajo el rótulo de *hipótesis de trabajo*: «la que se establece provisionalmente como base de una investigación que puede confirmar o negar la validez de aquella».

## Bibliografía

1. Nerlich B. Towards a cultural understanding of agriculture: A case study of 'war' on foot and mouth disease in the UK, 2001. Agriculture and Human Values [en imprenta].

- Lalande A. *Vocabulaire technique et critique de la philosophie* (12.<sup>a</sup> edición). París: Presses Universitaires de France; 1976; págs. 428 y 1008.
- Ferrater Mora J. *Diccionario de filosofía* (4 vols.; nueva edición revisada, aumentada y actualizada por JM Terricabras). Barcelona: Ariel, 1994; págs. 3341-2.
- Ayer AJ, O'Grady J, dirs. *A dictionary of philosophical quotations*. Oxford: Blackwell; 1994; pág. 49.
- Allan K. *Natural language semantics*. Oxford-Malden: Blackwell; 2001; págs. 170 y 172.
- Danat B. *Language in the legal process*. *Law and Society Review* 1980; 14: 445-564; pág. 479.
- Chamizo Domínguez PJ, Nerlich B. False friends: their origin and semantics in some selected languages. *Journal of Pragmatics* 2002; 34: 1833-1849.
- Navarro FA. *Traducción y lenguaje en medicina* (2.<sup>a</sup> edición). Barcelona: Fundación Dr. Antonio Esteve; 1997; pág. 43.
- Simpson JA, Weiner ES, dirs. *The Oxford English dictionary*. Oxford: Clarendon; 1989.
- Kuhn T. *The structure of scientific revolutions*. Chicago: Chicago University; 1975; pág. 305.
- Ullmann S. *The principles of semantics: A linguistic approach to meaning* (2.<sup>a</sup> edición aumentada). Glasgow: Jackson; 1957; pág. 220.

## Las metáforas como herramientas de comunicación

Irina Hellsten\*

Las metáforas desempeñan un papel crucial en la representación común de temas científicos y tecnológicos. Los problemas medioambientales, por ejemplo, atraen en gran medida la atención pública a través principalmente de metáforas tan impactantes como las del agujero de la capa de ozono o el efecto invernadero. De forma similar, los genes la han cautivado con metáforas tan populares como la del alfabeto de la vida.\*\* La práctica científica, a su vez, se metaforiza en términos de conquista de lo desconocido: lo mismo respecto al descubrimiento del alfabeto de la vida que a la creación de nuevos monstruos de Frankenstein.

Tanto los avances científicos y técnicos como las controversias sobre cuestiones científicas se tratan a menudo como innovaciones sensacionales que pueden cambiar nuestra vida cotidiana o ayudar a proteger el medio ambiente de problemas causados por la tecnología. Mientras que el descubrimiento de los genes se considera a menudo un *gran avance* tecno-científico, se habla de los riesgos originados por el desarrollo científico y tecnológico, como la degradación medioambiental, en términos de progreso científico que lleva a un *territorio indeseable*. En el primer caso se representa la ciencia y a la tecnología como controladas, mientras que en el segundo se las percibe como potencialmente fuera de control. De manera sorprendente, ambos parecen basarse en considerar el progreso científico y tecnológico como un movimiento en el espacio: «el progreso científico y tecnológico es un viaje», metafóricamente hablando.

Las metáforas, como «el progreso científico es un viaje», tienen un papel importante que desempeñar para dar sentido al mundo [2], pero también para comunicar estos enfoques a otros. Pueden servir, pues, como herramientas comunicativas, relacionando diversos discursos y ofreciendo una base común

[3, 4] para debates, o como unidades de dinámica del conocimiento [5]. Las metáforas actúan como objetos fronterizos lo suficientemente plásticos para adaptarse a situaciones novedosas, pero también lo bastante consistentes para mantener una estructura identificable [6]. A la vez, como las representaciones sociales en general, son ambiguas y lo suficientemente flexibles para permitir diferentes usos e interpretaciones tanto a lo largo del tiempo como sobre distintos asuntos que se dan en una sociedad, y al mismo tiempo lo bastante sólidas para tener ciertas implicaciones. En resumen, las metáforas ofrecen resonancia entre diferentes ámbitos sociales y temporales, al tiempo que permiten también su propio perfeccionamiento ulterior. Ello sirve de base a lo que yo llamo la «política de la metáfora», la negociación constante sobre sus significados y sus formulaciones en el debate público.

Mantengo que las metáforas pueden considerarse herramientas de comunicación entre la ciencia y los medios de comunicación, por ejemplo. Este argumento descansa en la idea de que los diferentes discursos que se encuentran en la esfera pública necesitan ser traducidos, y en ello las metáforas pueden servir como destacados instrumentos de mediación, traducción y comunicación en general. Por lo tanto, la metaforización de la ciencia —sea la genética, con su pretensión de enormes avances, o los estudios medioambientales, con su hincapié en los riesgos siempre crecientes— no es un proceso de dirección única en el que los científicos introducen metáforas pegadizas en los discursos dirigidos al público no especializado [7, 8]. Los periodistas —los principales, pero no los únicos profesionales de las representaciones comunes— prefieren metáforas que resuenen con narraciones culturales e imágenes actuales del mundo, y utilizan metáforas que encajen en estos paquetes interpretativos [9] o líneas narrativas [10]. Los cien-

\* Amsterdam School of Communications Research, Universidad de Amsterdam (Países Bajos). Dirección para correspondencia: [Hells-ten@pscw.uva.nl](mailto:Hells-ten@pscw.uva.nl).

Irina Hellsten centra su investigación en las metáforas como herramientas de comunicación entre el discurso de la ciencia y el de los medios, especialmente en los debates sobre biotecnología y biodiversidad.

\*\*Me he centrado empíricamente en los debates públicos sobre biotecnología y biodiversidad [1].



tíficos, a su vez, proporcionan a los periodistas metáforas pegadizas, metáforas que pueden tener ciertas implicaciones sobre lo que ocupa a la ciencia. El análisis de metáforas como mecanismos de comunicación destaca los aspectos políticos y socialmente delimitados del uso de éstas. El concepto de «política de la metáfora» muestra la condición reflexiva de las metáforas como herramientas de comunicación entre los diversos discursos que existen en la sociedad.

Resumiendo: desde el punto de vista de la ciencia, las metáforas son útiles para popularizar temas, promocionar ciertas cuestiones y enfoques, y a ciertos protagonistas, a expensas de otros, y justificar y legitimar la investigación a los ojos de distintos públicos. Desde el punto de vista de los medios de comunicación, son útiles por su capacidad de concretar temas, brindar continuidad entre cuestiones nuevas y las anteriores, y evocar imágenes y sentimientos poderosos e impresionantes. Y en la comunicación entre las ciencias y los medios, proporcionan un punto de partida común para los debates, pero siempre abiertos a nuevas formulaciones. Por lo tanto, las metáforas son mucho más que figuras retóricas en la comunicación entre las ciencias y los medios de comunicación.

### Bibliografía

1. Hellsten I. The politics of metaphor: Biotechnology and biodiversity in the media. En: Acta Universitatis Tamperensis, 876. Tampere: Tampere University; 2002. [Disponible en parte en internet: <<http://acta.uta.fi/pdf/951-44-5380-8.pdf>>.]
2. Lakoff G, Johnson M. Metaphors we live by. Chicago: Chicago University; 1980.
3. Bono J. Science, discourse and literature: The role/rule of metaphor in science. En: Peterfreund S. Dir. Literature and science: Theory and practice. Boston: Unwin Hyman; 1990; 59-89.
4. Maasen S, Weingart P. Metaphors – Messengers of meaning. A contribution to an evolutionary sociology of science. Science Communication 1995; 17: 9-31.
5. Maasen S, Weingart P. Metaphors and the dynamics of knowledge. Londres: Routledge; 2000.
6. Star SL, Griesemer J. Institutional ecology, translations, and boundary objects: Amateurs and professionals of Berkeley's Museum of Vertebrate Zoology, 1907-39. Social Studies of Science 1989; 19: 387-402.
7. Dunwoody S. The scientist as a source. En: Friedman S, Dunwoody S, Rogers C. Dirs. Scientists and journalists: Reporting science as news. Issues in science and technology series. American Association for the Advancement of Science. Nueva York: Free; 1986; 3-16.
8. Van Dijck J. Imagination: Popular images of genetics. Nueva York: New York University; 1998.
9. Gamson W, Modigliani A. Media discourse and public opinion on nuclear power: A constructionist approach. American Journal of Sociology 1989; 95: 1-37.
10. Hajer M. The politics of environmental discourse: Ecological modernization and the policy process. Oxford: Clarendon; 1995.

## La metáfora en publicidad

Rafael Rocamora Abellán\*

La metáfora es una herramienta del pensamiento, un medio para ayudar a entender nuevas ideas, conceptos, métodos, etc., pero no sólo en el caso de la ciencia. La metáfora y la metonimia desempeñan un papel importante, incluso esencial, en los medios de comunicación, y especialmente en el campo de la publicidad. Las metáforas, tanto lingüísticas como conceptuales, constituyen un modo de transmitir el mensaje de manera más efectiva, una estrategia de comunicación utilizada en el lenguaje diario pero más evidente cuando aparece en los medios de comunicación.

Los productos que se anuncian en cualquier campaña publicitaria, sea un nuevo modelo de coche o un restaurante chino, rara vez aparecen en el anuncio en sí. Sólo están «presentes» en el sentido de que existe «una fotografía o una marca que metonímicamente los representan».<sup>1</sup> Esto es lo que ocurre normalmente en la publicidad impresa en general, pero *siempre* en la de productos turísticos. En resumidas cuentas, resulta absolutamente lógico si consideramos que

los productos que se anuncian en ella son siempre servicios: las aerolíneas no venden aviones, sino el derecho a utilizarlos. Por lo tanto, las metáforas y las metonimias, en el ámbito conceptual y en el lingüístico, son fundamentales para lograr que la campaña publicitaria funcione bien. Por la misma razón, es indispensable el uso de imágenes, tanto conceptuales como visuales.

El discurso de la prensa en general es siempre el mismo: atraer la atención de los lectores de modo que lean toda la noticia. Por tanto, el uso de la metáfora por parte de los periodistas resulta muy útil, dado que despierta el interés por la información al tiempo que facilita la comprensión del lector medio de una publicación.

En el caso de la relación entre los científicos y los medios de comunicación, el escenario es muy parecido. De nuevo, el objetivo del discurso es obtener la máxima difusión de la información. Los artículos científicos en publicaciones de interés general luchan con cientos de titulares por captar la aten-

\* Escuela de Turismo, Universidad de Murcia (España). Dirección para correspondencia: [rocamora@um.es](mailto:rocamora@um.es).

Rafael Rocamora estudia la metonimia y la metáfora en la mercadotecnia de los productos turísticos, especialmente en los eslóganes de los folletos y los anuncios.

ción del público. Si se utiliza correctamente, una metáfora puede ser un imán para la atención de los lectores, siempre que sean capaces de entender el mensaje. Por lo tanto, los científicos intentan elaborar metáforas sugerentes y simples para ofrecer su mensaje al público. La diferencia entre lenguaje científico, lenguaje vulgar y argot reside básicamente en el nivel de especialización de la comunidad que los utiliza. Al lenguaje científico se le puede considerar una forma de argot y, como cualquier otro tipo de argot, nace del lenguaje común a base de «filtrar» unidades léxicas de manera que se adapten a las finalidades comunicativas de los científicos. Las unidades léxicas de cualquier tipo forman una clase abierta. Los términos científicos se pueden incorporar al idioma de diferentes formas: préstamos de otras lenguas o términos provenientes del lenguaje común o de otras variedades de argot, adaptándolos a un contexto diferente: un procedimiento de «cortar y pegar». Otros procedimientos incluyen la metáfora, la composición de palabras, etcétera.

Cuando las unidades léxicas provienen de la lengua común, se incorporan a un argot en concreto y, más tarde, regresan a la lengua común, los hablantes de ésta han de «decodificar» su significado en el contexto en el que aparece. Deben conocer el contexto antes incluso que el término, de lo contrario las interpretaciones serán demasiado vagas. El contexto resulta esencial en toda circunstancia para entender el significado que pretende darse a cualquier elemento léxico, pero en el caso de los términos metafóricos esto es radicalmente cierto.

Las metáforas pueden reforzar o, por el contrario, dificultar la comprensión de la ciencia por parte de los no especialistas. Todo depende de la habilidad que tengan los codi-

ficadores —científicos y medios— para «filtrar» su argot. También depende, claro, del otro grupo: los que han de decodificar el mensaje, la audiencia a quien va dirigido. Pero no olvidemos que las metáforas y metonimias conceptuales son herramientas de conocimiento que entraron a formar parte de nuestros procesos de aprendizaje hace mucho tiempo. No debemos infravalorar nuestra habilidad para usarlas, es decir, para codificarlas y decodificarlas.

La metáfora no es más que una herramienta, por lo tanto todo depende de la intención comunicativa del hablante. Más llanamente, una metáfora es una forma de explicar algo desconocido por medio de algo que ya se conoce. Cuanto más se sepa acerca de un nuevo avance científico o tecnológico, menor será el riesgo de mala interpretación. Depende, pues, de la intención comunicativa de los medios transmitir un mensaje dramático o esperanzador.

Para concluir: como ocurre en cualquier disciplina científica y con cualquier otro tipo de argot, incluso en el lenguaje diario, la mayoría de las metáforas sólo se reconocen en su forma lingüística. En el nivel conceptual, aparecen constantemente para dar forma a ideas y comprender procesos cognitivos que, de no ser formulados así, podrían incluso dificultar la comunicación entre expertos en un mismo campo. Por ejemplo, los arquitectos utilizan imágenes conceptuales (= metáforas) que expresan sus proyectos de una manera más efectiva.

#### Bibliografía

1. Ungerer F. Muted metaphors and the activation of metonymies in advertising. En: Barcelona A, DIR. Metaphor and metonymy at the crossroads: A cognitive perspective. Berlín: Mouton de Gruyter; 2000; pág. 343.

## Explicar las metáforas inexplicadas en el lenguaje de la ciencia

Magdalena Zawislawska\*

### 1. Resumen

La búsqueda de metáforas en el lenguaje de la física y la astronomía podría resultar un poco contradictoria a primera vista. Generalmente, el estilo científico nos hace pensar en la lógica, la exactitud, la comprensión y la restricción, mientras que una metáfora es la negación de todas esas cosas. Sin embargo, cuando nos sumergimos en la literatura sobre temas de física y astronomía modernas, resulta obvio que términos como *agujero negro*, *gigante roja*, *enana blanca* o *agujero de gusano* están más cerca de la poesía que de la ciencia. Aunque pocos lingüistas se han interesado hasta ahora por este material, John R. Taylor apunta en su libro *Linguistic Categorization* (Categorización lingüística) que la metáfora desempeña un papel fundamental en la investigación científica y no es sólo una ayuda a la enseñanza.

Creo que el lenguaje de las ciencias naturales puede resultar muy valioso en el análisis de la metáfora, dado que trata con objetos que para los humanos son imaginarios. No podemos ver las partículas elementales o la materia oscura, sólo podemos imaginar la estructura real de un átomo, pero de algún modo tenemos que ponerlo en palabras, y éstas son forzosamente metafóricas.

En la literatura polaca, algunos lingüistas contraponen el lenguaje coloquial al científico, porque en su opinión el lenguaje coloquial describe el mundo de una manera simplista, y el científico es más objetivo. Creo que tal contraposición es completamente errónea. Las metáforas en el lenguaje de la física y la astronomía son también simplistas. Por ejemplo, el popular modelo de átomo creado por Bohr nos muestra el interior de un átomo como un sistema solar microscópico con

\* Instituto de la Lengua Polaca, Universidad de Varsovia (Polonia). Dirección para correspondencia: [scorpio@mercury.ci.uw.edu.pl](mailto:scorpio@mercury.ci.uw.edu.pl).

Magdalena Zawislawska estudia los verbos de percepción visual en la semántica de marcos, así como el uso de las metáforas en la ciencia, especialmente en física y astronomía.

un pequeño sol (el núcleo) y diminutos planetas (electrones). Ese modelo no es preciso y no tiene nada que ver con la estructura real de un átomo (que, de hecho, es imposible de comprender incluso por los especialistas). La representación de los átomos como bolas de billar que chocan unas con otras resulta también inexacta. La naturaleza ondulatoria del electrón es asimismo una conceptualización simplista. Tal representación crea la ilusión de algo familiar, pero la naturaleza real del mundo del átomo es completamente diferente del mundo que experimentamos con nuestros cinco sentidos. Esto muestra la barrera lingüística que siempre nos lleva a reducir las ideas abstractas a entidades físicas. En mi opinión, la metáfora no es sólo un recurso muy típico y natural del lenguaje cotidiano, sino también la única forma de expresar nuevas ideas y conceptos científicos.

## 2. Diferentes formas de crear metáforas en el lenguaje de la física y la astronomía

El proceso más típico de creación de metáforas en el lenguaje de la física y la astronomía es la personificación de fenómenos de seis formas diferentes, que divido en dos grupos: a) las que representan los fenómenos como seres vivos, y b) las que representan los fenómenos como objetos físicos.

### 2.1. Fenómenos como seres vivos

En el lenguaje de la física y la astronomía tratamos principalmente con conceptos relacionados con los seres animados. Los astrónomos usan términos como, por ejemplo, *muerte térmica del universo*, *edad del universo*, *envejecimiento del universo* o *nacimiento del universo*. No sólo el universo, sino también las estrellas son representadas como seres vivos: *nacen*, *viven* y *mueren*. En el espacio, los fotones *viajan* a la velocidad de la luz. En los átomos, los electrones *saltan* de un nivel de energía a otro, o pueden *escaparse* del metal.

#### 2.1.1. Relaciones en el universo

El universo se describe como si estuviera vivo, por lo que no resulta sorprendente que se pueda reproducir: existen algunas teorías que apuntan que probablemente producirá *universos descendientes* en el futuro.

La creación de compuestos se describe también como una relación amorosa: por ejemplo, los átomos *excitados* pueden ser *estimulados* para pasar a estados de energía más bajos; la distribución de la carga positiva y negativa dentro de los átomos da lugar a *fuerzas atractivas* o *repulsivas*; para los átomos con capas exteriores sin carga es energéticamente favorable que los electrones se *aparean con espines opuestos*; esto causa una *interacción de atracción*; los elementos cercanos al lado derecho de la tabla periódica exhiben capas casi completas, y consecuentemente *tienen gran afinidad* por los electrones. Parece que, igual que el universo, los átomos pueden reproducirse: el núcleo original recibe a veces el nombre de *padre* y el núcleo resultante es el *núcleo hijo*.

#### 2.1.2. Transacciones comerciales

Algunas veces las reacciones químicas se describen como transacciones comerciales donde tenemos dos participantes

(flúor o cloro), un producto (un gas noble) y una moneda de curso legal (un electrón adicional). El flúor y el cloro sólo *necesitan* un electrón más cada uno para *conseguir* la configuración de gas noble, energéticamente favorable, con sus capas exteriores completas. En consecuencia, estos elementos *aceptan* electrones fácilmente.

#### 2.1.3. Insectos en el espacio

También se describe a los átomos como insectos. En el espacio podemos encontrar *agujeros de gusano* (que son túneles en el espacio-tiempo existentes por un breve espacio de tiempo). En el microcosmos, el término *captura parásita* es la absorción de un neutrón por un núclido (que es una especie atómica con una masa y un número atómicos específicos). La *materia oscura* (tipo de materia que no refleja la luz) puede actuar como *trampa* que localiza la materia ordinaria y desencadena la formación de galaxias.

## 2.2. Los fenómenos como objetos físicos

Muchos fenómenos exóticos del espacio y el interior del átomo se comparan con objetos cotidianos que podemos percibir con nuestros cinco sentidos. La palabra *comparar* es, por supuesto, confusa porque en la mayoría de los casos no sabemos qué aspecto tienen esos fenómenos.

### 2.2.1. El espacio como un globo

Al universo, por ejemplo, se lo describe en su principio con el tamaño de *un punto*. Tras el *big bang* se ha expandido, y por esta razón los físicos lo representan a menudo como un globo: *explotó*, el espacio-tiempo tiene *curvatura* y se *estira*, y el universo se *expande* y se *contrae*.

### 2.2.2. El espacio como un tejido

A menudo se representa al espacio-tiempo como una tela en un bastidor. La curvatura del espacio-tiempo es similar a la curvatura de la tela cuando le ponemos una piedra encima. Cuando la piedra es muy pesada, como un agujero negro en el universo, puede rasgar el tejido, igual que el agujero negro rasga la superficie del espacio-tiempo.

### 2.2.3. Los átomos como bolas o balas

A los átomos se los representa generalmente como bolas; por ejemplo los gluones, que son un tipo de partículas elementales, forman una *bola de gluones*. En muchos experimentos los átomos son *bombardeados* con electrones, o los físicos les *disparan* con protones. Una forma sencilla de producir fotones de rayos x es *bombardear* un *blanco* metálico con un haz de electrones de alta energía. La mayoría de los electrones disminuyen su velocidad rápidamente *al chocar contra el blanco*. Los electrones *colisionan* con los electrones internos de los *átomos blanco*, *expulsándolos*.

### 2.2.4. Micro y macrocosmos como cuerpos de agua

Los acontecimientos en el macro y microcosmos son a menudo descritos como fenómenos naturales. El dominio meta más típico es el agua. Por ejemplo, los agujeros negros son como *charcos*: al final del universo se *evaporarán*. El

principio del espacio-tiempo se conceptualiza como *espuma*, de la que escaparon *burbujas* de nuevos espacio-tiempos microscópicos, y el universo se convirtió en un *mar* de *quarks*, gluones y leptones. Al vacío se lo compara con una *burbuja*; las galaxias se describen como estructuras mucho más grandes, concentradas en los límites de vacíos gigantes similares a *burbujas*. Las congregaciones de galaxias son como una colección de *pompas de jabón* pegadas entre sí.

La radiación de fondo de microondas en el espacio es como un cuerpo de agua: contiene ondas muy débiles. Del mismo modo se describe el campo de Higgs de muy alta energía (no puede verse porque no se producen partículas de Higgs al «desaparecer» de hecho el *lago* si no hay ondas en la superficie). Además, como el *lago tiene una gran profundidad*, el campo de Higgs puede contener aún una gran cantidad de energía.

La radiación cósmica se describe como un *chaparrón* o una *cascada*. Una estrella de neutrones debe de estar muy húmeda en su interior, dado que sufre un *goteo* de neutrones: esto significa, de hecho, que los núcleos atómicos de la estrella emiten neutrones libres. El material del que se forman las estrellas se llama *nube* molecular. También el núcleo de un átomo está rodeado por una *nube* de electrones. Los electrones y la gravedad se describen asimismo como *ondas*. Las partículas ionizadas forman una *corriente* o *avalancha*, que comienza con el primer caso de ionización.

#### 2.2.5. Los fenómenos como objetos perceptibles

En el lenguaje de las ciencias naturales con frecuencia se emplean descripciones que se refieren a los sentidos humanos, lo cual resulta bastante confuso porque los fenómenos son, de hecho, imperceptibles. Por ejemplo, a una materia extraña que probablemente exista en algún lugar del universo se la denomina *materia oscura* aunque en realidad es invisible.

##### 2.2.5.1 VISTA

El famoso *agujero negro* (una estrella muy pesada, muy hundida) es tan denso, que nada, ni siquiera la luz, puede escapar de su superficie, por lo que es invisible.

También la clasificación de los *quarks* se basa en la vista y el sentido del olfato: las partículas elementales se representan como *rojas*, *verdes*, *azules*, *cián*, *magenta* y *amarillas*.

##### 2.2.5.2 GUSTO

Los físicos distinguen, además, seis *sabores* diferentes de *quarks*: arriba, abajo, extraño, encantado, cima y fondo. Como se puede observar, en realidad no tienen nada que ver con los sabores reales.

##### 2.2.5.3 TACTO

A menudo se describe el espacio en términos táctiles: la distribución de la materia se describe como *suave*. La materia oscura tiene dos estados diferentes: existen en el espacio la materia *caliente* oscura y la materia *fría* oscura. El término *caliente* se refiere a que se mueve muy deprisa (casi a la velocidad de la luz), y *fría*, a que se mueve mucho más despacio.

### 3. Conclusión

La creación de una metáfora en el lenguaje de la física y la astronomía se limita a varios dominios meta. Muchos objetos y fenómenos se representan como seres vivos. La conceptualización del universo se basa en nuestros cinco sentidos, principalmente la vista. En el proceso de creación de metáforas también se emplean elementos léxicos relacionados con objetos físicos.

#### 3.1. Múltiples modos de descripción

El análisis muestra que hay gran falta de precisión en el lenguaje de la física y la astronomía. Un objeto puede representarse de muchas formas diferentes. El universo, por ejemplo, puede ser representado como si estuviera vivo, naciendo, envejeciendo, teniendo hijos, muriendo, o como un globo que se hincha. El espacio-tiempo es por un lado un tejido y por otro una espuma fluctuante llena de burbujas.

Esa imprecisión provoca falta de consistencia en una descripción, muchas contradicciones y descripciones aparentemente absurdas; por ejemplo, un gas que se compara con agua o un agujero negro representado como un charco.

#### 3.2 Asociación accidental

Resulta difícil decir cuáles son los derroteros de las asociaciones en el lenguaje de la física y la astronomía. A veces podemos sospechar la conexión entre los dominios fuente y meta. Por ejemplo, hay estrellas grandes y estrellas más pequeñas en el universo, de modo que no resulta sorprendente que los astrónomos las denominen *enanas* y *gigantes*. Pero la mayoría de las veces da la impresión de que las asociaciones son retorcidas, accidentales e impredecibles, como, por ejemplo, en el caso de los *agujeros de gusano*. Quizá la razón para crear esta metáfora sea que esos túneles en el espacio-tiempo son probablemente muy microscópicos y duran muy poco tiempo.

#### 3.3. Exageración y trivialización

La característica típica de la metáfora en el lenguaje de la física y la astronomía es, por un lado, la exageración, y por otro, la trivialización de los objetos descritos.

El microcosmos de la física cuántica es a menudo exagerado. Hay que tener en cuenta que no podemos ver las partículas elementales ni siquiera con el microscopio más potente. Aun así, estas entidades pueden ser descritas como *corriente*, *avalancha* o *chaparrón*.

Al contrario que el microcosmos, el universo a veces se trivializa. Por ejemplo, el objeto más sobrecogedor del universo, capaz de devorar estrellas, planetas e incluso galaxias, se describe como un agujero negro. El enorme universo se compara con un globo, y el espacio-tiempo se representa como una burbuja.

#### 3.4 Simplicidad e idealización

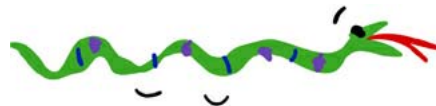
Habitualmente, las metáforas en el lenguaje de la física y la astronomía nos muestran una imagen muy simple e idealizada del mundo. Por ejemplo, el popular modelo de átomo creado por Bohr nos muestra el interior de un átomo como un *sistema solar* microscópico con un pequeño *sol* (núcleo) y di-

minutos *planetas* (electrones). Ese modelo no es real y no tiene nada que ver con la estructura real de un átomo. Por supuesto la representación de los átomos como *bolas de billar* que chocan entre ellas es también falsa.

Creo que no es coincidencia que el universo y los átomos se comparen con objetos esféricos como un globo, una burbuja o una bola. De todos es sabido que la gente cree que la esfera es la forma ideal del mundo, de modo que representar el micro y el macrocosmos como una esfera puede ser una forma de idealizarlos.

### Bibliografía

- Adams F, Laughlin G. *Ewolucja Wszechswiata*. Varsovia: Wydawnictwo Naukowe PWN; 2000.
- Allday J. *Quarks, leptons and the Big Bang*. Bristol: Institute of Physics; 1998.
- Halpern P. *Struktura Wszechswiata*. Varsovia: Prószyński i S-ka; 1998.
- Isaacs A. Ed. *Słownik fizyki*. Varsovia: Prószyński i S-ka; 1999.
- Wolfson R, Pasachoff JM. *Physics. With modern physics for scientists and engineers* (2.ª edición). Nueva York: Harper Collins; 1995.



## ¿Quién lo usó por vez primera?

### *Cuasiocor*

F. A. Navarro

El primer médico en reconocer esta enfermedad infantil de exótico nombre africano fue la pediatra inglesa, nacida en Jamaica, Cicely D. Williams (1893-1992), mientras trabajaba para el Servicio Colonial Británico en el Hospital Pediátrico de Accra, en la colonia británica de la Costa de Oro (hoy República de Ghana). En un extenso artículo publicado en 1933, Williams describió perfectamente la nueva entidad nosológica, pero sin darle nombre:

There is a well-marked syndrome, not uncommonly found among the children of the Gold Coast Colony, which I have not found described. About twenty cases have been seen in the last year.

The syndrome consists of œdema, chiefly of the hands and feet, followed by wasting; diarrhœa; irritability; sores, chiefly of the mucous membranes; and desquamation of areas of the skin in a manner and distribution which is constant and unique.

The disease attacks children of either sex, between one and four years old. It appears to be due to some dietetic deficiency and to be uniformly fatal unless treated early.

In all the cases seen there was a history of an abnormal diet. Breast feeding had been given by an old or else a pregnant woman, and the only supplementary food consisted of preparations of maize, namely arkasa and kenki, as described below.

Williams CD. A nutritional disease of childhood associated with a maize diet. *Arch Dis Child* 1933; 8: 423-8.

Dos años después, la propia Williams bautizó por fin la nueva enfermedad por ella descrita con el nombre de *kwashiorkor*, transcripción al inglés de un término de la lengua crobo nativa usado para expresar el nacimiento de un segundo hijo cuando el primero todavía no está destetado:

The name "kwashiorkor" indicates the disease the deposed baby gets when the next one is born, and is the local name in the Gold Coast for a nutritional disease of children, associated with a maize diet, which was first described in December, 1933.

Williams CD. Kwashiorkor. A nutritional disease of children associated with a maize diet. *Lancet* 1935; 2: 1151-2.

Casi tres cuartos de siglo después, creo que es ya hora de que en español dejemos de utilizar la transcripción inglesa de esa palabra africana y nos decidamos, por fin, a utilizar en su lugar la transcripción española directa, 'cuasiocor', que se entiende igual de bien y es mucho más fácil de escribir.



# Teoría, Crítica e Historia

## Pedro J. Chamizo Domínguez

### La función social y cognitiva del eufemismo y del disfemismo \*

Resumen: Desde la publicación de la obra clásica de G. Lakoff y M. Johnson, *Metaphors We Live By*,<sup>[1]</sup> se asume comúnmente en la lingüística (cognitiva) que la mayoría de las metáforas forman parte íntegra de redes conceptuales y que nuestro pensamiento y nuestro obrar están estructurados por tales metáforas. Esto es, que “vivimos de” metáforas. Sin embargo esta tesis aún no se ha aplicado sistemáticamente al estudio de los eufemismos y de los disfemismos. De ahí que el primer objetivo de este trabajo sea el de mostrar cómo muchos eufemismos también se estructuran y se integran en redes conceptuales y que también “vivimos de” eufemismos y disfemismos. Pero, además, eufemismos y disfemismos llevan a cabo una serie de funciones sociales y cognitivas que las propias metáforas no llevan a cabo. Por ello, el segundo objetivo de este trabajo será el de mostrar cómo llevan a cabo estas funciones los eufemismos y disfemismos.

#### 1. Eufemismo y disfemismo son clases especiales de metáforas

1. Si damos por bueno que la metáfora «consiste en dar a una cosa el nombre que pertenece a otra» (Aristóteles, *Poética*, 1457b),<sup>[2]</sup> que «conlleva característicamente una falsedad categorial» (Grice, 1989: 34), que se define como la transferencia de una estructura desde un dominio conceptual (el dominio *fuentes*) a otro (el dominio *término*) (Lakoff y Johnson, 1980), y si descubrimos que todas estas características se pueden aplicar también a los eufemismos y a los disfemismos, entonces eufemismos y disfemismos podrían ser considerados como

metáforas o, al menos, como un caso especial de metáfora (Bolinger, 1982: 149). Si ello es así, se podría decir sobre los eufemismos y los disfemismos lo que habitualmente se dice de las metáforas. No obstante, a pesar de la reciente inflación de estudios sobre la metáfora (y las demás figuras del lenguaje) desde el punto de vista lingüístico, filosófico, psicológico, sociológico, etc., los eufemismos han sido estudiados en una menor medida desde esta perspectiva, de modo que las teorías de Lakoff y Johnson se han aplicado muy raramente al estudio del eufemismo y del disfemismo hasta el momento (Pfaff, Gibbs y Johnson, 1997; y Chamizo Domínguez y Sánchez Benedito, 2000).

1.1. Siguiendo a Allan y Burridge (1991: 11), entenderé por eufemismo lo siguiente: «A euphemism is used as an alternative to a dispreferred expression, in order to avoid possible loss of face either one's own face or, through giving offense, that of the audience, or of some third party.»

1.2. Siguiendo a Allan y Burridge (1991: 26), entenderé por disfemismo lo siguiente: «A dysphemism is an expression with connotations that are offensive either about the denotatum or to the audience, or both, and it is substituted for a neutral or euphemistic expression for just that reason.»

1.3. El que una palabra dada (o una expresión, en su caso) sea sentida por los hablantes como un eufemismo o como un disfemismo no depende de la palabra en sí, sino del contexto, del uso que se haya hecho de dicha palabra o de las intenciones de los hablantes. Los hablantes castellanos estaríamos de acuerdo en que *excusado* o *inodoro* son sustitutivos eufemísticos de *letrina*. No obstante, obsérvese cómo, en un contexto cuartelero, el uso de las palabras *excusado* o *inodoro* en lugar de *letrina*, producirían efectos cognitivos particulares que los harían inadecuados. De modo que, desde el punto de vista lingüístico, lo que se dice de los eufemismos se puede decir también, *mutatis mutandis*, de los disfemismos.

1.4. De hecho, las fronteras entre los eufemismos y los disfemismos son a veces muy borrosas. De ahí que un eufemismo se pueda convertir en un disfemismo y viceversa (Kröll, 1984: 12),<sup>[3]</sup> y que muchos autores los incluyan a ambos bajo el neologismo x-femismo. ¿Son el modismo francés *faire un bras d'honneur*, el italiano *fare l'ombrello* y el español *hacer un corte de mangas* eufemismos o disfemismos? Obviamente estos tres modismos se podrían considerar expresiones disfemísticas, pero también pueden ser consideradas como expresiones eufemísticas cuando sustituyen a otras expresiones más inconvenientes u obscenas.<sup>[4]</sup>

## 2. Eufemismo, ambigüedad, polisemia y sinonimia

2. Desde el punto de vista sincrónico una palabra sólo puede funcionar como

eufemismo si su interpretación permanece ambigua, esto es, cuando el oyente puede entender una preferencia dada literal y eufemísticamente.<sup>[5]</sup> Si *daños colaterales*, por ejemplo, puede funcionar como un eufemismo para *muerte/matanza* (*¿involuntaria?*) de *civiles o no combatientes* es justamente por su carácter ambiguo y polisémico. La ambigüedad, por tanto, es inexcusable cuando queremos expresarnos eufemísticamente (Nerlich y Chamizo Domínguez, 1999; Nerlich y Clarke, 2001). Ello implica lo siguiente:

2.1. Un eufemismo no puede ser reemplazado por ninguna otra palabra y seguir surtiendo los mismos efectos cognitivos, estilísticos, sociales, etc. La razón de ello estriba en la inexistencia de sinónimos estrictos en una lengua natural dada (Casas Gómez, 1999). Es más, lo que hace que, por ejemplo, *condón* sea el término vitando y *profiláctico* o *preservativo* sus sustitutos eufemísticos es precisamente el que no sean sinónimos estrictos.

2.1.1. Un eufemismo no puede ser reemplazado por un término tabú “equivalente”. V.g.: No podemos sustituir *profiláctico*, *goma*, *preservativo* o *contraceptivo* por *condón* y esperar conseguir los mismos efectos comunicativos y cognitivos.

2.1.2. Un eufemismo no puede ser sustituido por ningún otro eufemismo. V.g.: No podemos sustituir *profiláctico* por *goma*, *preservativo* o *contraceptivo* y esperar conseguir los mismos efectos comunicativos y cognitivos.

2.2. Los eufemismos sólo pueden ser detectados en el contexto de una preferencia y su comprensión depende de los conocimientos, gestos, usos sociales y/o creencias de los interlocutores en el intercambio lingüístico.

2.2.1. Muchas veces una palabra no es tabú de ninguna manera, pero se puede convertir en inconveniente o problemática en un contexto dado. En estos casos el recurso al eufemismo lleva a cabo un proceso de “ingeniería semántica” que permite eludir los efectos indeseables de la palabra a la que sustituye. V.g.: El presidente mexicano Juárez concedió a las Hijas de la Caridad el privilegio de usar el *uniforme internacional de la orden* para burlar la prohibición de la constitución mexicana del uso de *hábitos religiosos* fuera de los templos, lugares de culto o residencias privadas.

2.2.2. Muchas veces una palabra no es tabú de ninguna manera, pero se puede convertir en disfemística en un contexto dado y funcionar como un disfemismo en este contexto. A diferencia de 2.2.1., en estos casos lo que produce los efectos cognitivos es que la palabra en cuestión no se sustituya por otra, sino que, por el contrario, se emplee abundantemente. V.g.: La palabra *miss* adquiere un aroma disfemístico en la novela de P. Daninos *Les carnets du major W. Marmaduke Thompson* debido al carácter agrio y ordenancista del personaje de Miss ffyfth (sic) (Daninos, 1990: 106-118).



2.3. En función del contexto de la preferencia, las creencias o los conocimientos de los participantes en el intercambio lingüístico, los gestos, etc., una determinada preferencia puede ser entendida literal, metafórica, eufemística, disfemística o irónicamente (Chamizo Domínguez y Sánchez Benedito, 1994).

2.4. Cuando el oyente no es cooperativo (o no quiere serlo) desaparece el efecto eufemístico de las preferencias.

2.4.1. El hecho de que algún participante en el intercambio lingüístico no sea cooperativo –porque no pueda o no quiera serlo– e interprete literalmente las preferencias eufemísticas o disfemísticas se explota muy habitualmente en los chistes y en la literatura (Nerlich y Chamizo Domínguez, 1999; Nerlich y Clarke, 2001).

### 3. Los tres estadios en la lexicalización de los eufemismos

3. Desde el punto de vista diacrónico se pueden distinguir tres estadios diferentes en la “vida” de los eufemismos. Éstos serían los siguientes:

3.1. Eufemismo novedoso. Un eufemismo novedoso es aquél que se crea en un momento dado sin que pertenezca a ninguna red conceptual previa y sin que fuera predecible a priori, pero que, sin embargo, es comprendido por los oyentes que conocen el contexto en que se ha creado. V.g.: Con motivo de las manifestaciones del 15 de febrero de 2003 contra la posibilidad de una II Guerra del Golfo, una pancarta parisina rezaba lo siguiente: «Non à la Busherie». Obviamente, utilizar el término *Busherie*, donde se combinan a la vez el mecanismo de la alusión y el de la aliteración, en lugar de escribir *boucherie*, tiene unos efectos eufemísticos y jocosos, que no se hubieran conseguido escribiendo lo segundo o tildando directamente a G. Bush de *boucher*.<sup>[6]</sup>

3.2. Eufemismo semilexicalizado. Un eufemismo semilexicalizado es aquél que ha entrado a formar parte del acervo de una lengua y es utilizado y comprendido como tal de forma habitual por los hablantes de una lengua, pero en el que es posible aún distinguir el significado literal y el significado eufemístico de un término o de una colocación. V.g.: *Doctor* para ‘médico’ y, en menor medida, para ‘boticario’ y ‘veterinario’.<sup>[7]</sup> Igualmente, recuérdese que, todavía en los años 50 y 60, *hacer el amor* era sinónimo de *tirar los tejos* o *pretender a alguien*, pero en la actualidad ese significado está en desuso y *hacer el amor* es un eufemismo de *copular*.<sup>[8]</sup>

3.2.1. Las redes conceptuales se construyen habitualmente con eufemismos semilexicalizados (ver sección 5 más abajo).

3.3. Eufemismos lexicalizados o muertos. Son aquéllos para los que los hablantes han perdido la conciencia de su origen eufemístico porque se ha perdido la conciencia del significado literal original de la palabra en cuestión. V.g.: Es probable que muy pocos hablantes españoles sepan en la actualidad el significado literal de *puñeta* cuando utilizan los modismos *hacer la puñeta* o *mandar a hacer puñetas*. Y también es probable que algo parecido acontezca con *moza*, *doncella* y *criada* para ‘sirvienta’.<sup>[9]</sup>

3.4. El grado de lexicalización de un eufemismo no es uniforme entre los hablantes de una comunidad lingüística dada. Por ello un término concreto puede ser sentido como eufemístico por algunos hablantes y no por otros, especialmente entre los hablantes de las diversas variedades dialectales de una lengua, los hablantes pertenecientes a diversas generaciones o a diversos grupos intracolegiales.

#### 4. Efectos de la lexicalización de los eufemismos

4. Cuando un eufemismo se lexicaliza completamente se suele convertir en un término tabú con mucha frecuencia.

4.1. Cuando un eufemismo se lexicaliza deja de ser ambiguo. Recuérdese a este respecto como el verbo *coger* se ha convertido en un disfemismo en muchos países iberoamericanos (V.g.: Argentina, México o Venezuela), mientras que, por el contrario, aún puede ser usado como eufemismo en España o Colombia, por ejemplo.

4.2. La lexicalización de los eufemismos es una fuente muy común para la creación de polisemias. V.g.: El adjetivo *regular* significa ‘normal’, ‘periódico’, ‘de acuerdo con la regla’ o ‘exacto’, pero también tiene un uso eufemístico muy extendido para sustituir a ‘así, así’, o ‘francamente malo’ (Chamizo Domínguez y Nerlich, 2002). Por ello, si un médico informa a su paciente que su salud está “regular”, lo que el paciente entenderá es que sufre alguna enfermedad más o menos grave, pero en ningún caso que su salud es “normal” o “de acuerdo con la regla o norma”.

4.3. Muchas veces el significado original y literal de un eufemismo desaparece hasta el punto de que deja de ser reconocible por los hablantes. V.g.: *Cretino*, que significaba originalmente ‘cristiano’ en el dialecto suizo del francés, se usó como un eufemismo para ‘estúpido’ o ‘tonto’ y ha perdido totalmente su carácter eufemístico, quizás salvo en contextos psiquiátricos. Igualmente el adjetivo inglés *nice* (del latín *nescius*) ha significado sucesivamente *ignorant*, *stupid*, *foppish*, *fastidious*, *precise*, *balanced*, *agreeable*, *pleasant* y, finalmente, *pleasing* (Allan, 2000: 159-160).

4.4. Cuando una palabra deja de funcionar como eufemismo puede usarse para otros

fines. V.g.: La palabra inglesa *preservative* se usó en el siglo XVIII (Kruck, 1981: 18), al igual que se sigue usando actualmente en español, para significar eufemísticamente ‘condón’, pero, una vez que ese uso dejó de ser habitual, esta palabra ha podido ser reciclada para significar en la actualidad ‘conservante’, cosa que no se puede hacer en español y otras muchas lenguas con su cognado.

4.5. Cuando el significado eufemístico de una palabra se lexicaliza y esa palabra se convierte en un término tabú o, al menos, inconveniente, los hablantes necesitan acuñar nuevos eufemismos para poder seguir refiriéndose al objeto en cuestión sin caer en ninguna inconveniencia.<sup>[10]</sup> V.g.: Los mormones que aún siguen siendo polígamos prefieren utilizar el término *plural marriage* como sustituto eufemístico de *polygamy*; y lo mismo ocurre con la palabra española *retrete*,<sup>[11]</sup> a pesar de que en su momento fue un eufemismo.

4.6. Cuando el significado eufemístico de una palabra se convierte en tabú y ese significado llega a ser el más habitual (o de primer orden) de la palabra en cuestión, los hablantes tienen que acuñar otro término, que sea neutro, para referirse al objeto no tabú, evitando así cualquier ambigüedad y cualquier asociación inconveniente. V.g.: La palabra *polla*, en el español de España, difícilmente puede significar ya «gallina nueva, medianamente crecida, que no pone huevos o que hace poco tiempo que ha empezado a ponerlos», como define este término el *DRAE* en su primera acepción.<sup>[12]</sup>

## 5. Eufemismos y redes conceptuales

5. Los eufemismos se pueden estudiar del mismo modo en que se estudian las metáforas.

5.1. Al igual que las metáforas, los eufemismos y los disfemismos forman parte de redes conceptuales (Pfaff, Gibbs y Johnson, 1997; y Chamizo Domínguez y Sánchez Benedito, 2000).

5.1.1. Podemos referirnos al morir en términos de viajar, de acuerdo con el eufemismo/disfemismo básico “Morir es VIAJAR”:

5.1.1.1. Morir es *liar el petate*.

5.1.1.2. Morir es *irse al otro barrio*.

5.1.1.3. Morir es *irse al otro mundo*.

5.1.1.4. Morir es *irse al cielo*.

5.1.1.5. Morir es *abandonar este mundo*.

5.1.1.6. Morir es *irse a la gloria*.

5.1.1.7. Morir es *hacer el último viaje*.

5.1.1.8. Morir es *irse al seno de Abrahán*.

5.1.2. También solemos referirnos a la muerte en términos de sueño y descanso, de acuerdo con el eufemismo/disfemismo básico “Morir es DORMIR/DESCANSAR”:[\[13\]](#)

5.1.2.1. Morir es *descansar en el Señor*.

5.1.2.2. Morir es *dormir el sueño de los justos*.

5.1.2.3. Morir es *dormir el sueño eterno*.

5.1.2.4. Morir es *dormirse en el Señor*.

5.1.2.5. Morir es *descansar en paz*.

5.1.3. Por su parte solemos referirnos a los homosexuales en términos de mujer, de acuerdo con el eufemismo/disfemismo básico “Un homosexual es una MUJER”:

5.1.3.1. Un homosexual es un *mariquita*.

5.1.3.2. Un homosexual es una *maricona*.

5.1.3.3. Un homosexual es un *maricón*.

5.1.3.4. Un homosexual es un *mariconazo*.

5.1.4. Por su parte solemos referirnos a las prostitutas en términos de animales hembras, de acuerdo con el eufemismo/disfemismo básico “Una prostituta es un ANIMAL HEMBRA”:

5.1.4.1. Una prostituta es una *zorra*.

5.1.4.2. Una prostituta es una *perra*.

5.1.4.3. Una prostituta es una *pájara*.

5.1.4.4. Una prostituta es una (*mala*) *pécora*.

5.1.4.5. Una prostituta es una *lagarta/lagartona*.

5.2. En resumen, al igual que “vivimos de” metáforas, también “vivimos de” eufemismos y de disfemismos.

## 6. Funciones sociales del eufemismo

6. El eufemismo lleva a cabo varias funciones sociales relevantes que difieren de las funciones de las metáforas. Su principal función consiste, obviamente, en poder nombrar un objeto desagradable o los efectos desagradables de un objeto. Pero, además de esta función principal, el eufemismo lleva a cabo otras funciones menores, pues el eufemismo se usa también para:

6.1. Ser cortés o respetuoso V.g.: *Mi señora esposa* o *mi señor esposo* para ‘mi mujer’ o ‘mi marido’, respectivamente. [\[14\]](#)

6.2. Elevar la dignidad de una profesión u oficio. V.g.: *Barman* para ‘camarero’; *chef* para ‘jefe de cocina’; [\[15\]](#) *maître* para ‘jefe de camareros’; *tripulante de cabina/auxiliar de vuelo* para ‘azafata’; [\[16\]](#) *doctor* para ‘médico’; [\[17\]](#) *ingeniero técnico* para ‘perito’; etc.

6.2.1. Algunos de los eufemismos citados en 6.2. son préstamos. Los préstamos se utilizan muy frecuentemente como eufemismos, especialmente cuando las palabras que se toman como préstamos proceden de lenguas que se consideran más cultas, refinadas o elegantes (ver Sagarin, 1968: 47-49).

6.3. Dignificar a una persona que sufre alguna enfermedad, minusvalía o situación penosa. V.g.: *Ser trisómico del par 21* o *padecer/sufrir el síndrome de Down* para ‘mongólico’; *tercera edad* o *mayores* para ‘viejos’; *invidente* para ‘ciego’, etc.

6.4. Atenuar una evocación penosa. V.g.: *Dormirse en el Señor* o *exhalar el espíritu* para ‘morir’. [\[18\]](#)

6.5. Ser políticamente correcto. V.g.: *Países surgentes* o *tercer mundo* para ‘países pobres’.

6.5.1. El llamado “lenguaje políticamente correcto” es básicamente eufemístico. [\[19\]](#)

6.6. Permitir manipular los objetos ideológicamente. V.g.: *Nasciturus* o *embrión* para ‘feto’ o ‘criatura’; o *interrupción voluntaria del embarazo* para ‘aborto’. Parece que está permitido manipular un embrión, pero no un feto.

6.6.1. En función de lo anterior se ha llamado a los eufemismos “palabras corrosivas” (Mitchell, 2001), pero, a pesar de su poder corrosivo, son ineludibles en

el lenguaje cotidiano y muchas veces también en los lenguajes especializados, especialmente en el lenguaje de la medicina y la biología.

6.7. Evitar agravios étnicos o sexuales. V.g.: *Subsahariano/subsahariana* para ‘negro/negra’; *caucásico/caucásica* para ‘blanco/blanca’; *de etnia gitana* para ‘gitano/gitana’; *gay* para ‘hombre homosexual’ o *lesbiana* para ‘mujer homosexual’.

6.8. Nombrar a un objeto o a una acción tabú. Especialmente objetos tales como:

6.8.1. Dios y la religión, a fin de evitar las blasfemias (ver Allan, 2000: 156-157). V.g.: *Diantres* para ‘demonios’; *ostras* para ‘hostias’.

6.8.2. Objetos o acciones sexuales. V.g.: *Conocer, pasar la noche con, poseer, tomar, irse a la cama con, salir con*, y otros muchos para ‘tener un coito’.

6.8.3. Fluidos corporales o partes del cuerpo. V.g.: *Transpirar* para ‘sudar’; *expectorar* para ‘escupir’; *tener el mes/la regla* para ‘menstruar’; *axila* para ‘sobaco’; *extensiones* para ‘postizos’.

6.8.4. Lugares u objetos sucios, peligrosos o temibles. V.g.: La película clásica del oeste titulada *El club social de Cheyenne* para ‘El burdel de Cheyenne’; *camposanto, necrópolis, sacramental* o, más modernamente, *tanatorio* para ‘cementerio’.

6.8.5. La muerte (ver 5.1.1. y 5.1.2.) y las enfermedades. V.g.: *hemorroides* para ‘almorranas’; *cáncer de pecho* para ‘cáncer de pulmón’.

## 7. Mecanismos lingüísticos del eufemismo y del disfemismo

7. Los mecanismos lingüísticos para crear eufemismos son muy variados, estando muchos de ellos originados en una figura del lenguaje o en más de una al mismo tiempo (ver Allan, 2000: 164-169; y Casas Gómez, 1986: 97-251).<sup>[20]</sup> De entre ellos quiero destacar los siguientes:

7.1. Circunlocución. V.g.: *Ser económico con las palabras* para ‘mentiroso’; *crecimiento negativo* para ‘pérdidas’; *asistenta doméstica* para ‘criada’.

7.2. Hipérbole. V.g.: *Tiene un amor en cada puerto* para ‘es un mujeriego’.

7.3. Metonimia/sinécdoque. V.g.: *Sodomía* para ‘homosexualidad masculina’; *safismo/lesbianismo* para ‘homosexualidad femenina’.

7.4. Metáfora. V.g.: *Chucho* para ‘genitales femeninos’ o ‘vulva’. [\[21\]](#)

7.5. Antonomasia. V.g.: *Quijote* para ‘soñador’, ‘visionario’ o ‘idealista’; *tartarín* para ‘fanfarrón’ o ‘fantasmón’.

7.6. Ironía. V.g.: *No (muy) católico/católica* para ‘enfermo/enferma’, ‘loco/loca’ o ‘tonto/tonta’. [\[22\]](#)

7.7. Meiosis. V.g.: *Ligeramente intoxicado* para ‘borracho’.

7.8. Aliteración. V.g.: Shakespeare (*Merry Wives IV* i 42-47) usó *focative case* para ‘coito’.

7.9. Diminutivo. V.g.: En los anuncios de ropa interior femenina nunca se utiliza la palabra *bragas*, sino *braguitas*, justamente por el carácter eufemístico que tienen los diminutivos. Como norma general se puede decir que los diminutivos tienen una función eufemística mientras que los aumentativos tienen una función disfemística.

7.10. Alusión. V.g.: *Hijos de la Gran Bretaña* para ‘hijos de la gran puta’; *cosa, tema, materia, asunto*, etc., para ‘órganos sexuales’ o ‘coito’.

7.11. Personificación. V.g.: *Onanismo* para ‘masturbación’; *priapismo* para «erección continua y dolorosa del miembro viril, sin apetito venéreo» (*DRAE*).

7.12. Siglas/abreviaturas. V.g.: *T.B.C.* para ‘tuberculosis’.

## 8. Consecuencias de la existencia de eufemismos y disfemismos

8. El análisis de cómo y porqué se crean y se usan los eufemismos nos permite revelar un aspecto sobre cómo funciona la imaginación de los hablantes en el contexto social, así como poner de manifiesto los supuestos culturales de los usuarios de una lengua dada.

8.1. La creación y el uso de los eufemismos nos permite mantener viva una lengua y adaptarla a las cambiantes circunstancias sociales e históricas.

8.2. Como fruto de la libérrima imaginación de los hablantes los eufemismos son impredecibles a priori y pueden variar (y de hecho varían muy a menudo) de una lengua a natural a otra.

8.3. Esta imprevisibilidad y esta variación continua son las que dan cuenta del hecho de que una palabra dada pueda ser usada eufemísticamente en una lengua concreta (o en un dialecto dentro de una lengua) mientras que no lo pueda ser en

otra lengua (o en otro dialecto de una lengua determinada).

8.3.1. Así, el equivalente español para el significado eufemístico de la palabra inglesa *dish*<sup>[23]</sup> sería asignificativo. Por ello, si queremos significar eufemísticamente en español lo mismo que significa la palabra inglesa *dish*, debemos utilizar una circunlocución como *está de toma pan y moja*, por ejemplo.

8.3.2. Y lo mismo acontece en los diferentes dialectos de una lengua concreta (ver Allan y Burrige, 1991: 90). V.g.: El significado disfemístico de *tortillera* sería incomprendido en México, donde esa palabra sólo significa “la que hace o vende tortillas”.

8.3.3. El hecho de que el significado literal de un significante sea equivalente en dos o más lenguas naturales dadas, pero que no ocurra así con sus significados eufemísticos o disfemísticos es de suma importancia para la faena de traducir; de modo que, cuando el traductor no repara en estos detalles, la traducción resultante puede ser malentendida o carecer de sentido. V.g.: Aunque los significados literales de *bird* y ‘pájaro/pájara’ coincidan en gran medida, sus significados translaticios son muy distintos.<sup>[24]</sup> Igualmente, aunque el término francés *phoque* significa literalmente ‘foca’, su significado translaticio es el de ‘homosexual masculino’, mientras que el significado translaticio del término español es el de ‘persona obesa’.

8.4. Los eufemismos están insertos en una tradición cultural, que es compartida por los hablantes de una lengua determinada o por los hablantes de más de una.

8.5. Si no se comparte esta tradición cultural, los malentendidos surgen a menudo.

8.6. Muchos falsos amigos surgen precisamente del hecho de que una palabra dada funcione eufemísticamente en una lengua natural dada mientras que no funcione del mismo modo en otra lengua natural dada (Chamizo Domínguez y Nerlich, 2002).

## 9. Eufemismo y silencio

9. Finalmente, y puesto que he utilizado en este trabajo el aparato formal del *Tractatus*, de Wittgenstein, lo terminaré glosando y haciendo un uso *ad hoc* de la unidad fraseológica<sup>[25]</sup> en la que se ha convertido el epígrafe final de dicha obra (2002: epígrafe 7): «De lo que no se puede hablar eufemísticamente, hay que callar la boca».

## 10. Conclusión



Los eufemismos y los disfemismos comparten muchas características comunes con las metáforas, pero los primeros llevan a cabo funciones cognitivas y sociales distintas de las que llevan a cabo las segundas en el discurso. De ahí que el estudio de los eufemismos y de los disfemismos deba entrar a formar parte íntegra de la lingüística cognitiva y del análisis del discurso en igualdad de condiciones que el estudio de la metáfora, la metonimia y el resto de las tradicionales figuras del lenguaje.

### Referencias bibliográficas

- Allan K. *Natural Language Semantics*. Oxford-Malden: Blackwell, 2001.
- Allan K, Burridge K. *Euphemism and Dysphemism, Language Used as a Shield and Weapon*. Oxford-Nueva York: Oxford University Press, 1991.
- Aristóteles. *Poética* (trad.: V. García Yebra). Madrid: Gredos, 1974.
- Bolinger D. *Language, the Loaded Weapon: the Use and Abuse of Language Today*. Londres: Longman, 1982.
- Casas Gómez M. *La interdicción lingüística. Mecanismos del eufemismo y disfemismo*. Cádiz: Universidad de Cádiz, 1986.
- Casas Gómez M. *Las relaciones léxicas*. Beihefte zur Zeitschrift für romanische Philologie. Band 299. Tübingen: Max Niemeyer Verlag, 1999.
- Chamizo Domínguez PJ, Nerlich B. False Friends: their origin and semantics in some selected languages. *Journal of Pragmatics*, 2002; 34: 1833-1849.
- Chamizo Domínguez PJ, Sánchez Benedito F, 1994. «Euphemism and Dysphemism: Ambiguity and supposition». *Language and Discourse*, II, pp. 78-92.
- Chamizo Domínguez PJ, Sánchez Benedito F, 2000. *Lo que nunca se aprendió en clase: eufemismos y disfemismos en el lenguaje erótico inglés*. Granada: Comares. Prólogo de Keith Allan.
- Daninos P. *Les carnets du major W. Marmaduke Thompson. Découverte de la France et des Français* (39ª edición). París: Hachette' 1990 [1954].
- Grice PH. *Logic and Conversation*. En: *Studies in the Way of Words*. Cambridge (Mass.): Harvard University Press, 1989.
- Kleparski GA. *Theory and Practice of Historical Semantics: The case of*

Middle English and Early Modern English Synonyms of GIRL/YOUNG WOMAN. Lublin: Katolicki Uniwersytet Lubelski, 1997.

- Kröll H. O eufemismo e o disfemismo no português moderno. Lisboa: Instituto de Cultura e Língua Portuguesa, 1984.
- Kruck WE. Looking for Dr. Condom. Alabama: University of Alabama, 1981.
- Lakoff G, Johnson, M. Metaphors We Live By. Chicago: The University of Chicago Press, 1980.
- Lakoff G, Johnson M. Metáforas de la vida cotidiana (introd.: de J. A. Millán y S. Narotzky; trad.: C. González Martín). Madrid: Cátedra, 1986.
- Lázaro Carreter F. El dardo de la palabra. Madrid: Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg, 1997.
- McDonald J. A Dictionary of Obscenity, Taboo y Euphemism. Londres: Sphere Books, 1988
- Mitchell B. The corrosive power of euphemisms. The Washington Times, sábado, 15 de julio del 2001.
- Nerlich B, Chamizo Domínguez PJ. Cómo hacer cosas con palabras polisémicas: El uso de la ambigüedad en el lenguaje ordinario. Contrastes, 1999; 4: 77-96.
- Nerlich B, Clarke D. Ambiguities we live by: Towards a pragmatic of polysemy. Journal of Pragmatics, 2001; 33: 1-20.
- Naciscione A. Phraseological Units in Discourse: Towards applied stylistics. Riga: Latvian Academy of Culture, 2001.
- Simpson JA, Weiner ESC, dirs. The Oxford English Dictionary. Oxford: Clarendon Press, 1989.
- Pfaff KL, Gibbs RW, Johnson MD, 1997. Metaphor in using and understanding euphemism and dysphemism. Applied Psycholinguistics, 1998; 18: 59-83.
- Sagarin E. The Anatomy of Dirty Words. Nueva York: Lyle Stuart, 1968.
- Wittgenstein, L, 2002. Tractatus logico-philosophicus. Traducción, introducción y notas de Luis M. Valdés Villanueva. Madrid: Tecnos [1922].

## Notas

\* Una versión inglesa previa de este trabajo fue presentada en forma de póster, con el título de «Some Theses on Euphemisms and Dysphemisms», en el congreso *Mind, language and metaphor: Euroconference on consciousness and the imagination*, celebrado en Kerkrade (Holanda) del 20 al 24 de abril de 2002. La versión inglesa ha sido enviada para su publicación a la revista *Studia Anglica Resoviensia*, y aparecerá publicada en breve en el número 7 de esta revista.

[1] La traducción española del título de esta obra (Lakoff y Johnson, 1986) es *Metáforas de la vida cotidiana*. No obstante creo que hubiera sido más acertado traducir ese título como *Las metáforas de las que vivimos*, lo cual recogería mejor, en mi opinión, lo mismo la literalidad del título que su contenido doctrinal; amén de ser una colocación análoga a las de “vivir del propio trabajo”, “vivir de ilusiones”, “vivir del cuento”, “vivir del aire”, “vivir de quimeras”, etc.

[2] El contexto de esta afirmación (Aristóteles, 1974) es el siguiente: «La metáfora consiste en dar a una cosa un nombre que también pertenece a otra, la transferencia puede ser de género a especie, o de una especie a género, o de especie a especie, o con fundamento en una analogía».

[3] Lo más habitual es que el significado eufemístico de un término se convierta en un significado disfemístico cuando el primero se lexicaliza y se hace común para el término en cuestión, pero también se pueden encontrar ejemplos del proceso inverso, como es el caso al que se aludirá más abajo en 4.3.

[4] En función de esto no especificaré normalmente en los diversos ejemplos si se trata de un eufemismo o de un disfemismo, dando por supuesto que el lector es capaz de distinguir un eufemismo de un disfemismo apelando a su competencia lingüística.

[5] Excepcionalmente los términos técnicos que se usan como sustitutivos eufemísticos de los correspondientes términos del lenguaje ordinario no suelen ser ambiguos. En estos casos el efecto eufemístico se produce en razón de la ignorancia de los hablantes normales de la etimología de estos términos y en razón del prestigio de que goza la jerga técnica en la que son usados.

[6] Para ilustrar el hecho de lo imprevisible que puede ser la creación de un eufemismo novedoso, quiero citar el caso de del término inglés *discussing Uganda* o *Ugandan affairs* para ‘tener un coito’, cuyo origen lo explica el *OED* recurriendo a la siguiente cita: «**Times** 7 Sept. 11/2. Amin’s most spectacular accusation was that (Princess) Elizabeth (of Toro) had made love to a Frenchman at Orly Airport. It was a strange charge (...) but one that nevertheless received worldwide publicity and gave rise to the phrase ‘Ugandan practices’.»

[7] Obsérvese que, aunque el significante *doctor* ha alcanzado un alto grado de lexicalización para el significado de ‘médico’ y, de hecho, es una palabra polisémica, aún somos conscientes de su significado de primer orden y por ello podemos aseverar cosas como “Ni todos los doctores son médicos, ni todos los médicos doctores”. Por lo demás, esta polisemia se ha explotado incluso para efectos jurídicos. Hace no muchos años fue denunciado un practicante

de Marbella por ejercer la medicina sin tener el título de licenciado en medicina y cirugía. Cuando se celebró el juicio, el abogado defensor (Juan María Bandrés, si la memoria no me falla) del practicante en cuestión, sin negar que su defendido había practicado la medicina, montó la defensa argumentando que su cliente se anunciaba con el título de *doctor* y que no era menos cierto que la mayoría de los médicos también se anunciaban como *doctores* cuando en realidad tampoco lo eran.

[8] Lo mismo se puede decir para el inglés *make love* (ver McDonald, 1988: 88).

[9] Lo mismo se puede decir para el inglés *maid*, cuyo significado literal es ‘doncella’ (ver Kleparski, 1997). Por lo demás, si en México se puede utilizar el término *aeromoza* para significar ‘tripulante de cabina/auxiliar de vuelo’, es porque el significado de primer orden de *moza* en la actualidad no es ya el de ‘virgen’ o ‘soltera’, sino el de ‘sirvienta’ o ‘criada’. En caso contrario sería de esperar que las mujeres casadas no pudieran trabajar como auxiliares de vuelo/tripulantes de cabina.

[10] Recuérdese cómo en inglés se sustituyeron en un principio las palabras *Negro/nigger* por *black*, en un segundo momento por *coloured (person)* y, en un tercer momento, por *Afro-American*. Ahora bien ¿cuánto tiempo tardará *Afro-American* en convertirse también en una palabra inconveniente, difemística o políticamente incorrecta?

[11] Lo mismo ocurre con la palabra inglesa equivalente, *bathroom* (Sagarin, 1968: 69-71).

[12] Lo mismo acontece con otros términos zoosémicos en inglés, donde, especialmente en su variedad norteamericana, el término *ass* se ha convertido en una palabra vitanda para designar al asno y por ello es sustituido frecuentemente por *donkey*, al igual que, para ‘gallo’, se prefiere el término *rooster* y no el término *cock*.

[13] El uso eufemístico del dominio del sueño para hablar del dominio de la muerte es también sumamente frecuente en otras lenguas. Recuérdese, a título de ejemplo, que *cementerio* fue originalmente un eufemismo en griego, pues lo que significaba literalmente era ‘dormitorio’.

[14] En la actualidad los profesores K. Allan y K. Burrige están trabajando en un nuevo libro cuyo título provisional es *Taboo and the Censoring of Language* en el que, entre otros temas, tocan este punto. Los borradores de este trabajo pueden encontrarse en internet en <http://www.arts.monash.edu/ling/spec/tcl/>.

[15] Obsérvese que *chef* y *jefe* son etimológicamente la misma palabra, pues ambas proceden del latín *caput* por vía del francés. De modo que las diferencias semánticas entre ellas sólo obedecen a los distintos momentos en que fueron introducidas en castellano.

[16] Nótese que la palabra *azafata* –que originalmente significaba «criada de la reina, a quien servía los vestidos y alhajas que se había de poner y los recogía cuando se los quitaba» (DRAE) y se usó por las compañías aéreas por su función eufemística de elevar la dignidad de una profesión, lo que no se habría conseguido con el uso de los términos ‘camarera’ o ‘moza’ (Lázaro Carreter, 1997: 590-593)–, ha dejado parcialmente de ejercer esa función desde que se usa como sustitutivo eufemístico de ‘ramera’, especialmente en los anuncios eróticos de los

periódicos.

[17] Nótese cómo los usos de *doctor* y *doctora* son algo distintos. Los hablantes españoles usan *doctor* cuando hablan directamente con el médico o se refieren a él en contextos sanitarios, pero no cuando hablan entre sí. Por el contrario, dado el marcado cariz cacofónico que tiene la palabra *médica*, los hablantes prefieren utilizar *doctora* cuando se refieren a una mujer médico. De modo que, cuando están esperando en la cola del médico del seguro, como suele ser tan habitual por otra parte, preguntarán, según sea el caso, “¿Ha llegado ya el médico” o “¿Ha llegado ya la doctora?”.

[18] A veces el sustituto eufemístico al que se recurre para evitar la evocación penosa que conlleva el término vitando produce efectos casi humorísticos. La jerga médica y/o paramédica está plagada de este tipo de eufemismos. Véase, a título de ejemplo, el siguiente caso: «From the department of tasteless euphemisms. Reader Aidan Merritt used to work for an organisation that tabulates medical statistics. Its reports invariably replaced the unfriendly word ‘deaths’ by ‘unscheduled bed vacancies’.» (*New Scientist*, cubierta posterior, noviembre de 2003, p. 84). Agradezco a mi amiga Brigitte Nerlich el haberme comunicado este sabroso ejemplo.

[19] A veces los excesos del lenguaje políticamente correcto pueden llegar a extremos insospechados. A este respecto quiero recordar que la Asociación Sociológica Británica, rizando el rizo de lo políticamente correcto, ha recomendado que no se use el adjetivo *seminal* y que, en su lugar, se usen adjetivos tales como *classical* o *formative* (Chamizo Domínguez y Nerlich, 2002). Parece ser que alguien ha descubierto de nuevo el Mediterráneo y, al haberse enterado que *seminal* procede etimológicamente de *semen*, ha decidido declarar al adjetivo en cuestión una palabra políticamente incorrecta. Pero, además, el caso es más grave si cabe, dado que es harto dudoso que los otros adjetivos que se proponen como sinónimos, funcionen como tales en cualesquiera contextos.

[20] Además de basarse en las diversas figuras del lenguaje, un eufemismo puede ser también el resultante de otros muchos mecanismos lingüísticos. Así, por ejemplo, las formas latinas *mecum*, *tecum* o *vobiscum* fueron acuñadas por analogía con *nobiscum*, que, a su vez, se acuñó para evitar los efectos disfemísticos que podía tener la forma *cum nobis*, ya que esta última forma sonaba para un hablante latino de forma muy parecida a *cunnus bis* (ver Nerlich y Chamizo Domínguez, 1999: 93).

[21] Nótese que el *DRAE* da como primera acepción de *chocho* «altramuz» y como segunda acepción «confite, peladilla o cualquier dulce pequeño» mientras que la acepción de «vulva» sólo aparece en tercer lugar, con la especificación de que es un uso «vulgar», pero sin hacer referencia a su origen metafórico.

[22] Dado que últimamente que los modelos que lucen las modelos en los desfiles de moda estén bastante escasas de tela, uno no sabría bien si considerar la expresión *vestir a la mujer*, tan cara en los ámbitos de la moda, como literal, irónica o eufemística.

[23] El *OED* aclara lo siguiente al respecto: «The food ready for eating served on or contained in a dish; a distinct article or variety of food. *transf.* and *fig.*: *spec.*, an attractive person, esp. a woman (now only in informal use).»

[24] Muchas veces las connotaciones difemísticas que puede adquirir una determinada palabra hace que su traducción literal sea sumamente problemática. Así, por ejemplo, la palabra vasca *lehendakari* no suele ser traducida al castellano por su equivalente exacto, que no es otro que 'caudillo'. Por el contrario, los textos oficiales en inglés que publica el Gobierno Autónomo Vasco suelen traducir esa palabra por *leader*. Es obvio que, dado el carácter difemístico que la palabra *caudillo* ha adquirido en castellano, ningún político quiera ser *caudillo*, aunque todos están deseando ser *líderes* y, más aún, si son *leaders*.

[25] Para un excelente estudio de las unidades fraseológicas y su uso *ad hoc*, ver Naciscione (2001).

**Pedro J. Chamizo Domínguez**  
Universidad de Málaga  
25 de agosto de 2004

[**Fuente:** Pedro J. Chamizo Domínguez. "La función social y cognitiva del eufemismo y del difemismo." *Panacea* 5 (2004): 45-51. Versión autorizada para *Proyecto Ensayo Hispánico*.]

© José Luis Gómez-Martínez

Nota: Esta versión electrónica se provee únicamente con fines educativos.

Cualquier reproducción destinada a otros fines, deberá obtener los permisos que en cada caso correspondan.

## PROYECTO ENSAYO HISPÁNICO

[Home / Inicio](#) | [Repertorio](#) | [Antología](#) | [Crítica](#) | [Cursos](#)